

Stefan Zweig

El Candelabro Enterrado



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL CANDELABRO ENTERRADO

STEFAN ZWEIG

**PUBLICADO: 1937
FUENTE: PROJEKT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL CANDELABRO ENTERRADO

Apenas había terminado sangrientamente, en un claro día de junio del año 455, en el Circo Máximo de Roma, el combate de dos hérulos gigantescos contra una manada de jabalíes hircanos, cuando, hacia la hora tercia de la tarde, una creciente inquietud comenzó a propagarse entre los miles de espectadores. Al principio solo lo habían notado los vecinos más próximos: que en la tribuna aparte, ricamente adornada con tapices y estatuas, donde el emperador Máximo estaba sentado en medio de sus cortesanos, había entrado un mensajero, cubierto de polvo y visiblemente recién desmontado tras una cabalgata frenética, y que, apenas le hubo comunicado al emperador su noticia, este, contra toda costumbre, se levantó en plena efervescencia del espectáculo; le siguió, con la misma llamativa premura, toda la corte, y pronto se vaciaron también los asientos reservados a los senadores y otros dignatarios. Una partida tan precipitada no podía carecer de un motivo grave. En vano volvían a sonar agudas fanfarrias anunciando un nuevo combate de fieras, y de la reja alzada era lanzado, con sordo bramido, un león núa de negra melena contra los cortos cuchillos de los gladiadores: la oscura ola de la inquietud, coronada de la púa espuma de rostros interrogantes y presos de angustiosa agitación, se había alzado ya de manera irresistible y seguía corriendo de fila en fila. La gente se ponía en pie de un salto, señalaba hacia los asientos vacíos de los nobles, preguntaba y alborotaba y gritaba y silbaba; entonces se difundió de pronto, sin que nadie supiera quién lo había dicho primero, el confuso rumor de que los vándalos, aquellos temidos piratas del Mediterráneo, habían desembarcado con una poderosa flota en Portus y se dirigían ya hacia la despreocupada ciudad. ¡Los vándalos! Al principio la palabra corrió solo como un pálido murmullo de boca en boca; luego, de pronto, se convirtió en un grito estridente que estallaba: «¡Los bárbaros, los bárbaros!», que retumbaba con cien voces, con

mil voces, por el óvalo escalonado de piedra del circo, y ya la ingente masa humana, como arrancada por una ráfaga tempestuosa, corría en pánico frenético hacia la salida. Todo orden se vino abajo. Las guardias, los soldados de vigilancia abandonaron sus puestos y huyeron también; saltaban por encima de los asientos, se abrían camino a puñetazos y espadazos, pisoteaban a mujeres y niños que chillaban, y en las salidas se formaban embudos giratorios y chillones de masas arremolinadas. En pocos minutos, el vasto circo, que hacía un instante apretaba a ochenta mil personas en un bloque oscuro y resonante, quedó completamente vacío. Marmóreo, mudo y vacío como una cantera abandonada, yacía el óvalo escalonado bajo el sol estival. Solo abajo, en la arena —los gladiadores hacía tiempo que habían huido tras los demás—, quedaba el león olvidado, sacudiendo su negra melena, y rugía en son de desafío contra el vacío repentino.

Eran los vándalos. Mensajero tras mensajero llegaba ahora a toda prisa, y cada noticia era peor que la anterior. Habían desembarcado con centenares de veleros y galeras, un pueblo ágil y móvil; ya corrían por la vía Portuense, con veloces caballos de largo cuello, los jinetes bereberes y numidas de blancos mantos, adelantándose al grueso del ejército; mañana, pasado mañana, las huestes de saqueadores estarían ya ante las puertas, y nada había preparado para la defensa. El ejército de mercenarios combatía en algún lugar lejano, cerca de Rávena; las murallas de fortificación, desde que Alarico arrasara la ciudad, yacían en ruinas. Nadie pensaba en la defensa. Los ricos y los nobles se aprestaban a toda prisa a salvar, junto con la vida, al menos una parte de sus bienes, mulas y carros. Pero ya era demasiado tarde. Pues el pueblo no quería tolerar que los nobles, que en la fortuna lo oprimían, lo abandonaran cobardemente en la desgracia. Y cuando Máximo, el emperador, quiso escapar del palacio con su séquito, primero volaron contra él maldiciones y luego piedras; al fin la plebe enfurecida se abalanzó sobre el cobarde y mató a golpes de maza y hacha a su lamentable emperador en plena calle. Es cierto que después cerraron las puertas, como cada noche; pero precisamente con ello el miedo quedó encerrado por completo dentro de la ciudad; pesado y opresivo como una vaharada pútrida y pantanosa, el presagio de algo terrible se cernía sobre las casas enmudecidas y sin luz, y como una manta sofocante la oscuridad se abatía sobre la ciudad perdida, que se consumía en escalofríos y terror; despreocupadas y ligeras, sin embargo, brillaban arriba las estrellas eternamente indiferentes, y en la pared azulada del cielo colgaba la luna, como todas las noches, su cuerno de plata.

Insomne y con los nervios temblorosos, Roma yacía esperando a los bárbaros como un condenado que ya tiene la cabeza apretada contra el tajo, aguardando el golpe inevitable y ya en alto.

Lentos, seguros, metódicos, triunfantes, avanzaban entretanto los vándalos por la desierta calzada romana desde el puerto. Marchaban en buen orden los guerreros germánicos, rubios y de largos cabellos, centuria tras centuria, con paso militar bien aprendido, y por delante, inquietos, sin estribos y con giros centelleantes, haciendo cabriolear a sus hermosos caballos de pura sangre, se lanzaban los pueblos auxiliares del desierto, los numidas de piel oscura y cabello de pez. En medio de la columna cabalgaba Genserico, el rey de los vándalos. Con desenvuelta satisfacción sonreía desde la silla a su pueblo en marcha. El viejo y experimentado guerrero sabía ya, por sus espías, que no había que temer una resistencia seria, que esta vez no se aprestaban a una batalla decisiva, sino solo a un saqueo sin peligro. En efecto: no se dejó ver ningún guerrero enemigo. Solo en la Puerta Portuense, donde la bien allanada calzada del puerto alcanza el recinto interior de Roma, salió al encuentro del rey el papa León, ataviado con todas sus insignias y rodeado, refulgente, de todo el clero, el papa León, el mismo anciano de barba blanca que pocos años antes había persuadido tan gloriosamente al terrible Atila de que perdonara a Roma, y a cuya súplica el huno pagano se había plegado entonces con incomprensible humildad. También Genserico desmontó de inmediato al divisar la majestuosa barba blanca, y cojeando (tenía la pierna derecha más corta) fue cortésmente a su encuentro. Pero no besó la mano con el anillo del pescador ni dobló piadosamente la rodilla, pues, como hereje arriano, consideraba al papa un mero usurpador del verdadero cristianismo, y la conminatoria alocución latina del papa, rogándole que perdonara la ciudad santa, la escuchó con fría arrogancia. No, ninguna preocupación, respondió por medio de su intérprete; que no temiera de él nada inhumano, pues él mismo era hombre de guerra y cristiano. No incendiaría Roma ni la destruiría, aunque esta ciudad ávida de dominio había arrasado y reducido a escombros mil y mil ciudades. En su magnanimidad, perdonaría tanto los bienes de la Iglesia como a las mujeres, y solo saquearía «sine ferro et igne», según el derecho del más fuerte y del vencedor. Pero ahora aconsejaba —y esto lo dijo Genserico con tono amenazante, mientras su caballerizo ya volvía a ayudarlo a montar— que sin más demora le abrieran las puertas de Roma.

Sucedió tal como Genserico lo había exigido. No se blandió lanza alguna, no se desenvainó espada alguna. Una hora después, toda Roma pertenecía a los vándalos. Pero la victoriosa horda de piratas no se derramó sobre la ciudad indefensa como una turba desenfrenada. En filas cerradas, domados por la mano de hierro y dominante de Genserico, entraron marchando, los altos y recios guerreros de cabello de lino, por la Vía Triunfal, y solo de vez en cuando dirigían miradas curiosas a las mil y mil estatuas de ojos blancos que con sus labios mudos parecían prometer botín. El propio Genserico se dirigió, nada más entrar, al Palatino, la morada abandonada del emperador. Pero no aceptó el homenaje que le tenían preparado los senadores, que aguardaban en fila temerosa, ni mandó disponer un banquete; apenas dirigió una mirada a los regalos con los que la rica ciudadanía esperaba aplacar su severidad, sino que el duro soldado, inclinado de inmediato sobre un mapa, trazó su plan para el más rápido y a la vez más exhaustivo saqueo de la ciudad. Cada distrito fue puesto bajo el mando de una centuria distinta, y cada uno de los suboficiales fue hecho responsable de la disciplina de sus hombres. Pues lo que ahora comenzaba no era un saqueo salvaje y desordenado, sino un pillaje planificado y metódico. Primero, por orden de Genserico, se cerraron las puertas y se apostaron centinelas, para que ni un broche ni una moneda en la inmensa ciudad se le escapara. Luego sus soldados requisaron las barcasas, los carros, las bestias de carga, y forzaron a miles de esclavos al servicio, para que, con la mayor celeridad posible, todo cuanto de tesoros albergaba Roma pudiera trasladarse íntegro al nido de rapiña africano. Solo entonces empezó, metódico y con una fría y silenciosa objetividad, el saqueo. Con calma y con destreza, como un carnicero descuartiza un animal muerto, la ciudad viva fue destripada durante estos trece días, y trozo a trozo fue arrancado de su cuerpo que apenas se estremecía. De casa en casa, de templo en templo, iban los distintos destacamentos, guiados por uno de los nobles vándalos y acompañados de un escribano, y sacaban, uno tras otro, todo lo que era precioso y transportable: los vasos de oro y plata, los broches, las monedas, las joyas, los collares de ámbar del norte, las pieles de Transilvania, la malaquita póntica y las espadas persas repujadas. Obligaban a los artesanos a desprender cuidadosamente el mosaico de las paredes de los templos y a arrancar las losas de pórfido de los peristilos. Todo se hacía con premeditación, con pericia y con exactitud. Con cabrestantes, para que no sufrieran daño, los artesanos bajaban los tiros de caballos de bronce de los arcos de triunfo, y a los esclavos, después de haber saqueado el edifi-

cio, los hacían desmontar, teja por teja, el dorado techo del templo de Júpiter Capitolino. Solo las columnas de bronce, demasiado enormes para ser cargadas con la premura del momento, ordenó Genserico romperlas a martillazos o serrarlas, para obtener el metal. Calle tras calle, casa tras casa fueron vaciadas cuidadosamente, y en cuanto hubieron despojado por completo las viviendas de los vivos, forzaron los túmulos, las moradas de los muertos. De los sarcófagos de piedra arrancaron los peines enjorjados del cabello apagado de princesas difuntas y los broches de oro de los huesos sin carne; robaron los espejos de metal y los anillos con sello a los cadáveres, y hasta el óbolo que se ponía a los muertos en la tumba para que pudieran pagar al barquero hacia el otro reino, lo robaron sus manos ávidas. Todo el botín de estos saqueos individuales era luego reunido, en montones separados, en un lugar predeterminado. Allí yacía la Niké de alas doradas junto al cofre engastado de piedras que contenía los huesos de una santa, y junto al dado de juego de una dama distinguida. Se amontonaban lingotes de plata junto a vestiduras de púrpura, preciosos vidrios labrados junto a metal tosco. Cada pieza la anotaba el escribano, con rígidas letras nórdicas, en su largo pergamino, para dar al despojo cierta apariencia de legalidad; el propio Genserico, con su séquito, cojeaba entre el bullicio, tanteaba las cosas con el bastón, examinaba las joyas, sonreía y elogiaba. Con satisfacción veía cómo carro tras carro y barcaza tras barcaza, cargados hasta arriba, abandonaban la ciudad. Pero ninguna casa ardía, no se derramaba sangre. Tranquilos y regulares, como en una mina suben y bajan las vagonetas, vacía una, llena la otra, marchaban durante trece días las hileras de carros del puerto al mar y del mar al puerto. Llenos bajaban, vacíos regresaban, y ya jadeaban los bueyes y las mulas bajo la carga, pues, hasta donde alcanzaba la memoria, jamás en trece días se había saqueado tanto como en este pillaje vandálico. Durante trece días no se oyó ya en la ciudad de las mil casas la voz humana. Nadie hablaba en voz alta. Nadie reía. Callaba la música de cuerda en las casas, y en las iglesias no se elevaba canto alguno. Solo se percibía el martilleo con que arrancaban de su sitio lo que parecía inamovible, el estrépito de los sillares al derrumbarse, el crujido de los carros sobrecargados y el sordo mugido de las bestias de tiro fatigadas, sobre las que una y otra vez caía el látigo de sus verdugos. A veces aullaban los perros, a los que en su propio miedo se había olvidado dar de comer; a veces resonaba, sordo, el toque de una tuba sobre las murallas, cuando los centinelas se relevaban. Pero las personas mismas, en sus casas, contenían la respiración. Abatida

yacía la ciudad, la vencedora del mundo, y cuando de noche el viento recorría las calles vacías, sonaba como el gemido apagado de un herido que siente escapar de sus venas la última sangre.

Aquella decimotercera noche del saqueo, se hallaban los judíos de la comunidad romana reunidos en la orilla izquierda del Tíber, allí donde el río amarillento se curva perezoso como una serpiente sobrealimentada, en casa de Moisés Abtalión. No era él de los grandes entre los demás, ni versado en la Escritura, sino tan solo un viejo y recio hombre de trabajo, pero habían elegido su casa para la reunión porque el taller, a ras de suelo, ofrecía más espacio que las otras estancias, estrechas y llenas de recovecos. Desde hacía trece días se sentaban así, todos juntos cada jornada, con los rostros grises y rendidos de cansancio, envueltos en sus blancas mortajas, y oraban a la sombra de los postigos cerrados, entre los rollos colgados, los paños encalados y las anchas cubas, con una perseverancia sorda y ya casi aturdida. Hasta entonces no habían sufrido mal alguno a manos de los vándalos. Dos o tres veces habían pasado tropas, escoltadas por nobles y escribanos, por la baja y angosta judería, donde la humedad de tantas inundaciones se había asentado como una esponja en las losas de las casas y resbalaba en frías lágrimas por los muros incrustados de cal; una mirada de desprecio bastaba a los saqueadores expertos para reconocer que de aquella miseria nada había que rapiñar. Allí no relucían peristilos revestidos de mármol, ni triclinios que despidieran destellos de oro, allí no se ocultaban estatuas ni vasijas de bronce. Así pasaban de largo, indiferentes, las tropas de saqueo, y ni incendio ni pillaje los amenazaba. Pero, con todo, los corazones de los judíos de Roma estaban oprimidos, y se apretaban unos contra otros en angustioso presentimiento. Pues la desgracia en la ciudad, en la tierra donde moraban —esto lo sabían ya de generación en generación—, acababa siempre por volverse desgracia para ellos. En la dicha, los pueblos los olvidaban y no reparaban en ellos. Entonces se engalanaban los príncipes, y edificaban, y hacían ostentación, y la plebe tenía su grosero deleite con cacerías, batidas y juegos. Pero siempre, cuando llegaba la calamidad, se les echaba la culpa a ellos. Mal era cuando los enemigos vencían, mal cuando una ciudad era saqueada, mal cuando la peste o la enfermedad se abatían sobre las tierras. Todo mal del mundo, bien lo sabían, se tornaba sin remedio en mal para ellos, y sabían también desde hacía mucho que contra este su destino no cabía rebelión alguna, pues en todas partes y en todo lugar eran pocos, en to-

das partes y en todo lugar eran débiles y sin poder. Su única arma era la oración.

Así oraban los judíos de Roma cada noche hasta muy entrada la oscuridad, durante todos aquellos días sombríos y peligrosos del saqueo. Pues ¿qué otra cosa podía hacer el justo en un mundo injusto y bárbaro, donde una y otra vez triunfa la violencia, sino apartarse de la tierra y volverse hacia Dios? Años y años llevaba ya siendo así. Ora venían del sur, ora del este y del oeste, los rubios, los morenos, los pueblos extraños, y todos rapaces, y apenas había vencido una horda cuando ya caía otra sobre ellos. Por toda la tierra guerreaban los impíos y no dejaban en paz a los piadosos. Así habían tomado Jeruscholájim, Babilonia y Alejandría, y hoy lo padecía Roma. Donde se quería descansar, había desasosiego; donde se buscaba la paz, había guerra; no se podía escapar al destino. Solo en la oración había, en esta tierra trastornada, refugio, sosiego y consuelo. Pues maravillosa es la oración. Adormece la angustia con gran promesa, adormece el espanto del alma con cantarina letanía, alza el peso del corazón hacia Dios sobre su ala murmurante; bueno es, por ello, orar en la necesidad, y mejor aún orar en común, pues todo lo pesado se hace más leve cuando se lleva entre muchos, y todo lo bueno resulta mejor ante Dios cuando se hace unidos.

Así estaban sentados juntos los judíos de la comunidad romana, orando. El piadoso murmullo fluía de sus barbas, quedo y constante, como ante las ventanas el rumor del Tíber, que fregaba silencioso y tenaz los tablones de los embarcaderos y lavaba las riberas con su blando discurrir. Ninguno de los hombres miraba al otro, y sin embargo sus hombros viejos y quebrados se mecían al mismo compás, mientras cantaban y recitaban rezando esos mismos e idénticos salmos que ya habían rezado cien y mil veces, y antes que ellos sus padres, y los padres de sus padres, y sus antepasados. Los labios apenas sabían que hablaban, los sentidos apenas qué sentían; como de un sueño oscuro y aturdido brotaba aquel son tembloroso y quejumbroso.

De pronto se sobresaltaron, una sacudida enderezó bruscamente sus espaldas encorvadas. Fuera, la aldaba había golpeado con fuerza la puerta. Y siempre —lo llevaban ya en la sangre— se asustaban de todo lo repentino los judíos del destierro. Pues ¿qué de bueno podía llegar cuando una puerta se abría de noche? El murmullo se cortó, como cercenado con unas tijeras; más claro se oía ahora, a través del silencio, el río que seguía su rumor indiferente. Todos escuchaban con la garganta agarrotada. Entonces volvió a

caer la aldaba, un puño sacudía impaciente la puerta exterior. — Ya voy — dijo Abtalión, como para sí, y se arrastró hacia fuera. La vela de cera pegada a la mesa dobló su llama, huidiza, bajo la ráfaga cortante de la puerta abierta; igual que en su interior los corazones de toda aquella gente, tembló la llama de pronto y con fuerza.

El aliento no volvió a los asustados hasta que reconocieron al que entraba. Era Hircanos ben Hillel, el tesorero de la ceca imperial del oro, el orgullo de la comunidad, porque a él, único entre los judíos, le estaba permitida la entrada en el palacio imperial. Vivir más allá del Trastévere le había sido concedido como gracia especial de la corte, y se le permitía vestir ropas nobles y de colores; pero ahora su manto estaba desgarrado, su rostro, sucio. Todos lo rodearon — pues presentían que traía una noticia —, impacientes por que contara enseguida, y sin embargo ya turbados de antemano, porque presentían la desgracia en su agitación.

Hircanos ben Hillel respiró hondo. Se veía que una palabra se le había agarrotado en la garganta y no quería salir. Por fin gimió:

— Se acabó. Lo tienen. Lo han encontrado.

— ¿Qué han encontrado? ¿A quién han encontrado? — jadeó de todos como un grito.

— El candelabro, la menorá. La había escondido, cuando llegaron los bárbaros, bajo los desperdicios de la cocina. A propósito dejé los demás objetos sagrados en la cámara del tesoro, la mesa de los panes de la proposición, y las trompetas de plata, y la vara de Aarón, y los incensarios, porque demasiados de la servidumbre conocían nuestros tesoros como para que hubiera podido poner todo a salvo. Solo una cosa quería salvar de los objetos del Templo, el candelabro de Moisés, el candelabro de la Casa de Salomón: la menorá. Y ya se habían apoderado de todo en el tesoro, ya estaba la cámara vacía y desnuda, ya no seguían buscando, y ya sentía el corazón seguro de que habíamos salvado para nosotros, al menos, esta una de las señales sagradas. Pero uno de los esclavos — séquese su alma — había estado espionando cuando yo escondía el candelabro, y lo delató a los saqueadores para comprar con ello su propia libertad. Les señaló el lugar, y lo desenterraron. Ahora está robado todo cuanto antaño se hallaba en el Santo de los Santos, en la Casa de Salomón, la mesa y los vasos y las láminas de la frente del sa-

cerdote y la menorá. Esta noche, todavía hoy, arrastran los vándalos el candelabro hacia las naves.

Por un instante callaron todos. Luego brotó confuso de las bocas pálidas, grito tras grito. — ¡El candelabro... Ay, otra vez... La menorá... El candelabro de Dios... Ay, ay... El candelabro de la mesa del Señor... La menorá!

Los judíos se tambaleaban unos contra otros como ebrios, se golpeaban el pecho con los puños, se sujetaban las caderas gimiendo, como si les abrasara un dolor; como cegados de pronto, se agitaban enloquecidos aquellos hombres viejos y reflexivos.

— ¡Silencio! — ordenó de pronto una voz con fuerza, y todos enmudecieron al instante. Pues era el jefe de la comunidad, el más anciano, el más sabio, quien les mandaba callar, el gran intérprete de la Escritura, el rabí Eliézer, al que llamaban Kab ve Nake, el Puro y Claro. Tenía casi ochenta años, y la barba, blanca como la nieve, envolvía susurrante su rostro. Surcada estaba su frente por la dolorosa reja del pensamiento inclemente, pero el ojo bajo la espesura de las cejas había seguido siendo como una estrella, bondadoso y claro. Alzó la mano, delgada y amarillenta, surcada como los muchos pergaminos que había escrito, y con ella cortó el aire horizontalmente, como si quisiera apartar el ruido cual humo maligno y crear espacio limpio para un discurso sereno.

— ¡Silencio! — repitió—. Los niños gritan en el susto, los hombres reflexionan. Sentaos todos y deliberemos. El espíritu está más despierto cuando el cuerpo, entretanto, descansa.

Avergonzados, se sentaron los hombres en taburetes y bancos. El rabí Eliézer hablaba quedo para sí, y era como si deliberara consigo mismo:

— Ha ocurrido una desgracia, una gran desgracia. Hace ya mucho que nos los habían quitado, los objetos sagrados, y ninguno de nosotros pudo jamás contemplarlos en la cámara del emperador, solo este, Hircanos ben Hillel. Pero, con todo, sabíamos que estaban a salvo desde los días de Tito, que aún estaban allí y nos eran cercanos. Más benigno nos parecía el destierro romano cuando pensábamos que las cosas sagradas, que habían peregrinado a través de mil años, que habían estado en Jeruscholájim y en Babel y regresado una y otra vez a su patria, ahora descansaban, las despojadas, junto con nosotros en la misma ciudad. No nos era dado poner panes sobre la

mesa sagrada, y sin embargo, siempre que partíamos un pan, pensábamos en aquella mesa. No nos era dado encender luz en el candelabro sagrado, pero siempre que encendíamos una luz, nos acordábamos de la menorá, huérfana de luz en la casa extraña. Ya no eran nuestras las cosas sagradas, pero sabíamos que estaban seguras y a salvo. Y ahora ha de comenzar otra vez, la peregrinación del candelabro, y no hacia el hogar, como creíamos, sino que lo arrastran lejos, y ¿quién puede imaginar adónde? Pero no nos lamentemos. El lamento por sí solo no da consejo. Pensémoslo todo bien.

Los hombres escuchaban mudos, las frentes inclinadas. La mano del anciano vagaba aún, arriba y abajo, por la barba. Todavía como a solas consigo mismo, deliberaba:

—El candelabro es de oro purificado, y a menudo he cavilado: ¿por qué quiso Dios que nuestra ofrenda fuera tan preciosa? ¿Por qué exigió de Moisés que el candelabro fuera de peso considerable, de siete cálices, y con adornos labrados, y guirnaldas, y flores? A menudo he pensado si esto no le creaba peligro, pues siempre viene el mal de la riqueza, y precisamente lo precioso atrae a los ladrones. Pero de nuevo reconozco cuán vano es nuestro pensar, y que lo que Dios ordena tiene un sentido que está por encima de nuestro saber y nuestro entendimiento. Pues ahora comprendo: solo porque eran preciosos se han conservado estos nuestros objetos sagrados a través de los tiempos. Si hubieran sido de metal vil y de obra sin adorno, los ladrones los habrían destrozado sin miramiento y fundido con ellos espadas o cadenas. Pero así conservaron lo precioso como precioso, sin sospechar su santidad. Así lo toma un ladrón de otro ladrón, y ninguno osa destruirlo, y cada una de sus peregrinaciones lo conduce de vuelta a Dios.

—Ahora reflexionemos. Los bárbaros, ¿qué saben ellos de lo sagrado? Solo ven que es de oro, nuestro candelabro. Si pudiéramos tentar su codicia, si les diéramos el doble, el triple de su peso en oro, tal vez lográramos comprarlo. No podemos combatir, nosotros los judíos; solo en el sacrificio está nuestra fuerza. Debemos enviar mensaje a todos los dispersos en cada tierra, para que ayuden, todos juntos, a rescatar lo sagrado. El doble y el triple debemos dar este año de la ofrenda del Templo, la ropa del cuerpo y el anillo del dedo. Debemos comprar de nuevo el objeto sagrado, aunque sea por siete veces su peso en oro.

Un suspiro lo interrumpió. Hircanos ben Hillel alzó la mirada, triste.

—Es en vano. Ya lo he intentado —dijo en voz baja—. Fue también mi primer pensamiento. Fui a sus tasadores y escribanos, pero eran groseros y duros. Logré llegar hasta Genserico y le ofrecí un alto rescate. Me escuchó con gesto hosco y arañaba el suelo con el pie. Entonces me abandonó la sensatez, insistí ante él y le hice ver que el candelabro había estado en el templo de Salomón y que Tito lo había traído en secreto desde Jeruscholájim, como la pieza más espléndida del triunfo. Solo entonces comprendió el bárbaro lo que había ganado, y rio con insolencia: «No necesito vuestro oro. Tanto he saqueado aquí que puedo empedrar los establos de mis caballos y clavarles piedras preciosas en los cascos. Pero si este candelabro es en verdad el candelabro de Salomón, entonces no está en venta para mí. Si Tito lo hizo llevar ante sí en su triunfo en Roma, que sea llevado ahora ante mí en mi triunfo sobre Roma. Si sirvió a vuestro Dios, que sirva ahora al Dios verdadero. ¡Vete!» —y con esto me echó.

—¡No deberías haberte ido!

—¿Acaso me fui? Me postré ante él, le así las rodillas. Pero su corazón era aún más duro que las láminas de hierro de sus botas. Me apartó de un empujón como a una piedra. Y luego los criados me echaron a golpes, y por poco no conservo la vida.

Solo entonces comprendieron por qué estaban desgarradas las ropas de Hircanos ben Hillel. Solo entonces repararon en la mancha de sangre coagulada en su sien. Permanecían sentados en silencio, tan quietos que se oía a lo lejos el crujir de los carros que aún y siempre cruzaban la noche, y ahora también, repetidos de un extraño modo de un extremo a otro de la ciudad, los sordos cuernos vándalos. Luego se apagó todo sonido. Todos pensaban lo mismo: el gran robo ha terminado, ¡perdido está el candelabro!

El rabí Eliézer alzó la mirada con esfuerzo. —¿Esta noche, dices, se lo llevan?

—Esta noche. Lo llevan en un carro por la vía Portuense hasta las naves, y tal vez, mientras hablamos, ya se aleja. Esos cuernos convocaban a la retaguardia. Mañana temprano lo cargarán en el barco.

El rabí Eliézer inclinaba la cabeza cada vez más hondo sobre la mesa. Era como si se durmiera mientras escuchaba. Estaba como ausente y no

sentía que los demás lo miraban inquietos. Luego, de pronto, alzó la frente y dijo con calma: —Esta noche, dices. Bien. Entonces debemos ir con él.

Todos se asombraron. Pero el anciano repitió, sereno y firme: —Debemos ir con él. Es nuestro deber. Acordaos de la Escritura y de sus mandamientos. Cuando el Arca peregrinaba, nos poníamos en marcha; solo cuando ella reposaba, nos era dado reposar. Cuando los signos de Dios peregrinan, debemos peregrinar con ellos.

—Pero ¿cómo, con él por el mar? No tenemos barcos.

—Entonces hasta el mar. Es solo una noche.

Entonces se levantó Hircanos. —Como siempre, el rabí Eliézer aconseja lo justo. Debemos ir con él. Es parte de nuestro camino eterno. Si el Arca peregrina, y el candelabro, el pueblo debe peregrinar con ellos, toda la comunidad.

Entonces sonó desde un rincón una voz pequeña y temerosa. Era Simja, el carpintero, un hombre muy contrahecho, quien se lamentaba con espanto: —Pero ¿y si nos apresan? A cientos han arrastrado ya a la esclavitud. ¡Nos golpearán, nos matarán! Venderán a nuestros hijos, y nada se habrá ganado y nada se habrá hecho.

—¡Calla! —le espetó otro—. Y trágate tu miedo. Si alguno de nosotros es apresado, apresado está. Si alguno muere, muere por lo sagrado. Todos debemos ir, todos iremos.

—Sí, todos, todos nosotros. —Gritaban confusamente, unos sobre otros.

Pero Eliézer, el rabí, hizo una señal de silencio. Una vez más cerró los ojos; era su costumbre cuando quería reflexionar. Luego decidió:

—Simja tiene razón. No lo tachéis de cobarde ni de débil. Tiene razón: no todos deben arriesgar su vida e ir sin sentido, de noche, hacia los saqueadores. Pues nada es más sagrado que la vida: Dios no quiere que ni una sola se malgaste inútilmente. Tiene razón, Simja: apresarían a los jóvenes y los harían esclavos en su ciudad. Por eso los hombres robustos y los muchachos no deben salir con nosotros a la noche. Pero distinto es con nosotros. Somos viejos, y un anciano es inútil para todos, y para sí mismo más que para nadie. No podemos remar en las galeras, nosotros, que apenas tendríamos fuerza para cavar la tierra de nuestra propia sepultura, y la muerte misma,

cuando nos lleve, no ganará ya gran cosa. A nosotros nos corresponde acompañar el objeto sagrado. Que se adelanten, pues, y se apresten para el camino solo los que tengan más de setenta años.

De entre el gentío salieron los ancianos, todos de barba plateada. Eran diez, y cuando el rabí Eliézer, el Puro y Claro, se sumó a ellos, fueron once: en los patriarcas del pueblo pensaban los más jóvenes al verlos allí de pie, los últimos de un tiempo pasado, graves y solemnes. Una vez más se apartó el rabí de ellos y volvió al otro círculo:

—Iremos nosotros, los viejos, los ancianos: no tengáis cuidado, los demás, por nuestra suerte. Pero, con todo: también un niño debe ir con nosotros, un muchacho, para que sea testigo ante la generación siguiente y la que venga después. Pronto moriremos, nuestra luz está medio consumida y en breve enmudecerá nuestra boca. Pero que quede uno, aún por años y años, que con ojos vivos haya visto el candelabro de la mesa del Señor, para que perdure la certeza de tribu en tribu y de generación en generación de que lo más sagrado nuestro no está perdido para siempre, sino que solo sigue peregrinando por su camino eterno. Un niño, uno que aún no tenga uso de razón, y aunque no comprenda el sentido, debe ir con nosotros por el bien del testimonio.

Todos callaron. Cada uno pensaba, lleno de angustia, en su propio hijo, en enviarlo a la noche y al peligro. Pero ya se había levantado Abtalión, el maestro tintorero.

—Voy a buscar a Benjamín, mi nieto. Solo tiene siete años, tantos años como brazos tiene aquel candelabro, y esto me parece una señal. Preparaos entretanto para el camino, tomad de provisiones lo que halléis en mi casa; yo traigo al niño.

Los ancianos se sentaron alrededor de la mesa, los más jóvenes les trajeron vino y alimento. Pero antes de partir el pan, el rabí entonó la oración que en todos los tiempos rezaron los antepasados tres veces al día. Y tres veces repitieron con sus voces finas y quebradas los ancianos la anhelante plegaria: «Misericordioso, quiera tu misericordia devolver tu gloria a Sion y el servicio del sacrificio a Jeruscholájim».

Tras haber rezado tres veces la oración, se aprestaron los ancianos para la marcha. Con calma y recogimiento, como si cumplieran un acto sagrado, se

quitaron las mortajas, las guardaron en un hatillo y con ellas el manto de oración y las correas. Los más jóvenes trajeron entretanto pan y frutas para el camino y fuertes bastones de viaje para apoyarse. Luego cada uno de los ancianos escribió aún en pergamino lo que debía hacerse con sus bienes si no regresaba, y los demás dieron testimonio.

Entretanto, Abtalión, el maestro tintorero, había subido la escalera de madera. Se había quitado antes los zapatos, pero como era un hombre pesado y corpulento, la madera carcomida gemía bajo sus pisadas. Con cuidado empujó la puerta de la estancia donde todos dormían amontonados (pues eran pobres), su mujer y la mujer de su hijo y las hijas y los nietos. Por la rendija de los postigos cerrados se colaba una luz de luna incierta, húmeda y azulada como una niebla, y por más que Abtalión avanzara de puntillas con cuidado, advirtió que desde sus camas unos ojos abiertos lo miraban asustados, y que su mujer y la mujer de su hijo, despiertas, tenían la vista puesta en él.

—¿Qué pasa? —murmuró una voz, asustada. Abtalión no respondió, sino que siguió tanteando hacia el rincón izquierdo, donde sabía que estaba el lecho de Benjamín, el nieto. Se inclinó con ternura sobre el bajo jergón. El muchacho dormía profunda y firmemente, los puños apretados sobre el pecho como con ira: salvaje y apasionado debía de ser su sueño. Abtalión le pasó suavemente la mano por el cabello revuelto, para despertarlo. El muchacho no despertó enseguida, pero sus sentidos debieron de percibir algo de aquella caricia a través del negro velo del sueño. Pues los puños se aflojaron, los labios tensos se entreabrieron, el niño sonrió sin darse cuenta y estiró los brazos con blanda voluptuosidad. Abtalión sintió un dolor punzante al pensar que debía arrancar a aquel niño inocente de un sueño tan dulce. Sin embargo, asió al dormido y lo sacudió con más fuerza. El niño se incorporó de golpe y miró en torno con ojos acosados; era un niño de apenas siete años, pero un niño judío en tierra extraña, y acostumbrado, por ello, a sobresaltarse cuando llegaba algo inesperado. Así se asustaba su padre cuando la aldaba golpeaba la puerta, así se asustaban todos, los viejos y los sabios, cuando se leía un nuevo edicto en la calle, así se estremecían cuando moría un emperador y llegaba otro, pues malo y peligroso era todo lo nuevo para la judería del Trastévere, en la que había transcurrido su pequeña vida. Aún no había aprendido la Escritura, pero esto ya lo sabía: tener miedo de todo y de todos en la tierra.

Con mirada extraviada se quedó mirando el muchacho, y Abtalión le tapó rápidamente la boca, para que no gritara del susto. Pero apenas reconoció el muchacho a su abuelo, se calmó. Abtalión se inclinó sobre él y le susurró, los labios muy cerca: —Toma tu ropa y tus zapatos y ven. Pero en silencio, que nadie te oiga. El muchacho se levantó al instante. Sintió un secreto y se sintió orgulloso de que su abuelo lo llevara con él a ese secreto. Sin preguntar con una palabra ni con una mirada, buscó a tientas su ropa y sus zapatos.

Ya se deslizaban hacia la puerta cuando la madre se incorporó entre los cojines y sollozó, angustiada: —¿Adónde llevas al niño?

—Calla —respondió Abtalión con brusquedad—, vosotras las mujeres no tenéis que preguntar.

Cerró la puerta. Las mujeres del cuarto debían de haber despertado ya todas. Se oían voces confusas y sollozos tras la delgada madera, y cuando los once ancianos, y entre ellos el niño, salieron por el portal para emprender su camino, ya toda la calle, como si la extraña noticia hubiera calado a través de los muros, sabía de su peligrosa marcha: de todas las casas brotaban angustias y lamentos. Pero los ancianos no alzaban la vista ni miraban atrás. Callados y resueltamente graves, iniciaron su camino. Faltaba poco para la medianoche.

Para su asombro, la puerta de la ciudad estaba sin guardia y abierta: nadie preguntó ni impidió su marcha nocturna. Aquel toque de cuerno que habían oído había reunido a las últimas guardias vándalas, y los romanos, a su vez, encerrados temerosos en sus casas, no se atrevían aún a creer que la prueba hubiera terminado. Así, la calle que llevaba al puerto se extendía completamente vacía, ni un carro, ni un carruaje, ni una persona, ni una sombra: solo blancos los hitos miliarios bajo la luz de la luna brumosa. Sin obstáculo alguno, los peregrinos nocturnos atravesaron la puerta abierta.

—Ya llegamos tarde —juzgó Hircanos ben Hillel—. Los carros del botín deben de llevarnos mucha ventaja; tal vez ya estaban en camino antes de que sonaran los cuernos. Es preciso que nos demos prisa.

Todos apresuraron el paso. En la primera fila iba, el fuerte bastón en la mano, Abtalión, a su derecha rabí Eliézer, y entre el septuagenario y el octogenario trotaba con sus pasos cortos, tímido y aún medio adormilado, el niño de siete años. Detrás de ellos caminaban, de tres en tres, los demás an-

cianos, sosteniendo el hatillo en la izquierda y el bastón en la derecha; iban cabizbajos, como detrás de un féretro invisible. En torno a ellos vaporeaba, sofocante, la noche campaniana, ningún soplo redentor de aire alzaba el vaho pantanoso que flotaba, denso y viscoso, sobre los campos y sabía a tierra podrida, y desde el cielo, próximo y asfixiante, parpadeaba una luna enferma y verdosa. Era angustioso y fantasmal andar en tal noche bochornosa hacia lo incierto, pasando junto a los túmulos redondos que yacían inmóviles junto al camino como animales muertos, y junto a las casas saqueadas que, con sus cuencas de ventanas reventadas, miraban fijamente, como ciegas, el prodigio de los ancianos caminantes. Pero hasta entonces no se manifestaba peligro alguno; vacío se difuminaba en la penumbra el camino, y blanquecino como entre neblina, un río helado. De los saqueadores ya no se veía rastro alguno; solo una vez, a la izquierda, una casa de verano romana en llamas recordaba su paso saqueador. El caballete del tejado ya se había hundido, pero desde dentro una brasa humeante teñía de rojo el humo que ascendía en espiral, y todos los ancianos, los once, al mirar hacia allí, tuvieron uno y el mismo pensamiento: les parecía haber visto la columna de humo y fuego que caminó junto al Tabernáculo cuando los padres y los antepasados todavía marchaban tras el Arca, tal como ellos marchaban ahora tras el amado utensilio.

Entre los dos ancianos, su abuelo Abtalión y el rabí Eliézer, el niño jadeaba y forzaba sus pasos a ser largos, para no quedarse atrás. Callaba porque los demás callaban, pero un miedo inconmensurable le llenaba el pecho, y su pequeño corazón golpeaba dolorosamente las costillas a cada paso. Tenía miedo, un miedo confuso y sin palabras, porque no sabía por qué aquellos ancianos lo habían sacado de la cama en plena noche, miedo porque no sabía adónde lo llevaban, y sobre todo miedo porque jamás había visto la noche al aire libre ni el gran cielo sobre ella. Solo desde aquella callejuela judía conocía la noche; allí era pequeña y estrecha, un palmo de negrura, apenas si tres o cuatro estrellas se abrían paso por las angostas rendijas entre los tejados. Había que tenerle miedo, pues estaba llena de un rumor familiar. Hasta en el sueño se oía el rezar de los hombres, el toser de los enfermos, el arrastrar de los pies, el maullar de los gatos, el zumbir del hogar; a la derecha dormía la madre, a la izquierda la hermana, uno estaba guardado, resguardado por calor y aliento, uno no estaba solo. Pero aquí la noche amenazaba como un vacío inconmensurable; más pequeño que nunca se sentía el niño bajo aquella cúpula abovedada y velada. De no haber estado a su

lado los hombres protectores, habría llorado o intentado esconderse en algún sitio de aquella inmensidad que se abalanzaba sobre él por todos lados con silencio abrumador. Pero, por fortuna, junto al miedo quedaba en su corazón diminuto todavía sitio para un orgullo ardiente y palpitante, pues el niño se sentía a la vez orgulloso de que los ancianos —en cuya presencia ni siquiera la madre osaba hablar y ante los cuales temblaban los más jóvenes— de que aquellos grandes y sabios lo hubieran elegido precisamente a él, al más pequeño, entre todos los demás. El niño no sabía para qué ni por qué lo habían llevado consigo los ancianos, pero, por infantil que fuese aún su entendimiento, un presentimiento lo atravesaba: algo grandioso debía de haber en aquella marcha nocturna. Por eso quería, con todas sus fuerzas, mostrarse digno de su elección, y una y otra vez estiraba sus piernecitas cortas y delgadas para dar zancadas grandes, y contenía valientemente su corazón cuando golpeaba con demasiada fuerza contra la garganta. Pero el camino duraba demasiado. Hacía rato que el niño estaba cansado, y una y otra vez lo asaltaba el miedo cuando, bajo la vaga luz de la luna, sus propias sombras se alargaban de pronto en el camino y luego volvían a fundirse, y no se oía nada más que el paso, el propio paso sobre las piedras aplanadas y resonantes. Y cuando ahora, de improviso, algo le rozó la frente con un leve silbido —un murciélago, negro y quebrado, que se apartaba de nuevo hacia la noche—, el niño gritó y se aferró convulso a la mano del abuelo: —¡Abuelo, abuelo! ¿Adónde vamos?

El anciano no volvió la cabeza. Solo gruñó, duro y enojado: —¡Calla y camina! No tienes que preguntar. El niño se encogió como bajo un golpe. Se avergonzó de no haber sabido contener su miedo. No debería haber preguntado, se afligió.

Pero rabí Eliézer, el Puro y Claro, alzó la cabeza con severidad hacia Abtalión, por encima del niño que lloraba:

—Necio eres, ¿cómo no habría de preguntarnos el niño? ¿Cómo no habría de asombrarse de que se lo arranque de la cama y se lo lleve a una noche extraña? ¿Y por qué no ha de saber el muchacho la causa de nuestra partida y de nuestro caminar? ¿Acaso no participa, por herencia de su sangre, de nuestro destino? ¿No habrá de llevar aún nuestra angustia sin fin a través del tiempo más tiempo que nosotros mismos? Nuestros ojos se habrán apagado hace mucho, mas él vivirá entonces todavía, testigo ante otra generación y el último que en Roma vio el candelabro sobre la mesa del Se-

ñor. ¿Por qué quieres que lo ignore, a él, de quien queremos que llegue a ser un sabedor y el mensajero de esta noche?

Avergonzado, Abtalión calló. Rabí Eliézer, en cambio, se inclinó con ternura hacia el niño y le acarició alentadoramente el cabello.

—Pregunta, niño. Pregunta con valentía, cuanto desees, yo te responderé. Peor es para el hombre no saber que preguntar. Solo quien ha preguntado mucho puede comprender mucho. Pero solo quien comprende mucho llega a ser un justo.

El corazón le temblaba de orgullo al niño, de que el sabio, a quien todos los demás veneraban, le hablara tan gravemente. De buena gana habría besado las manos del rabí en agradecimiento, pero era demasiado grande su timidez, y su labio ardiente temblaba vacío y sin sonido. Mas rabí Eliézer, que durante toda una vida había escudriñado muchos libros, sabía leer también en la oscuridad del silencio los signos escritos del corazón. Sintió que el niño temblaba de impaciencia por saber qué le sucedía y adónde iban. Suavemente atrajo hacia sí la mano del niño, que descansaba, ligera y trémula como una mariposa, en la mano fría del anciano.

—Quiero decirte adónde vamos, y nada te será ocultado. Pues no hay injusticia alguna en lo que hacemos, y aunque sea un camino secreto ante los demás el que hoy recorremos, Dios lo ve desde lo alto y conoce nuestros pensamientos. Él sabe lo que emprendemos, mas solo Él sabe cómo termina.

Mientras rabí Eliézer hablaba al niño, no interrumpía su marcha, y tampoco los demás la interrumpían. Solo se apretaban ahora más cerca de los dos, para escuchar juntos lo que el sabio contaba al niño, al no instruido.

—Un camino antiguo es el que andamos, hijo mío, ya nuestros padres y antepasados lo anduvieron. Pues pueblo errante hemos sido durante innumerables años, y hemos vuelto a serlo, y acaso, quién sabe, sea nuestro destino seguir siéndolo por toda la eternidad. No como los otros pueblos tenemos tierra propia bajo nuestro sueño, no crecen en campo propio para nosotros simiente ni fruto. Solo con pies errantes cruzamos las tierras, y en suelo ajeno se ponen nuestras tumbas. Pero por dispersos que estemos, y aunque nos arrojen entre los surcos como mala hierba del oriente al septentrión de esta tierra, hemos seguido siendo pueblo, uno solo y solitario entre los pue-

blos, por obra de nuestro Dios y de la fe en Él. Algo invisible es lo que nos ata, algo invisible que nos sostiene y nos mantiene unidos, y ese invisible es nuestro Dios. Sé que te será difícil, hijo, comprender esto, pues solo lo visible se aprehende fácilmente con los sentidos, solo lo carnal se deja tomar y asir como tierra y madera y piedra o bronce. Y por eso los otros pueblos se han creado también su dios a partir de cosas visibles, de maderas y piedras y bronce forjado. Pero nosotros, los únicos y solos, nos aferramos a lo invisible y buscamos un sentido por encima de nuestro sentido. Todo nuestro afán proviene del impulso de no atenernos a lo asible, sino de haber sido y de seguir siendo eternamente buscadores de lo invisible. Pero más fuerte es quien se ata a lo invisible que quien se aferra a lo tangible, pues esto es perecedero, y aquello perdura. Y más fuerte es, a la larga, el espíritu que la fuerza. Por eso, y solo por eso, hijo, hemos sobrevivido al tiempo, porque estamos consagrados a lo intemporal, y solo porque guardamos fidelidad a Dios, al invisible, Él nos la ha guardado a nosotros. — Sé que te será difícil, siendo un niño, comprender esto, pues nosotros mismos, muchas veces, en nuestra angustia, no comprendemos que Dios y la justicia en la que creemos no se hagan visibles en estos mundos nuestros. Pero, aunque ahora no me comprendas, no te turbes por ello y sigue escuchando, hijo mío.

—Escucho —respiró el niño, tímido y arrobado.

—Con esta fe en lo invisible anduvieron por el mundo nuestros padres y antepasados, y para dar testimonio ante sí mismos de que creían únicamente en ese Dios invisible, que nunca se revela y al que ninguna imagen jamás colma, crearon nuestros antepasados un signo. Pues nuestro entendimiento es estrecho y no puede abarcar lo infinito: solo una sombra de lo divino cae a veces sobre nuestra vida, y apenas una pequeña luz de ella en nuestro día terrenal. Pero para que nuestro corazón jamás se apartara de su deber de servir a lo invisible, que es la justicia, la permanencia y la gracia, nos creamos utensilios para el servicio que exigieran vigilancia constante: un candelabro, llamado la menorá, en el que ardían perpetuamente las velas, y un altar, donde una y otra vez se exponían los panes. No imágenes de la esencia divina —guárdate bien esto— como los otros pueblos las crearon impíamente, eran estos utensilios que llamamos sagrados, sino solo testimonios de nuestra fe eternamente vigilante, y adondequiera que marchábamos por el mundo, marchaban ellos con nosotros. Encerrados en un arca, los guardábamos en una tienda, y esa tienda la llevaban nuestros padres, tan sin patria

como nosotros mismos, sobre sus hombros. Cuando la tienda descansaba con las reliquias sagradas, podíamos descansar nosotros; cuando ella marchaba, marchábamos con ella. En el reposo y en la marcha, de día y de noche, durante mil y mil años estuvimos nosotros, pueblo judío, siempre congregados en torno a lo sagrado, y mientras conservemos este sentido de lo sagrado, seguiremos siendo, en toda tierra extraña, un pueblo.

—Pero ahora escucha. Las reliquias sagradas de aquella arca eran un altar, sobre el cual poníamos los panes, el fruto nutricio del seno de la tierra, y eran los vasos de donde se elevaba en nubes el incienso, para alcanzar a Dios, y eran las tablas de los mandamientos, en las que Dios se nos había prometido. Pero lo más visible de todos estos utensilios era un candelabro, cuya luz iluminaba eternamente el altar en el recinto santísimo. Pues Dios ama la luz que Él mismo enciende, y nuestro agradecimiento por la luz que dio a nuestros ojos, a nuestros sentidos, ha creado ese candelabro. De oro purificado estaba forjado con arte, siete brazos se alzaban desde su ancho tallo hasta cálices, y coronas de flores estaban primorosamente cinceladas en él. Cuando las siete velas sobre los siete capiteles estaban encendidas, la luz florecía en siete flores, y en su contemplación santificábamos nuestro corazón. Cada vez que se encendía en el sabbat, nuestra alma se convertía en templo de recogimiento. Ningún objeto sobre la tierra nos es, por eso, tan querido como signo cual la forma de este candelabro, y en todas partes donde un judío todavía cree en lo sagrado, en cada casa bajo los cuatro vientos de la tierra, se alza aún, en su imagen, una menorá semejante, elevando sus siete brazos hacia la plegaria.

—¿Por qué siete? —preguntó tímidamente el niño. —Pregunta, pregunta, hijo mío. De preguntar nace el saber. Un número singular y elevado es el siete entre los números, pues al cabo de siete días completó Dios el mundo y al hombre, y ningún milagro es mayor que el de que existamos en este mundo y lo sintamos y lo amemos y reconozcamos a su creador. Por medio de la luz enseñó Dios a los sentidos a ver y al alma a saber: por eso el candelabro, con sus siete brazos, alaba la luz, la exterior y la interior. Pues también una luz interior nos ha concedido Dios por medio de la Escritura, y así como allí vemos por la mirada, aquí sabemos por el conocimiento. Lo que la llama es para los sentidos, eso es la Escritura para el alma, en la que está escrito todo, las obras de Dios y las obras de los padres, la medida de todo hacer, lo permitido y lo vedado, el espíritu creador y la ley que da forma.

Dos veces contemplamos el mundo, por la gracia de Dios, merced a la luz: una vez desde fuera, por los sentidos, y otra vez por el espíritu, y hasta su propio ser podemos captar gracias a su iluminación. ¿Me comprendes, niño?

—No —musitó el niño.

—Entonces guarda solo esto —lo demás lo comprenderás más tarde—, guarda solo esto que te digo: lo más sagrado que tuvimos como signo en nuestro peregrinar, y lo único que nos ha quedado de los días de nuestro comienzo, fueron la Escritura y el candelabro, la Torá y la menorá.

—La Torá y la menorá —repitió con reverencia el niño, y apretó las manos para retener mejor las palabras.

—Ahora escucha más. Llegó un tiempo —lejano ya— en que nos cansamos de andar errantes. Pues el hombre anhela la tierra, como la tierra lo anhela a él. Y cuando llegamos, tras años y años de destierro, a la tierra que Moisés nos había prometido, la tomamos por derecho como propia. Sembramos y aramos y cultivamos la vid y domesticamos a los animales, nos creamos campos fértiles y los cercamos y los vallamos, dichosos de no ser ya eternamente los tolerados y proscritos de los otros pueblos ni los eternos huéspedes de tierra ajena. Y ya creíamos que nuestra peregrinación había terminado para siempre, ya nos atrevíamos a la palabra osada de que nuestra era esta tierra, como si jamás la tierra perteneciera al hombre, a quien todo se le da solo en préstamo. Pero él olvida siempre que tener no es retener, y poseer no es preservar: donde siente tierra bajo los pies, allí construye su casa, y con las raíces de los árboles quiere prenderse al terruño. Así también nosotros construimos por primera vez casas y ciudades, y como cada uno de nosotros tenía morada, ¿cómo no habría de impulsarnos el agradecimiento a darle también a Él, a nuestro Dios y protector, una morada en medio de nosotros, una casa, alta y magnífica sobre todas las casas, una casa de Dios? Y surgió en aquellos años benditos de reposo en nuestra tierra un rey, rico y sabio, llamado Salomón...

—Alabado sea su nombre —interrumpió en voz baja Abtalión. —Alabado sea su nombre —repitieron los demás ancianos mientras caminaban.

—... que edificó una casa sobre el monte Moria, donde una vez Jacob, nuestro antepasado, vio en sueños, dormitando, la escalera del cielo, y al

despertar dijo: «Un lugar sagrado es este, y sagrado será para todos los pueblos de la tierra». Allí edificó Salomón nuestra casa de Dios, y magníficamente estaba labrada en piedra y madera de cedro y bronces cincelados. Y cuando nuestros padres alzaban la mirada hacia sus muros, su corazón se sentía seguro, como si Dios quisiera morar para siempre en medio de nosotros y apaciguar nuestro destino por toda la eternidad. Así como nosotros descansábamos en nuestra patria, así reposaba en el recinto sagrado la tienda, y en la tienda el arca largo tiempo transportada. Día y noche alzaba la menorá sus siete llamas ante el altar, todo lo que nos era sagrado reposaba a resguardo en el Santo de los Santos del Señor; aunque invisible, tal como era eterno y eterno seguirá siendo, así habitaba Dios en paz en la tierra de nuestros antepasados, en el templo de Jeruscholájim.

—Que mis ojos vuelvan a contemplarlo —murmuraron los hombres caminantes, como en oración.

—Pero sigue escuchando, hijo mío. Todo lo que el hombre tiene le es solo dado en préstamo, y su tiempo de dicha corre sobre rueda giratoria. No fue eterna, como creíamos, nuestra paz, pues del oriente vino un pueblo salvaje e irrumpió en nuestra ciudad, tal como los saqueadores que has visto irrumpieron ahora en esta ciudad de nuestro destierro. Lo que era asible, lo asieron; lo que era transportable, se lo llevaron; lo que era destructible, lo destruyeron: solo lo invisible no pudieron quitarnos, la palabra y la presencia de Dios. Pero la menorá, el candelabro sagrado, lo arrancaron de la mesa y se lo llevaron a rastras, no porque fuera sagrado —pues esto no lo comprendían los siervos del mal—, sino porque era oro, y los saqueadores aman siempre el oro. Y junto con el pueblo mismo se llevaron a rastras el candelabro y el altar y todos los vasos, hasta Babel...

—¿Babel? —interrumpió tímido el niño.

—Pregunta, pregunta, hijo mío, y que Dios te conceda siempre respuesta. Babel se llamaba aquella ciudad, grande y poderosa como esta en la que ahora habitamos, y tan lejos estaba de nuestra patria que otras eran las estrellas que se alzaban allí sobre nuestras cabezas. Y para que calcules cuán lejos peregrinaron entonces nuestros objetos sagrados, cuenta tú mismo: pues mira, apenas tres horas hemos caminado, y ya hay dolor en nuestros miembros y cansancio. Pero Babel distaba tres mil horas, y más todavía. Ahora quizá comprendas hasta dónde robaron entonces el candelabro. Pero tam-

bién esto guarda en tu memoria: ante la voluntad de Dios no vale ninguna lejanía. Y cuando vio que su palabra nos seguía siendo sagrada en el destierro —y quizá sea este el sentido de nuestro eterno ser perseguidos sobre la tierra, que lo sagrado se nos vuelva aún más sagrado por la lejanía y nuestro corazón se torne siempre más humilde en el exceso de la angustia—, cuando Dios, digo, vio que habíamos superado la prueba, despertó entonces el corazón de un rey de aquel pueblo extraño. Este reconoció su injusticia y dejó que nuestros padres regresaran a la tierra prometida, y les devolvió el candelabro de la casa sagrada y los demás objetos. Así volvieron nuestros padres de Caldea a Jeruscholájim, a través de desiertos, montañas y espesuras. Desde los confines de la tierra volvieron, con el cuerpo vivo, al lugar donde siempre estuvimos y estaremos con nuestros pensamientos. Una vez más edificamos el templo sobre el monte Moria, una vez más resplandeció con sus siete llamas el candelabro retornado ante el altar de Dios, y nuestros corazones resplandecían con él. Pero guarda bien esto, para que comprendas el sentido de nuestro caminar de hoy: ninguna obra de este mundo es tan sagrada, tan antigua y ha peregrinado tan lejos a través del tiempo y sobre la tierra como este candelabro de siete brazos, y de todo cuanto tenemos y hemos tenido como signo de nuestra unidad y nuestra pureza, es él la prenda más preciosa. Y siempre se oscurece nuestro destino, se apaga y se pierde su luz.

Rabí Eliézer se interrumpió. Su voz parecía agotada. El niño alzó vivamente la cabeza, y su mirada se volvió como una pequeña llama ardiente de ansiosa inquietud, temiendo que el relato ya hubiera terminado. Sonriendo, rabí Eliézer advirtió la impaciencia del niño. Suavemente le acarició el cabello y dijo, tranquilizador:

—¡Cómo te arden los ojos por dentro, niño! Pero no temas: nuestro destino nunca termina, y aunque te contara años y años, apenas conocerías la milésima parte del camino que nos está destinado recorrer. Pero escucha ahora, ya que oyes bien y oyes con gusto, cómo fue y cómo sucedió en nuestra patria. Una vez más pensamos que el templo estaba fundado para la eternidad. Pero de nuevo vinieron enemigos por el mar; de esta misma tierra donde ahora habitamos como forasteros vinieron, y los guiaba un emperador, un guerrero, llamado Tito...

—Maldito sea su nombre —murmuraron los hombres mientras caminaban.

— ... y quebró nuestras murallas, destrozó nuestro templo. Con pie insolente pisó el profanador el Santo de los Santos y arrancó el candelabro del altar. Lo que Salomón había creado magníficamente, para gloria de Dios, se lo llevó su venganza, y encadenado condujo consigo a nuestro rey, y en triunfo los objetos sagrados. Jactancioso jubilaba el pueblo necio cuando él entraba victorioso, como si sus guerreros hubieran vencido a Dios y lo arrastraran consigo encadenado. Y tan glorioso le pareció al réprobo su sacrilegio, tan deliciosa nuestra humillación, que se hizo construir vanidosamente una gran puerta en memoria de ello y emparedó en mármol, en la obra artificiosa, su robo a Dios.

El niño alzó la frente, atento. — ¿Es aquel arco con los muchos hombres de piedra? ¿Aquella puerta abovedada frente a la gran plaza, que mi padre me advirtió que nunca debía cruzar?

— El mismo, hijo mío. Pasa siempre de largo junto a él y no mires esa puerta del triunfo, pues recuerda nuestro día más doloroso. Ningún judío puede cruzar ese arco, que muestra en imágenes cómo escarnecieron lo que nos era sagrado y siempre lo será. Recuerda cada vez...

El anciano se interrumpió a media palabra. Pues por detrás, Hircanos ben Hillel había saltado hacia él de improviso y le había puesto la mano sobre los labios. Todos se asustaron sobremanera ante su osadía. Pero, en silencio, Hircanos ben Hillel señalaba ahora hacia delante, al camino. Vagamente se distinguía allí algo en el resplandor incierto de la luna nublada. Algo oscuro se arrastraba lentamente por el camino blanco como una oruga errante, y ahora, mientras los ancianos permanecían sin aliento, se oía desde allí, a través del silencio, el crujir de carros pesadamente cargados. Pero sobre esta comitiva oscura que avanzaba penosamente, algo brillaba claro como pequeñas briznas en el rocío de la mañana: eran las lanzas de la retaguardia húmeda que custodiaba los carros del botín.

Pero los vigías de ojos agudos de aquella columna de botín debían de haber avistado ya a los que venían detrás, pues al instante volvieron los caballos y ya se lanzaba hacia ellos una tropa a la carga, las lanzas en ristre y con un grito estridente. Erguidos permanecían los guerreros húmedos en sus estribos, y los albornoces ondeaban blancos, como si los corceles tuvieran alas. Instintivamente los once ancianos se agruparon y pusieron al niño en el centro. De un solo golpe, gritando estridentemente y con furia, los jinetes

se abalanzaron ahora hacia ellos: apenas a unos palmos de los aterrados tiraron bruscamente de las riendas de sus caballos, para observar de cerca a estos desconocidos rezagados, de modo que los caballos se encabritaron. Pero cuando reconocieron, a la luz incierta de la luna ya en penumbra, que estos no eran en absoluto guerreros que los persiguieran para disputarles el botín, sino solo ancianos que caminaban pacíficamente por la noche, canosos y achacosos, cada uno con un pequeño hatillo y un bastón en la mano, tal como en su propia tierra solían peregrinar los piadosos de un lugar a otro, entonces rieron con confianza hacia los ancianos, y los dientes brillaron blancos en sus rostros salvajes y oscuros. Luego uno de ellos silbó, agudo y rápido; de nuevo volvieron los caballos, alejándose veloces y ligeros como una bandada de pájaros hacia su botín, mientras los ancianos permanecían todavía inmóviles por el fogonazo de su susto, sin atreverse a comprender del todo que habían sido perdonados y salvados.

Rabí Eliézer, el Puro y Claro, fue el primero en reponerse. Con ternura acarició la mejilla del niño.

—Un valiente eres —dijo, inclinándose hacia él—. He sostenido tu mano, y no ha temblado. ¿Quieres que siga contándote? Pues todavía no sabes adónde vamos ni por qué estamos despiertos en esta noche.

—¡Cuenta! —musitó el niño con leve súplica.

—Te dije, ya lo recuerdas, que Tito, el maldito, arrastró nuestras reliquias sagradas hasta Roma y las paseó, para vano deleite de los ojos, por toda la ciudad. Pero, después de aquel día, los emperadores de Roma guardaron nuestra menorá junto con las demás reliquias sagradas de Salomón en una casa a la que llamaron el Templo de la Paz; necia palabra, como si la paz tuviese jamás duración y morada en esta nuestra tierra pendenciera. Mas Dios no consintió que permaneciese en templo ajeno lo que había sido ornato del suyo propio en Sion; así que envió de noche un fuego, y el fuego abrasó aquella casa con techo, imágenes y bienes: solo nuestro candelabro fue salvado de las llamas devoradoras, y visible se hizo una vez más que ni el fuego, ni la lejanía, ni la mano rapaz de los hombres tienen poder sobre él. Fue una señal de advertencia de Dios, para que devolviesen lo sagrado a su lugar sagrado y los utensilios al sitio que ellos honraban no por el oro, sino únicamente por su santidad. Pero ¿cuándo entienden los necios una señal, cuándo se dobla dócil ante la razón el corazón terco del hombre?

El rabí Eliézer suspiró, y prosiguió:

— Así tomaron nuestro sagrado utensilio y lo guardaron de nuevo en otra casa del emperador, y como allí, en cámara cerrada, aguardó pacientemente años y decenios, creyeron una vez más que ya estaba a salvo por toda la eternidad. Pero tras un ladrón siempre acecha otro, y lo que uno tomó con violencia, otro se lo arrebató de nuevo con violencia. Como Roma cayó sobre Jeruscholájim, así ha caído Cartago sobre Roma. Como ellos nos robaron a nosotros, así ahora ha sido robado él; como profanaron nuestro bien más sagrado, así ha sido profanado ahora el suyo. Pero también lo nuestro propio, nuestra menorá, nuestro utensilio de Dios, lo han tomado esos ladrones, y esos carros allí en la oscuridad arrastran lo que más caro es a nuestros corazones. Mañana cargarán el candelabro en un barco, para llevarlo a tierra extraña, inalcanzable para nuestra mirada anhelante; ¡nunca más nos alumbrará a nosotros, los viejos, este candelabro! Y así como se acompaña a la sepultura el cadáver de un ser querido, para dar testimonio del amor con ese caminar y ese ir con él en su último trayecto, así acompañamos hoy a la menorá en su partida hacia tierra extraña. Es lo más sagrado lo que perdemos: ¿comprendes ahora el duelo de nuestra dolorosa marcha?

El niño caminaba con la cabeza inclinada y callaba. Parecía reflexionar.

— Pero guarda esto: te hemos traído como testigo, para que un día, cuando nosotros mismos seamos ya tierra, atestigües que guardamos fidelidad a lo sagrado, y para que enseñes a los demás a seguir guardándola. Para que les ayudes a creer en nuestra fe, en que siempre volverá, el candelabro, de su peregrinar en la oscuridad, y que un día, con sus siete llamas, iluminará de nuevo gloriosamente el altar del Señor. Te hemos despertado para que tu corazón se despierte también, y para que un día anuncies esta noche a los que vengan después. Recapacita y anuncia a los otros, para su consuelo, que tú viste con tus propios ojos el candelabro que peregrinó a través de mil años, incólume como nuestro pueblo en tierra extraña, y del que yo creo firmemente que no perecerá mientras nosotros no perezamos.

El niño seguía callando. Y el rabí Eliézer, el Puro y Claro, sintió una resistencia en el silencio obstinado del muchacho. Así que se inclinó hacia él y preguntó: — ¿Me has entendido?

La nuca del niño permaneció rígida. — No — dijo, terco —. No lo entiendo. Pues si... si nos es tan caro y tan sagrado, el candelabro..., ¿por qué de-

jamos que nos lo quiten?

El anciano suspiró. — Bien preguntas, hijo mío. ¿Por qué dejamos que nos lo quiten? ¿Por qué no nos defendemos? Pero solo más tarde comprenderás que en este mundo el derecho está del lado de los fuertes y no de los justos. Siempre la violencia impone su voluntad en la tierra, y la piedad no tiene poder terrenal. Solo a soportar la injusticia hemos aprendido de Dios, y no a imponer nuestro derecho con el puño.

El rabí Eliézer dijo estas palabras con la cabeza inclinada mientras seguía caminando. Pero de pronto el niño soltó bruscamente su mano de la de él y se detuvo. Erguido y casi imperioso, el niño ardiente preguntó al anciano:

— ¿Pero Dios? ¿Por qué tolera este robo? ¿Por qué no nos ayuda? ¿No has dicho tú que Él es el Justo y el Todopoderoso? ¿Por qué está del lado de los ladrones y no de los justos?

Todos se espantaron. Todos se detuvieron, y el corazón se les paró a un tiempo en el pecho. Como una fanfarria aguda, la pregunta desatada del niño había atravesado el vacío de la noche, como si aquel pequeño muchacho declarase la guerra a Dios. Y airado — pues se avergonzaba de su propia sangre —, Abtalión increpó a su nieto:

— ¡Calla y no blasfemes!

Pero el rabí Eliézer le cortó la palabra:

— ¡Calla tú primero! ¿Por qué murmuras contra el niño inocente? Pues su corazón ignorante no ha preguntado otra cosa que lo que nosotros nos preguntamos a diario y a toda hora, tú y yo y todos nosotros, y los sabios y los más sabios de nuestro pueblo desde el principio y desde siempre. Nada ha preguntado este niño sino nuestra vieja pregunta judía: ¿por qué se ensaña Dios precisamente con nosotros, tan duramente, entre los pueblos, precisamente con nosotros, que le servimos como ningún otro? ¿Por qué nos arroja precisamente a nosotros bajo las suelas de los demás, para que nos pisoteen, a nosotros, que lo reconocimos y lo alabamos los primeros en la inasibilidad de su ser? ¿Por qué destruye lo que edificamos, quiebra lo que esperamos, por qué nos quita la morada dondequiera que reposamos, por qué azuza a pueblo tras pueblo contra nosotros hacia un odio eternamente renovado? ¿Por qué nos prueba, y siempre solo a nosotros, tan duramente, a nosotros a quienes él escogió primero y admitió los primeros en su misterio? No, no

voy a mentir ante un niño, pues si su pregunta es blasfemia, entonces yo mismo soy un blasfemo cada día de mi vida. Mirad, lo confieso ante todos vosotros: también yo, por mucho que me resista, también yo me querello con Dios sin fin, también yo me pregunto, a mis ochenta años, todavía cada día esta misma pregunta de este niño cándido: ¿por qué precisamente a nosotros nos hunde Dios tan hondo en la desdicha? ¿Por qué tolera nuestro despojo de todo derecho y aún ayuda a los ladrones en el robo? Y aunque me golpee mil veces el puño contra el pecho de vergüenza, no puedo sofocar ni ahogar este grito interrogante. No sería yo judío ni sería hombre si no me atormentase a diario esta pregunta, y solo en la muerte enmudecerá en mis labios.

Los otros ancianos se estremecieron. Nunca habían visto a Kab ve Nake, el Puro y Claro, el siempre Justo, en tal desasosiego: de un fondo íntimo que él, por lo demás, mantenía cerrado a todos, debía de haber brotado esa acusación, y les pareció extraño a todos, tal como estaba allí, temblando en todos sus miembros por el exceso de dolor, y con la mirada apartada, avergonzada, del niño, que alzaba hacia él, asombrado, el ojo inquisitivo. Pero ya se había recobrado el rabí Eliézer, y, inclinándose de nuevo hacia el muchacho, lo apaciguó:

—Perdona que hablase a aquellos y a otro por encima de todos nosotros, en vez de darte respuesta a ti. Tú me has preguntado, hijo mío, desde la sencillez de tu corazón: ¿por qué tolera Dios esta afrenta contra nosotros y contra Él mismo? Y yo te respondo desde la sencillez de mi espíritu, con toda la honradez de que soy capaz, te respondo: no lo sé. Pues no conocemos los planes de Dios ni presentimos sus pensamientos. Pero siempre que yo mismo me querello con Él en la necedad de mi dolor y en el exceso de nuestro común sufrimiento, entonces trato de consolarme diciéndome: quizá haya un sentido en el sufrimiento que Él nos impone, y quizá cada uno de nosotros expíe una culpa. ¿Quién puede decir quién la cometió? Quizá Salomón, el sabio, fue poco sabio al construir el templo en Jeruscholájim, como si Dios fuera un hombre y deseara tener morada en un solo lugar y bajo un solo pueblo. Quizá fue pecado que le erigiese la casa con tanto fasto, como si el oro valiese más que la piedad y el mármol más que la firmeza interior. Quizá fue contra la voluntad de Dios que nosotros, pueblo judío, quisiéramos ser como los demás y tener patria y casa, que dijéramos: esta es nuestra tierra, y dijéramos: nuestro templo y nuestro Dios, como se dice: mi mano y

mi cabello. Quizá por eso quebró el templo y nos arrancó de la patria, para que no atásemos nuestro sentido a lo visible, sino que le permaneciésemos fieles solo de un modo interior; a lo inalcanzable y a lo invisible. Quizá nuestro verdadero camino sea este, que estemos siempre en camino, mirando atrás con melancolía y hacia adelante con anhelo, deseando siempre el reposo y, sin embargo, siempre sin reposo; pues solo es un camino sagrado aquel cuyo destino no se conoce y que, no obstante, se recorre con perseverancia, tal como nosotros recorremos aquí, en la oscuridad y el peligro, esta noche, sin conocer su desenlace.

El niño escuchaba. Pero el rabí Eliézer había terminado:

—Pero ahora no preguntes más. Pues tu pregunta va más allá de mi saber. Espera y ten paciencia: quizá un día Dios te responda desde tu propio corazón.

El anciano calló, y callaron los demás. Quietos permanecieron todos junto al camino, y la noche los envolvió en silencio, y a todos les parecía como si estuvieran solos en la oscuridad del mundo, más allá del tiempo.

De pronto uno se estremeció y alzó la mano. Un temor lo había asaltado, y advirtió a los demás que escuchasen. Y en efecto, algo corrió a través del silencio y se acercó con un rumor. Al principio fue apenas como si alguien pulsase fugazmente un arpa, un sonido oscuro y creciente, pero pronto se hinchó más fuerte, como viento o mar viniendo desde lo tenebroso, y de repente irrumpió en el bochorno una poderosa racha de tormenta, breve y súbita, de modo que los árboles asustados junto al camino alzaron sus brazos, como si quisieran sostenerse en el vacío, y los arbustos susurraron confusos y el polvo se levantó del camino. Fue como si de pronto vacilasen las estrellas, y los ancianos, agitados como estaban por la conversación sobre su destino y a la espera de la cercanía de Dios, temblaron, por si de pronto fuera a llegarles una respuesta, pues estaba escrito en la Escritura que Dios se acerca en el viento de tormenta y que su voz comienza a hablar en un suave susurro. Cada uno bajó la frente hacia la tierra, cada uno escuchaba a la vez hacia lo alto, y sin darse cuenta se tomaron unos a otros de la mano, para sostenerse juntos frente a lo prodigioso, y cada uno sentía el pulso del otro como un pequeño martillo violento en su puño.

Pero nada sucedió. De pronto, tal como había venido, cesó el viento de tormenta, y poco a poco se apagó el susurro en la hierba. Nada sucedió.

Ninguna voz habló, ningún sonido redimió el silencio aterrado. Y cuando fueron alzando, uno tras otro, sus ojos atemorizados de la tierra, advirtieron que en el oriente, sobre la oscuridad, comenzaba un primer resplandor, opalino y tenue. Entonces comprendieron que aquello no había sido más que el viento que siempre se levanta antes de que comience el día; que solo había sucedido el prodigio cotidiano de que amaneciera, como tras cada noche terrenal. Más intensa se iluminó, mientras aún permanecían inquietos, la lejanía rojiza, y ya el paisaje, en pálido contorno, se abría paso fuera de los velos. Entonces supieron: la noche había terminado, la noche de su peregrinación. — Amanece — murmuró Abtalión, quedo y desengañado —, digamos la oración.

Los once ancianos se juntaron. Aparte quedó el niño, como menor de edad aún no versado en la oración, y miraba con el corazón agitado. Los viejos sacaron de sus hatillos los mantos de oración y se los pusieron sobre los hombros y las cabezas. Las correas se las ataron en torno a la frente y a la mano, la izquierda, que está cerca del corazón. Luego se volvieron hacia el oriente, donde sabían que estaba Jeruscholájim, y pronunciaron la acción de gracias a Dios, que creó el mundo, y lo alabaron con las dieciocho bendiciones de su perfección. Cantaban y murmuraban quedamente, balanceando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás al ritmo de la plegaria. El niño no podía entender todas las palabras, pero vio el fervor con que los once ancianos se mecían en el canto agitado, como antes los arbustos en el viento de Dios. Tras el solemne «¡Amén!» pronunciado en voz alta, se inclinaron todos, luego doblaron de nuevo los mantos de oración y se dispusieron otra vez al camino. Más viejos parecían ahora, los ancianos, bajo la luz que despertaba poco a poco; más nítidas se dibujaban las arrugas de su frente, y más oscuras las sombras en torno a los ojos y la boca: como si viniesen de su propia muerte, cansados y penosamente se arrastraron con el niño, el último, el más doloroso tramo de su camino.

Claro y ardiente ardía la mañana itálica cuando los once ancianos llegaron con el niño al puerto de Portus, donde el Tíber deja que su caudal amarillo refluya lánguido y sin brío hacia el mar. Muy pocos barcos de los vándalos aguardaban ya en la rada; uno tras otro se hacían ya a la mar, con el mástil empavesado triunfalmente y el ancho vientre cargado de botín; por fin quedaba anclado en la orilla uno solo, que devoraba con avidez de los carros atestados los últimos restos del robo romano. Un carro tras otro roda-

ba dócilmente para ser vaciado, y cada vez los esclavos llevaban, por una escalerilla de tablas, sobre sus hombros morenos o alzadas en alto sobre la cabeza, las pesadas cargas hasta el barco: arcas y cofres con oro y ánforas redondas con vino. Pero por mucho que se apresurasen, su servicio no era lo bastante rápido para el impaciente señor del barco, y así los capataces de los vándalos, a latigazos, empujaban a los esclavos a un paso cada vez más veloz. Se detuvo entonces el último carro ante el barco; era aquel al que los once ancianos con el niño habían seguido durante la larga noche, y que contenía el candelabro del templo. Aún estaba su carga cubierta de paja y de paños, pero con mirada ardiente los ancianos clavaban los ojos en el carro colmado y temblaban ante lo que iba a descubrirse. Ahora era el instante de la decisión: ahora o nunca debía suceder el milagro.

Pero el niño no miraba hacia allí con ellos. Como hechizado, contemplaba fijamente el mar, que veía por primera vez. Allí estaba, espejo azul e infinito, radiante y abovedado, hasta la línea nítida donde el agua tocaba el cielo, y aún más vasto le pareció este espacio inmenso que la cúpula de la noche, cuando había visto por primera vez el círculo pleno de las estrellas en el cielo abovedado. Absorto observaba cómo jugaban entre sí las olas, cómo se perseguían y se empujaban, cómo una saltaba sobre el lomo de la otra y luego huía espumeante, con una risa leve y gorgoteante de pura travesura, para formarse de nuevo una y otra vez, y él presentía una alegría en este juego dichoso como nunca se había atrevido a soñar en la sombra herrumbrosa de su callejón estrecho, apartado y pobre. Con fuerza se dilataba su flaco pecho de niño y ansiaba ensancharse, hacerse fuerte y grande, para beber en sí el aire y el mundo y sentir el aliento de esta alegría hasta lo hondo de su sangre judía y acobardada. Irresistiblemente el niño arrebatado deseaba adelantarse hasta rozar el agua misma y extender los brazos, los pequeños, para al menos apretar contra su propio cuerpo una bocanada presentida de esta infinitud, y, arrebatado desde dentro, se sintió en la contemplación de esta belleza y este resplandor más feliz que nunca; ¡ah, qué desenvuelto era aquí todo, qué libre y sin miedo! Como blancos proyectiles, las gaviotas bajaban en picado y volvían a subir, y suave y sedosamente los hermosos barcos hinchaban sus velas al viento. Y de pronto, cuando el niño, con los ojos cerrados, echó hacia atrás la pequeña cabeza para beber más hondo el aire fresco y salado, le vino a la memoria la primera palabra que había aprendido: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Y por primera vez el

nombre de Dios, que ayer habían pronunciado los padres, los ancianos, se llenó para él de sentido y de forma.

Un grito lo sobresaltó. Los once ancianos habían gritado ahora todos a una, como con una sola boca, y él corrió al instante hacia ellos. Acababan de arrancar los paños del último carro, y cuando los esclavos bereberes se agacharon para sacar arrastrando una estatua de plata de Hera — pesaba varios quintales —, uno de ellos empujó con el pie, apartándolo, el candelabro que le estorbaba en el camino, y con fuerza golpeó y volcó la menorá y rodó del carro hasta el suelo. Un grito de espanto, uno solo, desgarró el pecho de los ancianos, al ver cómo el emblema sagrado, el que Moisés contempló, el que Aarón bendijo, el que estuvo en la mesa del Señor en la Casa de Salomón, yacía ahora lastimosamente revocado en el barro de los tiros, profanado por la suciedad y el polvo. Los esclavos negros alzaron los ojos, curiosos, ante el grito repentino. No comprendían por qué aquellos necios viejos de barbas blancas gritaban tan agudamente y se asían de los brazos, unos a otros, una cadena convulsa de dolor: al fin y al cabo, no se les había hecho ningún mal. Pero ya restallaba el látigo del capataz sobre su carne desnuda, y servilmente hundieron de nuevo sus brazos en la paja del carro, sacando ahora una estela, desnuda y reluciente de pórvido, y luego de nuevo una imponente estatua, que, con una cuerda al cuello y otra a los pies, arrastraron por la escalerilla hasta el barco como algo sacrificado. Cada vez más rápido se vaciaba ahora el fondo del carro. Solo el candelabro, el eterno, yacía todavía descuidado a los pies del carro, medio oculto por la rueda. Y los ancianos, que se sostenían unos a otros, temblaban en una esperanza unánime: ¡quizá los ladrones, en su premura, olvidasen el candelabro! ¡Quizá lo pasasen por alto! ¡Quizá, aún en el último instante, sucediese el milagro de la salvación!

Pero entonces uno de los esclavos advirtió el candelabro, se agachó, lo tomó y se lo alzó sobre los hombros. Reluciente ardía, en alto, bajo el sol; llameaba y centelleaba, y era como si iluminase el día aún más claramente: por primera vez en su vida veían los ancianos la reliquia perdida de su pueblo, y ay, ¡en la misma mirada en que contemplaban el emblema más amado, ya volvía a marcharse hacia tierra extraña! Con ambas manos, la derecha y la izquierda, el negro de anchos hombros sostenía en alto la áurea menorá, para mantener en equilibrio la carga pesada, sobrepesada, mientras se apresuraba hacia el tablón vacilante de la escalerilla: ¡cinco pasos, cuatro

pasos más y la reliquia desaparecería para siempre! Como arrastrados por una fuerza secreta, los once ancianos, sosteniéndose unos a otros, se apretaron hacia la escalerilla, la mirada medio ciega de lágrimas, y con palabras confusas les corría la saliva de la boca. Como ebrios se tambaleaban hacia adelante, la boca ávida, la mirada ávida, para al menos tocar aún con un beso piadoso el signo sagrado. Solo uno, el rabí Eliézer, permaneció lúcido, aun en medio de su dolor. Con fuerza incontenible —y el apretón le dolió tanto al niño que estuvo a punto de gritar— le apretó la mano al muchacho.

—¡Mira, mira! ¡Tú serás el último que haya visto lo sagrado nuestro! ¡Tú serás el testigo de cómo lo tomaron, de cómo lo robaron!

El niño no comprendió las palabras. Pero sintió el dolor de los demás hasta lo hondo de su sangre y percibió que allí se cometía una injusticia. Una ira, una ira infantil, le recorrió el cuerpo entero, ardiente. Sin saber lo que hacía, el niño, el de siete años, se soltó y saltó tras el negro, que en ese momento pisaba la escalerilla, tambaleándose penosamente bajo el peso pesado. ¡No, no debía llevarse el candelabro, aquel hombre extraño! Sin sentido, el niño se arrojó contra el hombre poderoso para arrancarle el botín.

El esclavo, cargado pesadamente, se tambaleó bajo el empujón súbito e inesperado. No era más que un niño el que se había colgado de su brazo, pero, manteniéndose penosamente en equilibrio sobre el tablón estrecho y oscilante, el esclavo, bajo el ataque repentino por la espalda, pisó tambaleándose en el vacío y cayó, arrastrando consigo al niño. Al hacerlo se le escapó de las manos el candelabro. Con fuerza tronó al caer con todo su peso sobre el brazo derecho del niño arrastrado. Un dolor inmenso sintió el muchacho, como si carne y hueso le hubiesen sido triturados y machacados, y lanzó un alarido estridente. Pero ese grito se perdió en el súbito clamor de los demás. Pues todos gritaban ahora a la vez: los ancianos, de horror ante el sacrilegio de que la sagrada menorá rodase de nuevo por el fango; y desde los barcos, a su vez, bramaban airados los vándalos. Rápidamente acudió el capataz y, a latigazos, hizo retroceder a los ancianos que gritaban. Entretanto el esclavo ya se había levantado, encolerizado; de una patada apartó al niño que gemía, se echó de nuevo el candelabro al hombro y lo llevó ahora, rápido como quien huye, escalerilla arriba, hasta el barco.

Los once ancianos no repararon en el niño. Ninguno advirtió que yacía gimiendo y encogido, pues no bajaban la mirada hacia la tierra. Solo mira-

ban el candelabro, que ahora, sobre los hombros del esclavo, subía la escalera, con sus siete copas alzadas como una ofrenda a Dios; con horror vieron cómo, a bordo, manos ajenas e indiferentes lo agarraban y lo arrojaban junto al resto del botín. Pero ya sonó estridente un silbido, la cadena chirrió al izar el ancla, y abajo, en el espacio invisible donde los galeotes estaban encadenados a sus bancos, cuarenta remos sacaron a golpe unísono, adelante y atrás, adelante y atrás. Con una sacudida el barco arrancó. Blanca corrió la espuma sobre la quilla, y con un rumor se deslizó adelante; ya se alzaba y hundía su cuerpo pardo sobre las olas, como si respirase y viviese, y con las velas hinchadas la galera puso rumbo desde la rada directamente hacia el mar abierto e infinito. Los once ancianos miraban fijamente el barco que se desvanecía. Una vez más se habían tomado de las manos y volvían a orar, una única cadena de horror y de dolor. Todos habían esperado en secreto, sin que ninguno se lo confiase al otro: ¡todavía ahora, ahora mismo, sucedería un milagro! Pero ligero y acariciado por el viento tierno, el barco se deslizaba con las velas redondeadas a través del agua, y cuanto más pequeño se hacía su contorno en la lejanía, tanto más lastimosamente se fundía la esperanza en sus corazones y se perdía en el mar inmenso de su duelo. Ya el barco no brillaba sino pequeño como el ala de una gaviota, y por fin —las lágrimas les oscurecían la vista— no distinguieron ya sino un azul desierto. ¡Pérdida toda esperanza! ¡Una vez más el candelabro peregrinaba hacia tierra extraña y lejana, eternamente inquieto, eternamente perdido!

Solo entonces, apartando los ojos del mar, se acordaron del niño, que yacía gimiendo con el brazo destrozado en el mismo lugar donde el candelabro, al caer, lo había derribado. Alzaron al que sangraba y lo tendieron sobre unas parihuelas. Todos se avergonzaron profundamente de que este niño hubiese hecho, con su candor infantil, lo que ninguno de los hombres había osado hacer, y Abtalión temía a las mujeres, porque llevaba a casa al nieto convertido en tullido, ante la madre y la hija. Solo el rabí Eliézer, el Puro y Claro, los consoló. —No lo lloréis ni os lamentéis por él. Recordad la Escritura: cómo Dios hirió de muerte al hombre que con la mano tocó el Arca para sostenerla, pues Dios no quiere que se toque lo sagrado con manos de carne. A este niño, en cambio, lo ha perdonado, y solo le ha golpeado el brazo. Quizá haya una bendición en este dolor, y una vocación.

Con ternura se inclinó luego sobre el muchacho que gemía: —No te resistas a tu dolor, sino acógelo en ti. También este dolor es una herencia.

Pues solo en el sufrimiento se vive a sí mismo nuestro pueblo, solo de la necesidad le nace fuerza creadora. Algo grande te ha sucedido, pues has tocado lo sagrado, y solo tu cuerpo ha sido dañado, no tu vida. Quizá estés elegido por este dolor, y un sentido se oculte en tu destino.

El muchacho alzó hacia él la mirada, confiado y fuerte. Más poderoso que el dolor ardiente era el orgullo de que el sabio lo honrase. Y ni un solo gemido volvió a salir de sus labios mientras lo llevaban de vuelta, el brazo destrozado, a la casa paterna.

Inquietos transcurrieron los años en el Imperio Romano desde aquella noche vandálica, y sucedió más en una sola vida de hombre que lo que suele suceder en siete generaciones. Otro emperador fue señor de Roma, y luego otro, y luego otro más; el primero se llamó Avito, los siguientes Mayoriano y Libio Severo y Antemio. Unos asesinaban o expulsaban a los otros, de nuevo irrumpieron en la ciudad pueblos germánicos y la saquearon. De nuevo fueron instaurados (y aún seguía siendo la vida de un único linaje) otros emperadores, y de nuevo depuestos, y por fin los últimos de Roma, Glicerio y Julio Nepote y Rómulo Augústulo, hasta que Odoacro y Teodorico, dos duros guerreros nórdicos, tomaron el poder. Pero también aquel reino godo, del que sus reyes creían que, templado en la disciplina y ceñido de hierro, habría de sobrevivir a generaciones enteras, también él se hundió y se corrompió en el curso de esa misma generación, mientras en el norte los pueblos migraban y se agrupaban, y al otro lado del mar, en Bizancio, se alzaba otra Roma; era como si, desde aquella noche en que la menorá emigró por la Porta Portuensis, no debiera haber ya paz ni descanso en la milenaria ciudad del Tíber.

Pero a todos los once ancianos que habían acompañado al candelabro en aquella su última peregrinación se los había llevado ya la muerte hacía tiempo, y enterrados estaban ya sus hijos, y sus nietos se habían vuelto ancianos; solo uno seguía aún con vida: Benjamín, el nieto de Abtalión, el testigo de aquella noche vandálica. Del niño de entonces se había hecho un joven, del joven un hombre, del hombre un anciano. Siete de sus hijos habían muerto antes que él, y uno de sus nietos había sido ya asesinado cuando el populacho, bajo Teodorico, incendió la sinagoga. Pero él, con el brazo destrozado, seguía viviendo aún; como en el bosque la tormenta abate los árboles a diestra y siniestra, y uno solo, el más poderoso, queda en pie y se yergue solitario, así sobrevivió este anciano de anciano al tiempo, y vio morir

emperadores y hundirse imperios; solo a él lo esquivaba la muerte con reverencia, y su nombre era grande y casi sagrado entre los judíos de la tierra. Benjamín Marnefescht lo llamaban a causa de su brazo destrozado, lo cual quiere decir: el hombre a quien Dios ha probado con amargura, y a ningún otro honraban como a él. Pues era el último y el único que con sus propios ojos había contemplado el candelabro de Moisés, el candelabro del Templo de Salomón, la menorá, que, huérfana de su luz, yacía ahora enterrada y oscurecida en la casa del tesoro de los vándalos. Cuando llegaban a Roma mercaderes de Livorno y de Génova y de Salerno, de Maguncia y de Tréveris y de las tierras de Levante, iban primero a su casa, para ver con sus propios ojos al hombre que había contemplado con los suyos las cosas sagradas de Moisés y de Salomón. Como ante una imagen piadosa se inclinaban ante el anciano con reverencia, con sobrecogido espanto miraban el brazo tullido y palpaban con los dedos la mano que en otro tiempo había tocado el candelabro del Señor. Y aunque todos sabían —pues en aquellos tiempos corría la palabra de boca en boca por el mundo tan viva como hoy corre la letra escrita— lo que le había sucedido a Benjamín Marnefescht en aquella noche, no dejaban de rogarle que les relatara una vez más, y otra, y otra, la peregrinación. Y con la misma paciencia eterna narraba entonces el anciano, cada vez, la partida del candelabro, y un resplandor brotaba de la espesura de su barba cuando anunciaba lo que rabí Eliézer, el Puro y Claro —hacía tiempo que su cuerpo yacía en la fosa—, le había prometido entonces. No desfallecer los exhortaba, pues aún no había terminado la peregrinación del signo sagrado; el candelabro habría de volver a Jeruscholájim, y con ello acabaría su propio destierro, y de nuevo se congregaría el pueblo en torno a su signo rescatado. Así se marchaban todos consolados por él, y en su oración entretejían su nombre, para que permaneciera largo tiempo con su pueblo, él, el consolador, el testigo, el último que había visto el santuario del templo.

Y Benjamín, el amargamente probado, el niño de aquella noche ya remota, cumplió setenta años, y cumplió ochenta, y cumplió ochenta y cinco, y cumplió ochenta y siete. Ya se le encorvaban poco a poco los hombros bajo el peso de los años, se le nublaba la vista, y a veces se fatigaba en mitad del día. Pero ninguno de los judíos de Roma quería creer que la muerte pudiese tener poder sobre él, pues su existencia significaba para ellos la prenda de un gran suceso. A todos les parecía impensable que aquellos ojos terrenales, que habían visto el candelabro del Señor, pudieran apagarse sin haber vivido el regreso de la menorá, y guardaban su presencia como un signo de la

voluntad divina. No había fiesta sin él, ni oficio sin su nombre. Cuando él caminaba, los ancianos se inclinaban piadosamente ante aquel hombre viejísimo, cada uno pronunciaba tras sus pasos la fórmula de la bendición, y dondequiera que se reunieran, en la aflicción o en la fiesta, le tenían preparado el primer lugar en su mesa.

Así honraban también esta vez los judíos de Roma a Benjamín Marnefesch como al más anciano y más digno de la comunidad, cuando se reunieron, según lo mandaba la costumbre, en el cementerio, en el día más triste de su año, el nueve de ab, el día de la destrucción del templo, aquel día sombrío y cargado de memoria que había dejado sin patria a sus padres y los había esparcido como sal sobre los países de la tierra. No estaban sentados en su casa de oración, que el populacho enemigo había profanado hacía poco, sino que anhelaban estar cerca de sus muertos en aquel día mortal; fuera de la ciudad, donde sus padres yacían enterrados en tierra ajena, se reunieron para llorar cada uno ante el otro su propio destierro. Se sentaban entre las tumbas, y algunos sobre piedras ya rotas; sabían que se sentaban junto a sus padres, hijos también de su duelo, y leían en las lápidas de los antepasados los nombres y sus alabanzas. En algunas de las piedras había, sobre el nombre, signos figurados esculpidos: dos manos cruzadas como testimonio del sacerdocio, o el cántaro de las abluciones de los levitas, o un león, o la estrella de David. Una de las losas erguidas mostraba, en imagen, el candelabro de siete brazos, la menorá, para proclamar que quien allí reposaba en sueño eterno había sido un sabio, y él mismo una lumbrera de Israel. Ante esta lápida, con la mirada vuelta hacia ella, estaba sentado Benjamín Marnefesch, en el círculo de los demás, con ceniza esparcida sobre la cabeza y las vestiduras rasgadas como los otros, que se inclinaban y se doblaban, semejantes a los sauces, sobre las aguas negras de su dolor.

Era ya avanzada la tarde, y el sol se inclinaba oblicuo entre los pinos y los cipreses. Mariposas de colores intensos revoloteaban en torno a los judíos agachados como en torno a troncos carcomidos, libélulas de alas irisadas se posaban sin cuidado sobre sus hombros encorvados, y en la hierba espesa jugaban escarabajos junto a sus sandalias. Entre el follaje dorado y reluciente llegaba, abanicándose, un viento fragante; cercana estaba una tarde de terciopelo suave, pero los judíos no alzaban los ojos ni alzaban el corazón. Una y otra vez se hundían en un nuevo duelo, una y otra vez recordaban de nuevo el quebranto de su pueblo en un lamento común. No comían,

no bebían, no volvían la mirada hacia la claridad del día; solo se leían unos a otros los cantos de duelo que narran la destrucción del templo y la ruina de Jeruscholájim, y aunque cada palabra de aquellos cantos dolorosos estaba ya grabada a fuego hasta la última gota de su sangre, los creyentes se los repetían una vez y otra, para afilar el dolor y sentir cómo, una y otra vez, el dolor afilado les cortaba el corazón. Nada querían sentir sino aflicción en aquel día, el más oscuro, y así, a su propio destierro y opresión, sumaban también la aflicción y la opresión de los muertos; el pesado destino de todo su pueblo se lo renovaban unos a otros de palabra, y también el sufrimiento de los tiempos antiguos. Y como estos en Roma, así estaban agachados y sentados, con polvo en los cabellos y las vestiduras rasgadas, en todas las ciudades y comunidades de la tierra, los judíos junto a las tumbas, y hablaban y leían de un extremo del mundo al otro las mismas lamentaciones, a la misma hora, la lamentación de Jeremías, cómo había caído la hija de Sion y se había vuelto escarnio de los pueblos. Y sabían que este dolor y este lamento del destierro compartido eran su única unidad sobre la tierra.

Mientras así permanecían sentados y murmuraban y se lamentaban y se desgastaban el corazón con el dolor del recuerdo, no advertían cómo el sol se volvía cada vez más dorado y los troncos oscuros de los pinos y los cipreses, como iluminados por una luz interior, empezaban a arder con un fulgor rojizo. No advertían que el nueve de ab, el día del gran duelo, iba tocando lentamente a su fin y se acercaba la hora de la última oración. Entonces sonó fuera, con estrépito, la herrumbrosa verja del cementerio. Oyeron bien que alguien entraba, pero no se levantaron, y también el forastero permaneció quieto, esperando, hasta que se hubo dicho la oración. Solo entonces miró el jefe de la comunidad al que había entrado y lo saludó: —Bendito sea el que viene. La paz sea contigo, judío.

—Benditos sean los que aquí moran —respondió el forastero. Y de nuevo preguntó el jefe de la comunidad:

—¿De dónde vienes, y de qué comunidad eres?

—La comunidad en la que yo estaba ya no existe; en un barco he huido de Cartago. Algo grande ha sucedido. Justiniano, el emperador, ha enviado desde Bizancio un ejército contra los vándalos, y Belisario, su general, ha tomado Cartago por asalto, la fortaleza de los piratas. Preso está el rey de los vándalos, destruido su reino. Todo lo que los ladrones habían tomado en

años y años, Belisario lo ha saqueado y lo lleva a Bizancio. La guerra ha terminado. — Los judíos miraron con indiferencia y en silencio, sin levantarse. ¿Qué era para ellos Bizancio, qué era Cartago? Edom todo aquello, y Amalec, el enemigo eterno. Eternamente libraban aquellos pueblos paganos guerras sin sentido, ya vencían unos, ya vencían otros, y nunca vencía la justicia. ¿Qué les importaba a ellos? ¿Qué era Cartago, qué era Roma, qué era Bizancio para su corazón, que solo se afanaba por una ciudad: Jeruscholájim?

Solo Benjamín Marnefes, el amargamente probado, alzó ahora con fuerza la mirada:

—¿Y el candelabro?

—Está intacto. Belisario lo ha capturado. Y he oído que, junto con todos los demás tesoros, lo lleva a Bizancio.

Solo entonces se sobresaltaron los demás. Solo entonces comprendieron la pregunta de Benjamín: de nuevo el candelabro sagrado habría de peregrinar hacia el destierro. Como una tea encendida se arrojó la noticia en el oscuro edificio de su duelo. Se levantaron de un salto del suelo, se apretujaron sobre las tumbas, rodearon al forastero, sollozaban y lloraban:

—¡Ay de nosotros! ¡A Bizancio!... ¡Otra vez sobre el mar!... ¡Otra vez a tierra extraña!... ¡Una vez más lo arrastrarán en triunfo, como hizo Tito, el maldito!... ¡Siempre a otra tierra, y nunca a Jeruscholájim!... ¡Ay, ay de nosotros!

Era como si con acero candente se hubiese tocado una vieja herida. Pues oscura era en todos ellos la inquietud y el miedo de que, si los objetos sagrados del Arca peregrinaban, también ellos mismos tuvieran que salir de nuevo al destierro, buscar de nuevo, una vez más, una patria que no era patria. Así había sido desde que el templo fue destruido, y una y otra vez su vida volvía a ser destruida. El dolor pasado y el nuevo se mezclaban con violencia. Todos gritaban, sollozaban y se lamentaban, y los pajarillos que descansaban en paz sobre la piedra vetusta remontaron el vuelo asustados y huyeron ante el ardiente tumulto de los hombres.

Solo uno, Benjamín, el anciano de anciano, había permanecido quieto y en silencio, sentado en la piedra cubierta de musgo, mientras los demás se agitaban confusos y lloraban. Sin que él lo supiera, sus manos se habían

juntado; como un soñador estaba sentado, y sonreía en silencio para sí, vuelto hacia aquella lápida en la que estaba grabada la imagen de la menorá. De pronto brilló en su rostro de anciano, curtido y ceñido de blanco, algo del niño que había sido en aquella noche; los pliegues del rostro se distendieron, los labios se aflojaron con dulzura, y fue como si la leve sonrisa pasara de la boca a todo su cuerpo, mientras él escuchaba hacia dentro, inclinado sobre sí mismo.

Por fin, uno de ellos reparó en el anciano, y se avergonzó de su propia vehemencia. Se detuvo con reverencia y tocó suavemente al que tenía más cerca. Uno tras otro fue enmudeciendo, y todos miraron ahora sin aliento al anciano, cuya sonrisa pasaba como una nube blanca sobre su oscuro dolor. Se hizo el silencio, como entre los muertos bajo tierra, cuyas tumbas los rodeaban en sombras.

Solo por el silencio absoluto notó Benjamín que todos lo miraban a él. Con esfuerzo, pues ya era achacoso, se levantó de la piedra rota sobre la que había estado sentado; a todos les pareció de pronto tan poderoso como nunca, tal como estaba allí, el rostro cercado de plata, y el cabello llameando como blanca hoguera en torno al pequeño gorro de seda. Nunca sintieron tan íntimamente como en aquella hora que el Marnefes, el amargamente probado, era también un enviado. Pero Benjamín comenzó a hablar, y había en su palabra la devoción de una oración:

—Ahora sé por qué Dios me ha reservado hasta esta hora. Siempre me preguntaba para qué parto todavía inútilmente el pan, para qué me perdona la muerte a mí, anciano agotado e inútil, que ya solo anhela el silencio. Ya me había vuelto pusilánime, pues demasiado sufrimiento veía yo en nuestro pueblo, y se me fatigaba la confianza. Pero ahora comprendo que todavía se me impone una cosa en esta vida. He visto el principio; ahora me llama el final.

Con reverencia escuchaban los demás la oscuridad de sus palabras. Por fin preguntó uno, el jefe de la comunidad, en voz baja: —¿Qué quieres hacer?

—Creo que Dios me ha conservado tanto tiempo la vida y la luz de los ojos solo para que vuelva a contemplar una vez más el candelabro. Debo ir a Bizancio. Quizá lo que al niño no le fue dado lograr, rescatar para nosotros lo sagrado, lo consiga ahora el anciano.

Todos temblaban de emoción y de impaciencia. A todos les parecía, en verdad, increíble que aquel anciano quebradizo pudiera recobrar el candelabro de manos del emperador más poderoso de la tierra, y sin embargo era seductor creer en lo maravilloso. Solo uno, preocupado, preguntó:

—¿Cómo podrías resistir un viaje tan largo? Piensa que son tres semanas sobre el mar invernal. Temo que no tengas fuerzas suficientes para tal fatiga.

—Uno tiene siempre fuerzas cuando se trata de lo sagrado. También entonces, cuando me llevaron consigo, siendo yo un niño incapaz aún de valirme, pensaron que el camino era demasiado penoso, y sin embargo lo recorrí entero hasta el final. Solo esto será necesario, pues mi brazo está destrozado: que alguien me acompañe, uno fuerte, para que me ayude, y uno joven, para que un día sea testigo ante una generación posterior, como yo lo he sido ante la vuestra.

Volvió los ojos, buscando, en torno al círculo, y miró uno tras otro a los hombres más jóvenes, como si quisiera ponerlos a prueba. Cada uno temblaba bajo aquella mirada tanteadora y sentía su punta hasta lo más hondo del corazón enmudecido. Cada uno anhelaba ser elegido para la misión, y cada uno era demasiado tímido para ofrecerse. Todos esperaban, con el alma agitada. Pero el anciano bajó la cabeza, inseguro, y solo murmuró:

—No, no quiero decidir yo. Que no sea mía la elección. Échense las suertes. Que Dios me elija al indicado.

Los hombres se juntaron, arrancaron briznas de la hierba crecida entre las tumbas, las partieron en trozos más grandes y más pequeños y se las repartieron entre sí. La suerte designó a Jojakim ben Gamaliel, un joven de veinte años, alto y fornido, herrero de oficio, pero al que no querían. Pues no conocía la Escritura y era de índole impaciente. Tenía sangre en las manos: había dado muerte, en una riña, a un sirio en Esmirna, y había huido a Roma antes de que los alguaciles lo apresaran. Con disgusto se preguntaban todos, en su fuero interno, por qué la suerte había recaído justamente en aquel hombre huraño y salvaje, y no en uno piadoso y devoto. Pero el anciano, cuando Jojakim se adelantó como el elegido, apenas lo miró de pasada y le ordenó:

—Prepara todo. Mañana por la noche partimos.

Todo el día que siguió a aquel nueve de ab lo pasó la comunidad romana en agitada actividad. Ninguno de los judíos atendía su propio negocio, cada uno traía y recogía dinero, y los que eran pobres pedían prestado sobre prenda, y las mujeres entregaban sus broches y sus piedras preciosas. Pues crecía cada vez más en todos ellos la certeza de que este era el elegido para rescatar la menorá de su nuevo cautiverio y para mover al emperador, como en otro tiempo a Ciro, a enviar de vuelta al pueblo a su patria junto con los objetos sagrados. Día y noche escribían cartas a todas las comunidades de Oriente, a Esmirna y a Creta y a Salónica, a Tarso, Nicea y Trebisonda, para que enviaran emisarios a Bizancio y recogieran dinero, a fin de que se llevara a término la santa obra de la liberación. Exhortaban a los hermanos de Bizancio y de Galata a preparar de antemano todo camino a Benjamín Marnefes, el amargamente probado, como al llamado a un suceso portentoso; al mismo tiempo, las mujeres preparaban mantos y cojines y provisiones para el viaje, para que los labios del piadoso no tuvieran que tocar nada impuro en el barco. Y aunque a los judíos de Roma les estaba prohibido viajar en carro o cabalgar a caballo, encargaron en secreto un carruaje fuera de la puerta de la ciudad, para que el anciano no comenzara la partida ya fatigado.

Pero se asombraron mucho cuando Benjamín se negó a subir al carruaje. A pie quería recorrer el camino hasta Portus, exigió el anciano con obstinación, tal como lo había recorrido, más de ochenta años antes, siendo un niño enfermizo, en aquella noche. Imposible y demasiado osado les pareció al principio el empeño de que aquel hombre, por lo demás tan quebrantado, quisiera caminar con sus propios pies hasta el mar. Pero se maravillaron al mirarlo, pues parecía transformado desde aquella noticia. Era como si de la noche a la mañana hubiese vuelto la fuerza a sus miembros y una nueva calidez hubiese fluido en su sangre vieja. Su voz, por lo demás débil y apagada, sonaba ahora, cuando rechazaba casi con enojo la preocupación de los demás, imperiosa y fuerte; y ellos, llenos de reverencia, le obedecieron.

Toda la noche acompañaron los judíos de Roma a Benjamín Marnefes, el elegido de su comunidad, por el mismo camino que un día recorrieron sus antepasados para escoltar el candelabro del Señor. En secreto habían llevado, sin embargo, unas parihuelas, para transportar en ellas al anciano si antes de tiempo le faltaran las fuerzas. Pero el viejo caminaba con vigor y a la cabeza de todos. No hablaba con nadie, y su ánimo pertenecía por entero

al tiempo pasado. En cada piedra y en cada recodo del camino que no había vuelto a recorrer desde aquella noche, se le hacía cada vez más luminosamente presente la hora poderosa de su infancia. Se acordaba de todo lo que entonces había sucedido, oía las voces de los muertos en el viento tibio, despertaba cada palabra que cada uno había pronunciado. Allí a la derecha había llameado la columna de fuego de la casa incendiada, aquí se había alzado el miliario junto al cual habían desfallecido, el corazón apagado, cuando los jinetes nómadas cargaron contra ellos. Recordaba cada pregunta que había hecho, cada respuesta que había recibido. Y cuando llegó a aquel lugar donde entonces, por la mañana, los ancianos habían dicho su oración al borde del camino, tomó él también, como aquellos habían hecho, el manto de oración y las correas, para, vuelto hacia oriente, decir la misma oración que ya habían dicho, por la mañana, padres y antepasados, y que, guardada en la sangre y fluyendo oscuramente de generación en generación, dirían sus hijos y sus nietos, y los más remotos herederos de estos.

Detrás de él, los demás se maravillaban tímidamente, sin comprender su extraño proceder. Pues la época del año estaba esta vez más cerca del otoño que en aquella marcha de antaño, no se percibía en el cielo ni un resplandor del amanecer, y aún faltaba mucho para la hora antes del día: ¿cómo podía un piadoso decir la oración matutina antes de que amaneciera? Esto iba contra toda costumbre, y era una grave infracción de la tradición y de la Escritura. Pero, con todo, permanecieron reverentes, agrupados en torno al que oraba. Pues lo que él, el elegido, hacía, no podía ser injusto. A este, esta vez, sentían ellos, le estaba todo permitido, y si aún antes de la luz decía a Dios gracias por la luz creada, era justo que así fuera.

El anciano, dicha la oración, volvió a plegar el manto y siguió caminando con vigor, como si las piadosas palabras lo hubiesen refrescado. Cuando por fin llegaron al puerto, se quedó largo rato mirando fijamente el mar; en su alma cobró vida el niño, el niño perdido, hacía tanto tiempo desaparecido en él, que entonces había contemplado por primera vez la ola y la lejanía. Era el mismo mar que ochenta años atrás: hondo e insondable como los pensamientos de Dios, pensó piadosamente. Como entonces, se le iluminaban los ojos con la claridad del cielo: bendijo a todos los compañeros que lo habían acompañado, al despedirse de ellos para siempre; luego subió al barco con Jojakim. Y como entonces los antepasados y los padres, así miraban ahora desde la orilla, conmovidos y agitados, los hombres, cómo la galera

se ponía en movimiento y, henchidas las velas, se apartaba de la orilla. Sabían que habían visto por última vez al amargamente probado, y cuando la vela se perdió en la lejanía, se sintieron pobres y despojados.

Fuerte y firme, el barco hendía entre tanto la marea. Las olas espumeaban con violencia, y desde el oeste rodaban nubes oscuras. Los timoneles miraban preocupados, temiendo que se acercara una tormenta y con ella un peligro mortal. Pero aunque perseguido por las tempestades y rechazado dos veces en su ruta, el barco resistió la penuria y arribó, sano y salvo, a Bizancio, tres días después del día en que Belisario trajo desde África el botín.

Bizancio, desde que de la cabeza de Roma había caído la corona, portadora del imperio y señora del mundo, hervía aquella mañana de gente, pues hacía años que a esta ciudad, que amaba las fiestas y los juegos más que a Dios y a la justicia, no se le había prometido un espectáculo tan magnífico como este: Belisario, el vencedor de los vándalos, debía conducir en el circo a su ejército victorioso, con todo el botín, ante el basileus, el señor del mundo. Muchedumbres inmensas se apretujaban por las calles empavesadas, una sola masa llenaba de negro el óvalo alargado y gigantesco del hipódromo, y como brama el mar, murmurante e impaciente, retumbaba y gemía la expectación apretujada. Pues aún permanecía por completo vacía la tribuna imperial, la Catisma, que, cubierta de columnas y suntuosamente adornada, cerraba por un extremo el inmenso óvalo, plana, como un huevo pelado. Aún no había aparecido el basileus ante su pueblo por el pasadizo subterráneo que unía aquel recinto festivo con el palacio imperial.

Por fin, unas fanfarrias estridentes anunciaron el instante festivo. Primero se alinearon, formando con sus vestiduras rojas y sus hojas relucientes un fondo resplandeciente, las guardias imperiales; luego avanzaron susurrantes, en trajes de seda brillante, los más altos dignatarios, sacerdotes y eunucos; y por fin aparecieron, cubiertos por un baldaquino y llevados en dos literas, Justiniano, el basileus, el autócrata, con la corona de oro arqueada sobre la cabeza como una aureola, y Teodora en el centelleo de sus joyas. Cuando avanzaron hacia su asiento imperial, se desplomó de golpe, desde todas las gradas, una catarata de júbilo atronador. Se había olvidado que en ese mismo recinto, apenas unos años antes, una multitud igual se había alzado contra la misma tribuna y contra el mismo emperador, y que en castigo fueron degollados treinta mil hombres en ese mismo lugar; siempre la victoria borra toda culpa ante la masa eternamente olvidadiza. Ebrias de fasto y a

la vez del ardor de su propio entusiasmo, gritaban y bramaban y aullaban y aclamaban en cien lenguas aquellas miles de bocas, de modo que el muro de piedra temblaba con el eco: era una ciudad entera, un mundo entero el que vibraba a su encuentro, al hijo de campesinos de Macedonia y a la mujer menuda que en otro tiempo —los viejos aún lo recordaban— había ofrecido aquí mismo, en esa misma casa, su cuerpo desnudo como bailarina y se había vendido de noche a cualquiera que la quisiera. Pero también esto estaba olvidado, como toda vergüenza tras la victoria y toda violencia tras el triunfo.

Pero mudo, por encima de esta masa enfurecida que espumaba hacia el vencedor su júbilo venal, sucio y a gritos como agua de fregar, se erguía en las terrazas más altas otro pueblo, un pueblo silencioso y pétreo: los cientos y cientos de estatuas de Grecia. De sus templos, donde solo había paz, las habían arrancado, aquellas imágenes de los dioses, de Palmira y de Cos, de Corinto y de Atenas; de sus arcos de triunfo y sus columnas las habían arrastrado, desnudas y tersas como eran en el blanco eterno de su mármol. Inaccesibles a la pasión pasajera, hundidas para siempre en el sueño eterno de su belleza, así permanecían allí, mudas e indiferentes; no rendían homenaje a lo terrenal, no se movían. Inmóviles y orgullosas, miraban más allá de los juegos sangrientos, hacia la lejanía azul del mar, que con oleaje puro espumeaba al encuentro del Bósforo.

Estridentes y muy cercanas, volvieron a sonar ahora las fanfarrias, para anunciar que el cortejo triunfal del general había alcanzado la puerta exterior del Hipódromo. Se abrieron las puertas, y de nuevo el bramido ya apagado de la muchedumbre creció hasta convertirse en trueno jubiloso. ¡Allí estaban, las cohortes de bronce de Belisario, las que habían erigido el imperio del mundo, las que habían vencido a todos los enemigos y ahora les concedían el placer de despreocupados juegos! Más alto y más estridente aún subió el júbilo cuando, detrás de los vencedores, llegó arrastrado el botín, los tesoros de Cartago, cuya abundancia no tenía fin. Primero avanzaron orgullosos los carros triunfales que en su día habían capturado los vándalos; luego se llevaron, en andamios elevados, los sitiales del trono, los adornados de joyas, y los altares de dioses desconocidos; relucieron estatuas, obra de artistas anónimos creada en nombre de la belleza; y después, cargados hasta el borde, cofres amontonados de oro, cálices, vasijas y vestiduras de seda; todo cuanto aquel pueblo de saqueadores había robado en todos los

confines de la tierra volvía ahora y pertenecía al emperador, al imperio, y ante cada nueva magnificencia el pueblo prorrumplía en júbilo de nuevo y soñaba, en su embriaguez crédula, que para siempre y eternamente fluiría hacia él todo el esplendor, toda la riqueza de la tierra.

En medio de tan deslumbrantes riquezas, la multitud ya no reparó en que los portadores traían ahora unos objetos que parecían mezquinos comparados con el resto del esplendor selecto: una mesa estrecha revestida de oro, dos trompetas de plata y un candelabro de siete brazos. Ningún júbilo se alzó al paso de aquellos utensilios de aspecto humilde. Pero, muy arriba, en medio de la multitud, un anciano gimió y clavó su mano —la izquierda— en el brazo de su vecino Jojakim: después de ochenta años, el viejo volvía a ver lo que una vez había visto de niño, el candelabro sagrado de la Casa de Salomón, el candelabro que en su día había asido su mano infantil y que le había roto el brazo para siempre. Visión bienaventurada: ¡era él, el mismo! ¡Invencible, a través del tiempo eterno, el candelabro eterno daba de nuevo un paso hacia su regreso! El anciano sintió la gracia del reencuentro como una tormenta interior: ya no pudo contener la desmesura de su júbilo, y gritó ardiente: «¡Nuestro! ¡Nuestro! ¡Nuestro por toda la eternidad!».

Pero nadie, ni siquiera los más cercanos, oyó aquel grito solitario. Porque en un único alarido de júbilo bramó ahora la multitud: Belisario, el vencedor, había entrado en la arena. Muy detrás de los carros triunfales, muy detrás del inmenso botín, avanzaba él con el sencillo atuendo de sus guerreros. Pero el pueblo conocía y reconocía a su héroe, y aclamó su nombre con tal estruendo, y solo el suyo, que Justiniano se mordió el labio de envidia cuando su general se inclinó ahora ante él.

Luego volvió a caer el silencio, tan denso y tenso como antes había sido el estruendo. Gelimero, el rey de los vándalos, que iba tras Belisario, su vencedor, cubierto en son de burla con un manto de púrpura, se detuvo ahora ante el emperador. Los siervos le arrancaron el manto de púrpura, y el vencido se arrojó al suelo. Por un instante no salió un solo aliento de los miles y miles de labios. Todos tenían la mirada clavada en la mano del basileus. ¿Concedería la gracia o no? ¿Se alzaría su dedo o se hundiría? Y he aquí que lo alzó: la vida le fue concedida al vencido, y en un único trueno estalló el entusiasmo. Solo uno, en medio de la multitud, no había mirado hacia allí: Benjamín, el anciano conmovido. Solo a la menor seguía él con la mirada, mientras los portadores la llevaban lentamente a través de la

arena. Solo a ella miraba; y cuando el sagrado objeto desapareció con el cortejo, se le oscureció el sentido.

«¡Llévame de aquí!», rezongó Jojakim por lo bajo. El fulgor del espectáculo único atraía al joven ávido. Pero la mano del anciano se crispó, dura y huesuda, en su brazo. «¡Llévame! ¡Llévame de aquí!». Como un ciego, fue tanteando y palpando entonces de la mano de su acompañante a través de la ciudad; seguía viendo el candelabro con los ojos del alma, e impaciente por el camino, urgió a Jojakim a que lo llevara sin tardanza a la comunidad de los judíos. Un miedo repentino se apoderó de él: ahora que principio y fin se tocaban, su vida podría acabarse antes de tiempo, y volvería a perderse la salvación del candelabro.

En la casa de oración de Pera, entretanto, llevaba horas y horas esperando la comunidad a su ilustre huésped. Así como en Roma solo se permitía a los judíos morar en la otra orilla del río, así también a los judíos de Bizancio se los toleraba solo en Pera, en la otra costa del Cuerno de Oro; aquí, como en todas partes, el estar apartados era su destino, pero también el secreto de su perduración en el tiempo.

El local estrecho de la casa de oración bullía, lleno y sobrecargado. Pues no solo estaban allí reunidos, esperando, los judíos de Bizancio; también de lejos y de cerca, de Nicea y de Trebisonda, de Odesa y de Esmirna y de las ciudades de la tierra de Tracia, habían venido enviados de todas las comunidades judías para participar en el consejo y en el suceso. Hacía tiempo que la noticia de que Belisario había tomado por asalto la fortaleza de los vándalos y recobrado, junto con los tesoros, también el candelabro eterno, se había difundido por todas las costas del mar hasta las comunidades; no había un solo judío en el imperio de Bizancio que no hubiese recibido la nueva con honda emoción. Pues aunque esparcidos como paja sobre las eras del mundo y desgarrados en muchas lenguas, para este pueblo extraviado seguía siendo cosa común, para gozo y para pena, todo lo que le sucediera a sus signos sagrados, y aunque a menudo endurecidos y olvidadizos unos con otros, sus corazones se fundían fraternalmente ante cualquier peligro. Sin cesar forjaban de nuevo la persecución y la injusticia el vínculo de hierro que aún sostenía el tronco desmembrado de su unidad, para que no se pudriera y se derrumbase; y cuanto más duramente golpeaba el destino a cada uno, tanto más se soldaban sus almas en unidad. También esta vez alcanzó a cada judío el rumor —que la menorá, el candelabro del Templo, el

candelabro del pueblo, había sido una vez más liberado de su cautiverio oculto y volvía a peregrinar, como antaño desde Babel y desde Roma, por tierras y por mares — como si fuera su propio destino. En las calles, en las casas, se reunían hablando con vehemencia, escudriñaban con sus maestros y sabios las Escrituras para descifrar el sentido de tal peregrinación. Pues ¿qué significaba que el santuario hubiera vuelto a peregrinar? ¿Significaba esperanza o desdicha? ¿Comenzaba de nuevo una persecución, o era su final? ¿Serían de nuevo, y pronto, los desterrados y los peregrinos sin rumbo de los caminos, una y otra vez los desasosegados, ahora que el candelabro andaba errante? ¿O acaso la redención del candelabro significaba también redención para ellos, partida y regreso, por fin, por fin el final de la funesta peregrinación? A todos les ardía el alma de impaciencia. Corrían mensajeros de un lugar a otro para averiguar más sobre el viaje y el destino del candelabro, y grande fue su espanto cuando por fin se supo que, de nuevo, en triunfo público, como antaño en Roma, sería llevado este último objeto del Templo ante el emperador Justiniano. Ya esta sola noticia asaltó con violencia las almas. Pero la agitación salvaje creció hasta la embriaguez cuando llegaron de Roma las cartas de la comunidad: Benjamín Marnefes, el amargamente probado, que de niño había sido el último en ver el candelabro durante el saqueo de los vándalos, estaba de camino a Bizancio. Un asombro se apoderó primero de ellos. Pues desde hacía años y años todos los judíos, aun los dispersos en la lejanía, conocían la extraña hazaña de aquel niño de siete años que, durante el saqueo de los vándalos, había querido arrancar el candelabro a los ladrones y que en la caída se había roto el brazo. Las madres contaban a sus hijos la historia de Benjamín Marnefes, el Golpeado de Dios, y los sabios a sus discípulos. Hacía tiempo que su hazaña se había convertido en leyenda piadosa, como las de la Escritura, que se leía y se aprendía. Por las noches se la contaban unos a otros en las casas judías como una de las antiguas, como las hazañas claras y oscuras de Rut y Sansón y Amán y Ester, de las madres y los santos antepasados del pueblo. Y ahora llegaba de pronto la noticia, la increíble, la maravillosa: aquel niño de entonces aún vivía. Y más aún, aquel niño, ya anciano, venía atravesando tierras y mares. Estaba de camino, Benjamín Marnefes, el último testigo, para ver una vez más el candelabro. ¡Esto tenía que ser una señal! No en vano podía Dios haber preservado y reservado a este único hombre más allá de la medida corriente del tiempo terrenal. Quizá, como un elegido, había sido llamado para devolver el santuario a su hogar, y a ellos mismos a la

vez. Y cuanto más hablaban unos con otros, menos dudaban: la fe en el salvador, en el redentor, que germina y brota eternamente en la sangre de este pueblo repudiado al primer viento cálido de cualquier esperanza, irrumpió ahora con fuerza y fecundó sus corazones. Asombrados, en aldeas y ciudades, los vecinos extraños miraban a los judíos, pues de la noche a la mañana se habían vuelto otros. Los que antes se deslizaban tímidos y encorvados, siempre a la espera de un insulto o de un golpe, andaban ahora alegres y danzarines como en éxtasis. Los avaros, que siempre volvían y ahorran cada migaja, compraban ricas vestiduras; los hombres de lengua torpe se levantaban y predicaban con elocuencia la promesa; las mujeres encintas tenían visiones y se arrastraban hasta el mercado para anunciarlas cuanto antes a los demás, y los niños llevaban banderas de colores y coronas. Los más creyentes comenzaron incluso a prepararse ya para el viaje y vendían precipitadamente sus bienes y posesiones, para tener de antemano mulas y carros dispuestos, de modo que ningún día se perdiera en preparativos en cuanto sonara la llamada al regreso. Pues ¿no debían acaso ellos peregrinar, si el candelabro peregrinaba por el mundo, y no estaba ya de camino el mensajero que de niño había acompañado al santuario? ¿Cuándo había habido en sus días una señal, un milagro como este? Así, cada comunidad a la que llegó a tiempo la noticia eligió de entre los suyos a un hombre como delegado, para que presenciara la llegada del candelabro a Bizancio y participara en la deliberación. Y todos los que fueron enviados se estremecieron de dicha y bendijeron el nombre de Dios. Maravilloso les parecía, en su vida pequeña y oscura, que de ordinario transcurría pobremente entre la necesidad y el peligro diarios, que ellos, por lo demás modestos tenderos y humildes menestrales, pudieran participar en un suceso tan prodigioso y ver al hombre a quien Dios, manifiestamente, había conservado más allá de la medida del tiempo terrenal para la obra redentora. Compraron o pidieron prestadas ricas vestiduras, como si estuvieran invitados a una gran fiesta; ayunaron y se bañaron y rezaron a diario los días previos a la partida, para recibir la noticia con el cuerpo puro y el alma pura, y cuando por fin partieron de su tierra, cada uno fue acompañado por la comunidad de su aldea o su ciudad durante una jornada de camino. En todos los lugares que atravesaron hasta Bizancio, los piadosos les ofrecieron alojamiento y recogieron dinero para el rescate del candelabro; orgullosos y misteriosos como los enviados de un rey poderoso, marchaban estos pequeños mensajeros de un pueblo pobre y sin poder, y cuando se encontraban unos con otros en el camino y

proseguían juntos el viaje, hablaban con fervor de lo que iba a suceder, y cuanto más hablaban, más se exaltaban. Y cuanto más se exaltaban mutuamente el alma, tanto más ciertos estaban todos de que serían testigos de un milagro y del giro largamente anunciado en el destino de su pueblo.

Y ahora esperaban todos juntos, un enjambre confuso y ardiente de hombres que hablaban, discutían, aconsejaban y preguntaban, en la casa de oración de Pera. Entonces llegó corriendo, jadeante, el muchacho al que habían enviado impacientes por delante, agitando ya desde lejos un paño sobre la cabeza, en señal de que Benjamín Marnefes, el huésped anhelado, había desembarcado en un bote procedente de Bizancio. Los que aún estaban sentados se pusieron en pie de un salto; los que hasta hacía un instante gritaban y discutían, quedaron mudos, y a uno de ellos, un anciano decrepito, le faltaron las fuerzas por la emoción: cayó desvanecido, en el tumulto de sus sentidos conmovidos. Pero nadie, ni siquiera el jefe de la comunidad, se atrevió a salir al encuentro del esperado. Con el aliento contenido permanecían aguardando, y cuando Benjamín, guiado por Jojakim, de barba blanca y poderoso, con su mirada oscura y fulgurante, se acercó a la casa, les pareció Samuel, guiado por el muchacho, una figura patriarcal, el verdadero señor y maestro del milagro. Entonces estalló de golpe en todos ellos el entusiasmo hasta entonces contenido. «¡Bendita tu llegada! ¡Bendito tu nombre!», gritaron de júbilo a su encuentro. Se arremolinaron de golpe a su alrededor. Besaron su vestidura, y las lágrimas corrían por sus mejillas reseca; se empujaban y se apretujaban unos a otros para tocar cada cual, devotamente, con el dedo, el brazo sagrado que el candelabro del Señor había roto, y el jefe de la comunidad tuvo que interponerse, protector, ante el anciano, pues de lo contrario el desbordado fervor de aquellos hombres embriagados lo habría aplastado. Benjamín se asustó profundamente ante la vehemencia de su fervor creyente. ¿Qué querían, qué esperaban de él? Un miedo repentino se apoderó de él ante el peso de la desmesurada expectativa que amontonaban sobre él. Con voz baja y apremiante, los contuvo.

—No me miréis así, ni me ensalcéis, para que yo mismo no acabe ensalzándome. ¡No esperéis un milagro de mí! Conformaos, sed pacientes en la esperanza. Pues es pecado exigir un milagro como si fuera una certeza.

Todos inclinaron la cabeza, turbados de que Benjamín hubiera adivinado su pensamiento más secreto. Y se avergonzaron de su vehemente impaciencia. Se apartaron en silencio, y así pudo el jefe de la comunidad llevar a

Benjamín hasta el lugar preparado, cuidadosamente cubierto de cojines y visiblemente elevado sobre los demás asientos. Pero de nuevo se opuso Benjamín: «No, no me elevéis, ni quiero sentarme en ningún lugar especial por encima de vosotros. Pues no soy más que todos vosotros, y quizá incluso solo uno de los más humildes en medio de vosotros. No soy más que un anciano al que Dios ha dejado ya escasas fuerzas. Vine solo para ver y para aconsejaros. ¡Pero no esperéis de mí ningún milagro!».

Dóciles, hicieron según su voluntad, y él se sentó entre ellos, el único paciente en medio de la impaciencia de los demás. Solo entonces se levantó el jefe de la comunidad para saludarlo:

— ¡La paz sea contigo! ¡Bendita tu llegada, bendita tu partida! ¡Nuestras almas se alegran de verte!

Todos guardaron un silencio solemne. Luego, el jefe de la comunidad comenzó a hablar en voz baja:

— Hemos recibido las cartas de los hermanos de Roma que nos anunciaban tu llegada, y hemos hecho todo cuanto estaba en nuestras fuerzas. Hemos reunido dinero de casa en casa y de lugar en lugar, para que se logre rescatar la menorá. Hemos preparado un regalo, para aplacar el ánimo del emperador. Lo más precioso que teníamos lo dispusimos: una piedra del Templo de Salomón, que nuestros antepasados pusieron a salvo tras la destrucción del Templo, y queremos ofrecérsela al emperador como regalo. Pues todo su pensar y su afán en esta hora se dirige a erigir una casa de Dios más magnífica que ninguna que haya existido jamás, y de todas las tierras y ciudades reúne para ella lo más espléndido y lo más sagrado. Todo esto lo hemos hecho de buen grado y con alegría. Pero nos asustamos cuando oímos lo que nuestros hermanos de Roma esperaban de nosotros: que te procuráramos acceso a la presencia del emperador, para que le pidieras el candelabro sagrado. Nos asustamos profundamente, pues el señor de esta tierra, Justiniano, no nos ama. Su ánimo es intolerante con todos los que no profesan exactamente su fe, ya sean cristianos de otra clase, o paganos, o judíos, y quizá no nos quede ya mucho tiempo de permanencia en su imperio; quizá pronto nos expulse. Jamás ha permitido que ninguno de los nuestros comparezca ante su rostro, y con el corazón avergonzado vine a esta casa, en esta hora, para tener que decirte: es imposible lo que los hermanos

exigen en Roma. Es imposible para un judío presentarse ante el rostro del emperador.

El jefe de la comunidad calló, y su silencio se hundió en un gran silencio temeroso. Todos, turbados, inclinaron la cabeza. ¿Dónde estaba el milagro? ¿Cómo habría de llegar el cambio, si el emperador cerraba su oído, su ánimo, al enviado de Dios? Pero la voz del jefe de la comunidad se hizo más clara cuando volvió a hablar: «Mas es consolador y maravilloso comprobar una y otra vez, siempre de nuevo, que para Dios nada es imposible. Cuando entré en esta casa con el corazón oprimido, se acercó a mí uno de nuestra comunidad, Zacarías, el orfebre, hombre piadoso y justo, y me trajo la noticia de que el deseo de nuestros hermanos de Roma se había cumplido. Mientras nosotros hablábamos sin rumbo y nos afanábamos en vano, él había obrado en silencio, y había hecho, por vía secreta, lo que a los sabios y a los más sabios les parecía imposible. Habla, Zacarías, e infórmanos».

En una fila del fondo se levantó uno, vacilante: un hombre pequeño, delicado y jorobado, tímido y avergonzado de que todos lo miraran con tanta curiosidad. Bajó la frente para ocultar su rubor, pues, artesano solitario como era, y siempre ocupado en silencio, temía hablar y ser escuchado. Carraspeó varias veces, y su voz siguió siendo pequeña como la de un niño. «No me alabéis, rabí», susurró quedo, «no es mío el mérito. Dios me lo ha hecho fácil. Desde hace treinta años el tesorero me es propicio, desde hace treinta años trabajo para él día tras día, y cuando el pueblo se alzó hace pocos años contra el emperador y saqueó e incendió las casas de los cortesanos, lo escondí tres días con su mujer y su hijo en mi casa, hasta que pasó el peligro. Así sabía yo que me concedería cualquier ruego, pero nunca le había hecho ninguno. Mas ahora, al saber que Benjamín estaba de camino, le rogué por vez primera, y él fue al emperador a anunciarle que le llegaba, por mar, un gran mensaje secreto. Y Dios ha querido que en sus palabras entrara fuerza y que el emperador le concediera lo pedido. Mañana se les concederá acceso a Benjamín y al jefe de la comunidad en la Chalké, en la sala de audiencias del emperador».

Silencioso y tímido, Zacarías volvió a sentarse. Todos callaron y se estremecieron. Pues ya esto era un milagro, jamás oído, que a un judío le fuera permitido presentarse ante el rostro del Inaccesible. Sus almas temblaban, sus ojos se abrieron de par en par, y el mensaje de la gracia voló alado sobre su silencio reverente. Pero, como un herido, gimió Benjamín: «¡Oh Dios, oh

Dios! ¿Qué me imponéis? Mi corazón está fatigado, y no hablo la lengua extranjera. ¿Cómo he de presentarme ante el emperador, y por qué precisamente yo? Solo fui llamado como testigo, solo para contemplar el candelabro, no para asirlo ni conquistarlo. ¡No me elijáis a mí! Que hable otro. ¡Soy demasiado viejo, soy demasiado débil!».

Todos se asustaron. Un milagro estaba dispuesto, y ahora se negaba aquel que había sido escogido para él. Pero mientras aún pensaban tímidamente cómo podrían convencer al pusilánime, se levantó de nuevo, quedamente, de su asiento Zacarías. Distinta era ahora su voz, resuelta y firme.

«No, tú debes ir, y solo tú. Poco fue mi esfuerzo, y sin embargo, solo por ti y por ningún otro lo habría hecho. Pues sé que, si alguno de todos nosotros, eres tú quien lleva el candelabro a la paz». Benjamín se quedó mirándolo fijamente. «¡Cómo puedes saberlo!». Pero Zacarías repitió, quedo y resuelto: «Lo sé, y lo sé desde hace tiempo. Solo tú, si alguno, llevas el candelabro a la paz». El corazón de Benjamín vaciló ante esta certeza. Miró a Zacarías, que lo miraba a él, alentador y sonriente, y de pronto le pareció como si ya hubiera visto antes aquellos ojos. También el otro pareció percibir algo de este reconocimiento, pues su sonrisa se hizo más luminosa, y como en confianza habló por encima de los demás: «¿Te acuerdas de aquella noche, te acuerdas de uno que entonces iba con la comunidad, Hircanos ben Hillel?». Ahora sonrió también Benjamín. «¿Cómo no habría de acordarme de él? Cada palabra y cada sombra recuerdo de aquella noche bendita». Zacarías prosiguió. «Soy hijo de su nieto. Orfebres somos y seguimos siendo todos nosotros, y donde un emperador o un rey tiene oro y joyas y busca un artífice y un tasador, elige a uno de nuestro linaje. Hircanos ben Hillel guardó el candelabro en Roma durante su cautiverio, y todos los de su linaje, dondequiera que estemos, esperamos desde entonces la hora que lo lleve a otra cámara del tesoro para su custodia, pues donde hay tesoros, allí estamos también nosotros como tasadores y artífices. Pero el padre de mi padre se lo dijo a mi padre, y mi padre me lo transmitió a mí: que después de aquella noche en que tu brazo fue quebrado, el rabí Eliézer, el Puro y Claro, anunció de ti lo que tú mismo no sabías, siendo aún un niño: que debe haber un sentido en su obra y en su padecimiento. Si alguno, este redimirá el candelabro».

Todos temblaron. Benjamín inclinó la cabeza. Conmovido, dijo: «Ningún hombre ha sido más bondadoso conmigo que el rabí Eliézer aquella noche,

y sagrada me es su palabra. Perdonad la pusilanimidad de mi corazón. Una vez, siendo niño, también yo fui valeroso; solo el tiempo y la vejez me han hecho medroso. Pero una vez más os lo ruego a todos: ¡no esperéis un milagro de mí! Si exigís que vaya a ver a aquel que tiene el candelabro, lo intentaré, pues ay de quien se niega a un intento piadoso. Yo mismo carezco de poder de palabra y de discurso, pero acaso Dios me conceda la palabra justa».

Muy pequeña se había doblegado la voz de Benjamín, y su cabeza yacía honda bajo el peso de la llamada. Quedamente rogó tan solo: «Perdonad que os deje ahora. Soy un anciano y estoy cansado del día y del viaje. Permitid que me retire a descansar». Todos le abrieron paso con reverencia. Solo uno, solo su acompañante Jojakim, el indómito, no pudo contener su impaciencia mientras conducía al anciano a descansar en el lugar preparado, y le preguntó:

—Pero ¿qué le dirás mañana al emperador?

El anciano no levantó la vista; solo murmuró como para sí:

—No lo sé, ni quiero saberlo ni pensarlo. En mí no hay poder alguno. Todo ha de serme dado, y todo por Él.

Todavía largo tiempo permanecieron aquella noche juntos los judíos de Pera. Ninguno podía dormir; hablaban y deliberaban sin cesar, con ojos ardientes y desvelados. Nunca se habían sentido tan cerca de lo maravilloso. ¿Qué, si ahora realmente llegara a su fin la dispersión, y la cruel penuria del destierro, el eterno ser perseguidos y pisoteados, la angustia diaria, la nocturna, ante la hora próxima y el día próximo? ¿Qué, si aquel anciano, que en carne y hueso se había sentado entre ellos, era en verdad el Enviado, uno de los poderosos de la palabra, como antaño se habían alzado en este pueblo y habían sabido guiar el corazón de los reyes hacia la justicia? Dicha inimaginable, gracia increíble, poder llevar de vuelta a casa las reliquias sagradas, reconstruir el Templo y habitar en su sombra: como ebrios hablaban de ello toda la larga y confusa noche, y cada vez más ardiente se hacía su confianza. Habían olvidado la advertencia del anciano de que no esperasen de él ningún milagro, pues no habían aprendido otra cosa, como judíos, en sus libros sagrados, sino creer en los milagros de Dios, ¿y de qué otro modo podían vivir, ellos, los proscritos, los oprimidos de una eterna persecución, sino por esta eterna espera de la redención? Y cuanto más se acortaba, tanto

más larga les parecía la noche hasta el día venidero, y ya no lograban refrenar sus corazones; sin cesar miraban el reloj de arena, que a ellos les corría demasiado lento y perezoso; uno tras otro se acercaba a la ventana, uno tras otro salía a la calle, a ver si no quería brillar por fin el resplandor del alba en el borde del mar oscurecido y encenderse el día como su propio corazón ardiente. Grandes esfuerzos le costó al jefe de la comunidad refrenar a la congregación, que de ordinario le obedecía dócilmente. Pues todos querían cruzar aquel día a Bizancio, todos acompañar a Benjamín y aguardar de pie ante el palacio mientras él hablaba con el emperador, el señor del mundo, para ser también ellos mismos, con su propio cuerpo, más cerca y más partícipes del milagro. Pero severamente les recordó el jefe de la comunidad cuán peligroso era que se presentaran en cortejo cerrado o en masa llamativa ante el palacio del emperador, pues hostil era el pueblo, y en todas partes y siempre peligroso para los judíos llamar la atención. Solo con dura amenaza pudo forzarlos a que todos permanecieran reunidos en la casa de oración de Pera y, invisibles a los demás, rezaran al Invisible, mientras Benjamín era conducido ante el gran soberano. Y así rezaron y ayunaron todo aquel día. Rezaba cada uno con tal fervor y fuerza, como si la nostalgia de todos los judíos de la tierra estuviera contenida en el pequeño corazón de cada uno, y su mente permaneció cerrada a todo otro pensamiento del mundo salvo a este único: que aquel lograra el milagro y que la maldición del destierro fuera clementemente quitada del pueblo.

Era cerca del mediodía, la hora prescrita, cuando Benjamín, con el jefe de la comunidad, cruzó la vasta plaza cuadrangular rodeada de columnas ante el palacio de Justiniano. Detrás de ellos, Jojakim, el joven, el fornido, cargaba sobre los hombros una pesada carga cubierta. Lenta, tranquila y gravemente, los dos ancianos, con sus oscuras y sencillas vestiduras, se dirigieron hacia la puerta de bronce de la Chalké, que formaba la entrada a la fastuosa sala del trono de los emperadores de Bizancio. Pero tuvieron que esperar largo tiempo más allá de la hora fijada en el vestíbulo, pues era costumbre calculada de la corte bizantina dejar aguardar sin fin en la antesala a embajadores y suplicantes, para que esta espera les enseñara íntimamente cuán extraordinaria era la gracia que se les concedía al poder contemplar el rostro del más poderoso de la tierra. Una hora, y una segunda, y una tercera los dejaron, sin ofrecer a los dos ancianos ni escabel ni silla, de pie indiferentemente sobre el frío mármol. Pasaban ante ellos, en ociosa diligencia, los dignatarios y los eunucos rollizos, las guardias de la corte y los servidores

relucientes de colores, mas ninguno se ocupaba de ellos, ninguno los miraba ni les hablaba, mientras desde las paredes, abigarrados y fríos, los eternos mismos mosaicos los miraban de hito en hito, y desde lo alto la cúpula sostenida por columnas mezclaba cada vez más hondamente su oro exuberante con el rayo del sol. Pero Benjamín y el jefe de la comunidad aguardaban pacientes y silenciosos. Como ancianos, sabían bien esperar. Demasiado tiempo había fluido ya junto a ellos como para que una hora o dos significaran todavía algo. Solo Jojakim, el joven, el inquieto, miraba con curiosidad a cuantos iban o venían, y en su impaciencia contaba una y otra vez las piedrecillas de los mosaicos, para acortar el tiempo insoportablemente lento. Por fin, cuando el sol ya descendía del cenit, se acercó a ellos el praepositus sacri cubiculi y los instruyó en los usos que la ley escrita de la corte exigía inexorablemente de aquellos a quienes se concedía la gracia de presentarse ante el rostro del emperador. En cuanto se abriera la puerta, les enseñó, debían avanzar con la cabeza inclinada veinte pasos hasta el lugar donde una veta blanca estaba engastada en el mármol coloreado de las losas, pero no debían acercarse más, para que su aliento no se mezclara con el del emperador. Y antes de que se atrevieran a levantar los ojos hacia el autócrata, habrían de postrarse tres veces en tierra, con los brazos y las piernas bien extendidos. Solo entonces les sería permitido acercarse a los peldaños de pórfito del trono, para besar la orla colgante del manto purpúreo del basileus.

—No —protestó Jojakim, vehemente y quedo—, solo ante Dios podemos postrarnos en tierra, no ante un hombre. Yo no lo haré.

—Calla —respondió Benjamín con severidad—, ¿por qué no habría de besar la tierra? ¿Acaso no la creó Dios también a ella? Y aun si fuera injusto inclinarse ante un hombre, también lo injusto podemos hacer en aras de lo más sagrado.

En ese instante se abrió la puerta de marfil de la sala de audiencias. Salió de ella una embajada caucásica, que había venido a rendir homenaje al emperador. Tras ellos se cerró silenciosamente la puerta, pero los extranjeros, con sus gorros de piel y su atuendo de terciopelo, quedaron parados, aún confusos. En su rostro se pintaba una gran turbación: al parecer Justiniano los había increpado con dureza o altivez, porque solo le habían ofrecido alianza en nombre de su pueblo, en lugar de la sumisión total. Jojakim miraba con curiosidad a los extranjeros y su extraña vestimenta, pero ya el preposito le ordenó tomar sobre el hombro la carga cubierta, y advirtió a los

demás que lo siguieran con la mayor exactitud. Luego golpeó suavemente con su bastón de oro —se oyó un sonido muy tenue y tintineante— la puerta de marfil. Sin ruido se abrió hacia dentro, y entonces los tres, a quienes por una seña del prepósito se sumó un intérprete, entraron en la vasta sala del trono de los emperadores de Bizancio, el Consistorio.

Desde la puerta hasta el centro de la inmensa sala se extendía, a derecha e izquierda, una doble hilera de soldados que debían atravesar, una fila inmóvil vestida de rojo; cada soldado con la espada al costado, el yelmo dorado con la enorme cimera roja de crin de caballo sobre la cabeza, una alta lanza en la mano y, sobre los hombros, la terrible hacha de doble filo. Como en un muro las piedras se ajustan unas a otras en línea lisa, de igual tamaño, uniformes y sin juntas, así se erguía esta doble hilera de hombres formados en inmóvil rectitud, y con la misma rigidez pétrea permanecían detrás de ellos los jefes de las cohortes, que sostenían inmóviles sus estandartes. Lentamente avanzaron los tres y el intérprete a través de aquel muro humano, contenido el aliento, inmóvil, cuyos ojos eran tan fijos como sus cuerpos y de los cuales ninguno los miró; silenciosos en el silencio, avanzaron hacia el fondo de la sala, donde evidentemente —pues aún no debían levantar los ojos— los aguardaba el emperador. Pero cuando el prepósito, que iba delante de ellos con el bastón de oro en alto, se detuvo y ellos, como estaba permitido, alzaron los ojos hacia el trono del emperador, no había allí ni trono ni emperador, sino que ante ellos una cortina de seda cerraba toda visión, tendida a lo ancho de toda la sala. Inmóviles, se quedaron los tres, asombrados ante aquel muro de color que los detenía.

Entonces el maestro de ceremonias alzó de nuevo el bastón. Y he aquí que, sobre invisibles cordones, las cortinas se abrieron crujendo, y al fondo se alzaba, sobre tres gradas de pórfido, el trono con el sitial cuajado de joyas, en el que estaba sentado el basileus, sombreado por una cúpula de oro. Rígido estaba allí sentado, más su propia imagen que su propio ser, el hombre fornido y poderoso, y su frente desaparecía bajo el aura resplandeciente de la corona, que, redonda como una aureola, brillaba por encima y detrás de su cabeza. Igualmente petrificadas en imagen, se hallaban a su alrededor, en círculo escalonado, las guardias con sus túnicas blancas, con yelmo de oro, doradas las cadenas al cuello, y ante ellas, uno a uno, en amplias vestiduras de seda purpúrea, los senadores, los dignatarios. En todos ellos parecía apagado el aliento, helada la mirada, y visible era el propósito de aquella

rigidez aprendida: que a todo aquel que se presentara por vez primera ante el rostro del señor del mundo se le helara a él mismo el corazón de reverencia.

Y, en efecto, asustados bajaron la mirada el jefe de la comunidad y Jojakim, como le sucede a quien mira de improviso al sol intenso. Solo Benjamín, el anciano vetusto, alzó la vista clara e inmovible hacia el emperador. Pues él, uno solo, había sobrevivido en su larga vida a diez emperadores y señores de Roma; así sabía que, bajo todas sus preciosas insignias y coronas, los emperadores eran no obstante hombres mortales, que comían y bebían, defecaban y yacían con mujeres y morían como los demás. Su alma se mantuvo firme y no se estremeció. Sereno, alzó la mirada para leer en el ojo del soberano a quien había sido enviado a suplicar.

Entonces sintió con apremio, por detrás, que el bastón de oro le tocaba el hombro, y al instante recordó la costumbre exigida. Por más que les costara a sus quebrantados miembros, se arrojó sobre el frío mármol de las losas, manos y pies extendidos; tres veces apretó la frente contra el suelo, y su barba enmarañada rozó, extraña, la piedra insensible. Luego se incorporó, ayudado por Jojakim, su acompañante, avanzó con la nuca inclinada hasta las gradas y besó al emperador la orla del manto purpúreo.

Inmóvil permaneció el basileus. Su pupila miraba fija como piedra verde; el párpado no se movía, la ceja no se movía. Con dureza miraba más allá del anciano. Pues indiferente le parecía a él, al emperador, lo que sucedía a sus pies y qué gusano se arrastraba precisamente por la orla de su vestidura.

Los tres, entretanto, habían retrocedido de nuevo a una señal del maestro de ceremonias y permanecían de pie en fila, con el intérprete un paso por delante, como su boca viviente. Otra vez alzó el prepósito el bastón. Entonces el intérprete comenzó su discurso. Este era un judío, venido expresamente por encargo de los demás desde Roma, para traer al emperador del mundo agradecimiento y parabién por haber vengado a Roma de los saqueadores y liberado mar y tierra de aquellos infames piratas. Y como habían sabido, los judíos del mundo, que pertenecían al emperador, que el basileus, en su sabiduría, quería erigir una casa en honor de la santa Sabiduría, Hagia Sophia, un templo que había de ser más glorioso y más precioso que cuantos se hubieran visto hasta entonces sobre la tierra, se habían sentido impulsados, pese a su pobreza, a contribuir con un óbolo a la consagración

de aquella obra. Pequeño era su don, medido con la gloria del emperador, pero era, sin embargo, lo más alto y lo más sagrado que poseían desde antiguo. Cuando sus antepasados partieron desterrados de Jeruscholájim, habían salvado una piedra del Templo de Salomón. Esa la traían ahora como ofrenda, para que fuera colocada en los cimientos, de modo que del santo templo de Salomón hubiera una parte y una bendición en la casa de Justiniano. A una señal del prepósito, Jojakim trajo la pesada piedra y la colocó junto a los regalos que los embajadores caucásicos habían amontonado a la izquierda del trono: pieles, marfil indostánico y cachemiras bordadas. Pero Justiniano no volvió la mirada ni hacia el intérprete ni hacia aquella ofrenda. Vacía y aburrida, su mirada pasaba por encima de todos hacia el vacío, y solo con somnolencia se movió entonces su labio; sonó irritado y desdeñoso:

—¡Pregúntales qué desean!

El intérprete explicó, con florido discurso, que se hallaba en el magnífico botín que Belisario había traído a casa una pieza insignificante, pero especialmente cara para este pueblo. Pues el candelabro de los siete brazos, que en su día los paganos habían arrastrado por mares y tierras, había sido robado del Templo de Salomón, la casa de Dios de los judíos. Por ello los judíos querían suplicar encarecidamente al emperador que les concediera, de entre el botín, aquel candelabro, y estaban dispuestos a redimir su valor en oro con el doble y hasta el décuplo de su peso. No habría casa ni choza donde todos los judíos de la tierra no dieran gracias a diario en su oración por el más bondadoso de los emperadores y por la duración de su reinado.

El ojo del basileus permaneció impasible. Con hastío replicó: «No quiero oraciones de infieles. Pero pregúntales qué historia tiene ese objeto y qué se proponen hacer con él».

El intérprete miró a Benjamín mientras le traducía las palabras, y este sintió un escalofrío y un frío en los miembros ante la mirada gélida del emperador. Percibió resistencia, y el miedo se apoderó de él de no poder vencerla. Así, alzó las manos suplicante:

—Señor, considerad: es lo único que le ha quedado a nuestro pueblo de sus santuarios. ¡Nuestra ciudad la destrozaron, nuestras murallas las derribaron, nuestro Templo lo destruyeron! Todo lo que amábamos y teníamos y venerábamos ha caído en la ruina. Solo una cosa, este candelabro, ha perdu-

rado a través del tiempo. Tiene mil años, es más viejo que todo cuanto hay sobre la tierra, y desde hace cientos de años vaga sin patria, y no habrá paz para nuestro pueblo mientras siga vagando. ¡Señor, tened piedad de nosotros! Este candelabro es lo último de nuestros bienes, ¡devolvédnoslo! Considerad que Dios os alzó de la bajeza a la altura y os hizo rico por encima de todos, y a quien Él dio, debe dar: así lo quiere Dios. ¡Señor, qué es para vos esta sola cosa, qué es para vos el candelabro errante! ¡Señor, que sea ya suficiente, y dadle la paz!

El intérprete transmitió el discurso con cortesano embellecimiento. Con indiferencia escuchaba el emperador. Pero apenas oyó las palabras de Benjamín, que el Señor lo había alzado desde la bajeza, se le ensombreció el rostro. Pues a Justiniano le disgustaba que le recordaran que él, el igual a Dios, había nacido, hijo de humildes campesinos, en una aldea tracia.

Se le frunció bruscamente la ceja, y ya se tensaba el labio para una palabra de rechazo. Pero con la lucidez del miedo, Benjamín ya había percibido cómo se formaba en el labio del emperador la palabra denegatoria, y en lo íntimo de su corazón ya oía el terrible, el irrevocable no. Y este miedo lo sacudió. Como un puño desde dentro lo empujó hacia delante, y, olvidando el precepto que prohibía traspasar la veta blanca del mármol, avanzó — todos se asustaron — hasta pegarse al mismo trono, y sin darse cuenta, su propia mano se alzó suplicante hacia el emperador:

— ¡Señor, está en juego vuestro reino, vuestra ciudad! No os ensoberbecáis, y no intentéis retener lo que nadie hasta ahora ha podido retener. También Babilonia fue grande, y Roma, y Cartago, y sin embargo cayeron los templos que lo guardaron, al candelabro, y se derrumbaron los muros que lo encerraron. Él, solo él, permaneció intacto, y los demás cayeron en ruinas. A quien intenta retenerlo, le quiebra el brazo, y quien lo hostiga en su desasosiego, caerá él mismo en desasosiego. ¡Ay de quien retiene lo que no es suyo! Pues no habrá paz de Dios hasta que lo sagrado no regrese a su lugar sagrado. ¡Señor, os lo advierto! ¡Devolved el candelabro!

Todos quedaron aturridos. Nadie había entendido las palabras impetuosas. Solo esto habían visto con espanto los dignatarios: que alguien se había atrevido a lo que nadie se había atrevido aún: acercarse en su fervor a la proximidad misma del emperador y arrancarle la palabra de la boca al más poderoso de la tierra antes de que este hablara. Estremecidos, todos miraban

al anciano vetusto, que permanecía allí, sacudido por el exceso de su dolor, lágrimas en la barba y los ojos centelleantes de ira. Muy detrás de él se encogía, replegado, el jefe de la comunidad; el intérprete se había retirado, y aún completamente solo y completamente cerca, mirada contra mirada, permanecía Benjamín ante el basileus.

Justiniano había despertado de su rigidez. Con mirada insegura miró al anciano ebrio de ira, y luego, impaciente, al intérprete, para que le transmitiera las palabras. El intérprete lo hizo con cautelosa suavización. Que el emperador, en su bondad, perdonara al anciano lo inconveniente, pues solo la preocupación por el bien del imperio lo había confundido. Que había querido, con honradez, advertir al emperador: una terrible maldición había sido puesta por Dios sobre aquel objeto. A quien lo conservara, le traería desgracia, y toda ciudad que lo albergara caería en manos del enemigo. Como un deber había sentido, por ello, el anciano, advertir al emperador y exhortarlo a que librara de la maldición a aquel objeto, devolviéndolo al lugar de su origen, a Jeruscholájim. Justiniano escuchaba con el ceño tenso; había en él enojo por la audacia de aquel viejo judío desmedido, que en su presencia había alzado la voz y el puño. Pero al mismo tiempo despertó en él una inquietud. Pues, hijo de campesinos, era supersticioso, y como todo hijo de la fortuna, temía en gran manera la magia y los presagios. Guardó silencio un tiempo y reflexionó. Luego ordenó, seco: «Sea. Que se tome la cosa del botín y se la lleve a Jeruscholájim».

El anciano se estremeció cuando el intérprete transmitió las palabras. Como un relámpago blanco, la dichosa noticia lo golpeó por dentro y le iluminó el corazón. Ahora todo se había cumplido. Para este instante había vivido. Para este instante lo había reservado Dios. Y sin saberlo ni sentirlo, alzó la única mano ilesa que le quedaba y la levantó, temblorosa, hacia lo alto, como si quisiera alcanzar a Dios en su gratitud. Pero Justiniano observaba con agudeza cómo el rostro del anciano se iluminaba de alegría. Un mal deseo se apoderó de él. No debía permitir que aquel judío atrevido pudiera marcharse y jactarse ante su pueblo: he doblegado y vencido al emperador. Sonrió con maldad y aspereza:

— ¡No te alegres tan pronto! Pues el candelabro no ha de perteneceros a vosotros, los judíos, ni ha de servir a vuestro culto falso.

Y se volvió hacia Eufemio, el obispo, que estaba de pie a su derecha:

—Cuando viajes en luna nueva para consagrar la nueva iglesia de Jeruscholájim, la que fundó Teodora, lleva contigo el candelabro. Pero que no arda sobre el altar, sino que quede colocado sin luz bajo el altar, para que todos vean visiblemente cómo nuestra fe está por encima de la suya y la verdad por encima del error. En la iglesia verdadera debe quedar guardado, y no entre aquellos a quienes vino el Salvador y que no lo reconocieron.

El anciano se sobresaltó. No había entendido las palabras extrañas. Pero había sentido la sonrisa maligna y la boca del emperador, y que este ordenaba algo que iba contra él. Suplicante, quiso postrarse una vez más, para hacerle cambiar de parecer. Pero Justiniano ya había mirado al prepósito. Este alzó el bastón, y las cortinas se cerraron con un susurro: desaparecieron el emperador y el trono, terminada la audiencia.

Aturdido, el anciano permaneció de pie ante el muro cerrado. Entonces, por detrás, el maestro de ceremonias le tocó el hombro: debía retirarse. Con la mirada ensombrecida, el viejo salió tambaleándose, sostenido por Jojakim: por segunda vez, sintió, Dios lo había rechazado, cuando ya lo sagrado estaba medio en sus manos. Una vez más se había perdido la hora. Una vez más el candelabro pertenecía a los señores del poder.

A pocos pasos de haber abandonado el palacio del emperador, Benjamín, una vez más el amargamente probado, empezó de pronto a tambalearse. Con todas sus fuerzas tuvieron que sostener al anciano vacilante el jefe de la comunidad y Jojakim. Lo llevaron a una casa cercana y lo tendieron en un lecho. Apagado estaba el color de su rostro; con los ojos cerrados yacía allí el anciano decrepito, y ya creían que la muerte lo envolvía, pues sus manos, exangües, colgaban lacias, y cuando el jefe de la comunidad palpó con ansiedad en busca de su corazón, este latía solo débil y vacilante. Como si toda su fuerza se le hubiera escapado del cuerpo con aquella súplica vana ante el emperador, así estuvo el anciano tendido horas y horas en total insensibilidad; pero de pronto —ya oscurecía la tarde— este hombre rendido hasta la muerte se incorporó bruscamente, para igual asombro de los dos, y los miró con mirada extraña, como quien regresa del más allá. Pero luego, al reconocerlos, ordenó, para nuevo asombro de ambos, con vehemente premura, que lo llevaran de inmediato a la casa de oración de Pera: quería despedirse de la comunidad. En vano le rogaron los dos que descansara todavía más y cuidara su cuerpo: terco, el anciano insistió en su orden, y hubieron de obedecerlo. En unas parihuelas lo llevaron hasta un bote, y en el bote,

hasta Pera. Como un durmiente se dejó conducir, vacía la mirada, cerrada la boca. Entretanto, los judíos de Pera ya conocían desde hacía tiempo el veredicto y la respuesta del emperador. Pero tan intensa había sido antes en ellos la certeza del milagro, que no lograban alegrarse del regreso concedido del candelabro. Demasiado, demasiado pequeño era este único cumplimiento para el desdichado exceso de su esperanza. Pues ¿no habría de encerrar de nuevo la menorá una casa de Dios ajena, y ellos mismos, no habrían de seguir errando y viviendo en el destierro y en tierra extraña? No, no era el candelabro lo que les preocupaba, era su propio destino. Como derrotados permanecían allí sentados, oprimidos y llenos de rencor secreto. Ay, siempre engañaba la promesa, necio quien creyera en ella, y los milagros, gloriosamente descritos en la Sagrada Escritura y hermosos en el cielo lejano, brillaban hasta ellos solo como nubes de fuego venidas de aquellos tiempos cercanos a Dios, pero ninguno descendía ya jamás hasta su día cotidiano. Dios olvidaba a su pueblo, dejaba, indiferente, solos en la aflicción y la cuita a quienes en su día había elegido. Ya no suscitaba profetas que hablaran en su nombre; necio, por tanto, creer en señales inciertas y esperar milagros y un giro del destino. Los judíos en la casa de oración de Pera ya no seguían rezando, ya no ayunaban más. Hoscos, se sentaban en los rincones y masticaban, con labios amargados, pan con cebolla. Y ahora que la espera del milagro ya no iluminaba sus miradas ni resplandecía en sus frentes, volvieron a ser los hombres pequeños y lastimosos que habían sido antes, pobres judíos oprimidos, y sus pensamientos, que hacía un instante se elevaban grandes y poderosos hacia Dios, se hicieron estrechos y mezquinos como su día cotidiano. Refunfuñaban y hacían cuentas y se quejaban unos a otros de para qué habían emprendido el largo, el costoso, el vano viaje, y lamentaban las buenas vestiduras que habían gastado por los caminos, los negocios descuidados y el tiempo perdido. De antemano temían ya volver a casa para enfrentarse a la burla de los incrédulos y a las riñas de las mujeres que los aguardaban. Y como el corazón del hombre siempre se vuelve con mayor saña contra aquel que primero lo elevó y luego, decepcionado, lo arrojó de nuevo a su propia estrechez, acumularon todo su oscuro rencor contra los hermanos romanos y contra Benjamín, su falso mensajero: en verdad, no era sino un amargamente probado, a quien Dios no amaba, y de él solo emanaba amargura. Cuando Marnefes —ya se acercaba la noche— apareció por fin en la casa de oración, le mostraron con claridad su enojo. No se pusieron en pie temerosos a su llegada, como antes, ni lo saludaron; apartaron

la mirada a propósito: ¡qué les importaba a ellos aquel viejo judío de Roma! Al fin y al cabo era tan impotente como todos ellos, y Dios se fijaba tan poco en él como en su propio destino abatido.

Benjamín sintió enseguida el mal en aquel silencio; sintió el rencor apartado, callado, sordo, cenagoso. Vio, apenado, cómo bajo las frentes torcidas las miradas lo esquivaban, y el desencanto de los demás lo sacudió como si fuera culpa propia. Así pidió al jefe de la comunidad que convocara a los demás, pues aún tenía una palabra para la congregación, y el jefe de la comunidad hizo lo que le pedía. Malhumoradas y hoscas se alzaron las cabezas de los que masticaban: ¿qué más podía decirles aquel extraño, aquel falso prometedo? Y sin embargo, la compasión se apoderó de ellos al ver ahora al anciano decrepito, que, apoyado en el bastón, se levantaba con esfuerzo de su asiento; no llegó a erguirse del todo, sino que quedó de pie como un hombre encorvado, doblado, el más viejo de todos, ante su silencio. Con esfuerzo le llegó la palabra:

—He venido una vez más, hermanos, para despedirme de vosotros. Y también he venido para inclinarme ante vosotros, pues contra mi voluntad he cargado vuestros corazones de pesar. A disgusto, vosotros lo sabéis, fui ante el emperador, pero ¿cómo podía negarme, si vosotros mismos me lo exigisteis? Siendo aún un niño, así me tomaron los ancianos en su camino, me arrancaron del sueño, a mí que no sabía ni quería, y siempre me dijeron y anunciaron que era el sentido de mi vida rescatar el candelabro. Creedme, hermanos, terrible es ser uno a quien Dios llama siempre y sin embargo nunca escucha, a quien atrae con señales que luego jamás cumple. Mejor sería que uno así permaneciera en la oscuridad y que nadie lo mirase ni le prestara oídos. Así os lo ruego: perdonadme, olvidadme y no preguntéis por mí. No pronunciéis más el nombre de aquel que fue el equivocado. Y esperad con buena paciencia hasta que por fin surja el verdadero, el que redima al pueblo y al candelabro.

Tres veces se inclinó el anciano ante la congregación, como un culpable que confiesa su culpa. Tres veces se golpeó el pecho con su mano izquierda, sin fuerza —la otra, la rota, colgaba floja y vacía—; luego se irguió y cruzó la sala hasta la puerta. Nadie se movió, nadie le respondió. Solo Jojakim, consciente de su deber de sostener al anciano, se apresuró tras él hasta el umbral. Pero Benjamín lo rechazó con urgencia: —Vuelve a Roma, y si preguntan por mí, di: Benjamín Marnefeschesch ya no existe, y no fue el verdade-

ro. Que olviden mi nombre y no reciten por mí ninguna oración de recuerdo. Quiero permanecer muerto más allá de mi muerte, y perdido para la memoria de los hombres. Tú, en cambio, vete en paz y no te preocupes más por mí.

Obediente, Jopakim se quedó atrás en el umbral. Inquieto, lo siguió con la mirada y se asombró de que el anciano, apoyado con esfuerzo en su bastón, avanzara a tientas por la calleja extraña y estrecha, en la dirección donde el camino subía hacia las colinas. Pero no se atrevió a seguirlo, y así se quedó mirando fijamente hasta que la figura encorvada se perdió del todo en la sombra. Aquella noche, en el año octogésimo octavo de su vida, Benjamín, que siempre había sido callado y paciente, se querelló por primera vez con Dios. Con el corazón acosado, había andado a tientas y confuso por las calles estrechas y tortuosas de Pera, sin saber él mismo hacia dónde: solo quería huir, en su ardiente vergüenza por haber inducido a su pueblo a una esperanza desmedida. Quería arrastrarse hasta algún rincón perdido donde nadie lo conociera y donde pudiera morir como un animal moribundo. «No fue culpa mía», murmuraba una y otra vez para sí, «¿por qué me cargaron con la expectativa del milagro? ¿Por qué me buscaron, por qué me tentaron?». Pero ni siquiera su propio consuelo lo calmaba; cada vez más lo empujaba el temor de que alguien pudiera seguirlo. Los pies lo cansaban ya desde hacía rato, y le temblaban las rodillas quebradizas; el sudor brotaba de su frente surcada de arrugas y le corría, salobre y amargo, por el labio y la barba; con fuerza martilleaba el corazón atormentado en el pecho dolorido, pero, como un perseguido, el anciano trepaba, apoyado en el bastón, cada vez más alto por el camino escarpado que, desde el laberinto de casas, llevaba hacia las colinas y hacia lo abierto: ¡no ver ya a ningún hombre y no ser visto por nadie! ¡Solo alejarse de la casa y del hogar, perdido para siempre, olvidado, solo por fin redimido del eterno espejismo de la redención!

Así iba el anciano tambaleante —a tientas se arrastraba como un ebrio— hasta que llegó por fin a la tierra ondulada que se alza sobre la ciudad, y allí, en la soledad, apoyado en un pino umbrío que —aunque él no lo sabía— montaba guardia sobre una tumba, se detuvo con el corazón entrecortado y respiró aliviado. Otoñal y clara brillaba la noche del sur, terso yacía el mar, plata escamada, un pez descomunal, y curvado como una serpiente el cercano arco del Cuerno de Oro. Al otro lado de la bahía dormía, bajo la luna blanca, Bizancio con sus cúpulas y torres relucientes; pocas veces cru-

zaba ya una luz por el puerto, pues era tarde, ya pasada la medianoche, y ningún rumor del afán humano seguía despierto; mas arriba el viento pasaba con un sonido leve y rasante por los viñedos, y cada vez se desprendían de las vides ya vendimiadas hojas amarillentas que revoloteaban lentas y silenciosas hacia la tierra. En algún lugar cercano debía de haber lagares y graneros, pues olía, cuando el viento se detenía, denso y agrio, olor de caducidad, y con las narices temblorosas el anciano fatigado aspiraba en su interior aquel vaho húmedo y pútrido: ¡ay, convertirse él mismo en tierra, ay, desplomarse él mismo así como aquellas hojas que giraban, irse, desaparecer! ¡Solo no volver ya más atrás, no tensarse ni atormentarse de nuevo, estar por fin redimido de la propia carga! Y cuando el silencio se le impuso con fuerza y tuvo la certeza de su soledad, se apoderó de él un deseo desenfrenado de silencio eterno, y en aquel mutismo alzó su voz hacia Dios, mitad en lamento, mitad en oración: «¡Señor, quiero morir! ¿Para qué sigo viviendo aún, inútil para mí mismo y motivo de burla y de carga para todos? ¿Para qué me reservas, si sabes bien que ya no quiero más? Hijos he engendrado, siete, varones todos y sedientos de vida cada uno, y sin embargo, siendo yo su padre, a los siete les he arrojado los terrones sobre la tumba. Un nieto me habías dado, joven y luminoso, aún ignorante del placer de las mujeres y de la dulzura de la existencia, mas los paganos lo golpearon con dureza; no quería morir, no, no quería morir, cuatro días luchó herido contra la muerte, y sin embargo a él, que quería vivir, lo tomaste, y a mí, que tiemblo de anhelo y ansia de morir, a mí me rechazas. Señor, ¿qué quieres de mí, que no quiero y que me resisto? Siendo aún un niño me arrancaron de mi sitio, y obediente he caminado, mas he de engañar a quienes creyeron en mí, y las señales fueron una traición. ¡Señor, que sea suficiente! He fracasado, ¡arrójame, pues, lejos de ti! Ochenta y ocho años he vivido, ochenta y ocho esperando en vano que hubiera un sentido en mi perduración y que de mi fidelidad hacia ti brotara una obra. Pero ahora estoy cansado. ¡Señor, quiero, ya no puedo más! ¡Señor, que sea suficiente! ¡Señor, déjame morir!».

Con la voz alzada suplicaba y oraba el anciano, anhelante alzaba la mirada hacia el cielo, que brillaba apasionado de estrellas y centelleaba con fuerza con su luz desparramada. Se quedó de pie y esperó, el anciano: ¿le daría Dios respuesta, por fin, por vez primera? Pacientemente esperó, y poco a poco fue cayendo, leve, la mano que había alzado sin darse cuenta, y le sobrevino el cansancio, un cansancio inconmensurable. Sintió de pronto

un martilleo aturdidor en las sienes y al mismo tiempo un tirón y un vacilar en el pie y en la rodilla; sin quererlo ni saberlo, se deslizó hacia abajo en un dulce desfallecimiento, y se dejó resbalar, pesado y ligero a la vez, como si su cuerpo se hubiese desangrado. Pero sintió aquella debilidad como un goce. «Esto es la muerte —pensó agradecido—, Dios me ha escuchado». Y piadoso y quieto extendió la cabeza sobre la tierra, que olía otoñalmente a caducidad. «Debería haberme puesto el sudario», recordó todavía vagamente, pero ya estaba demasiado cansado, y solo de manera inconsciente se ciñó más el manto. Luego cerró los ojos y esperó con confianza la muerte que había implorado.

Pero no llegó la muerte a Benjamín, el amargamente probado, aquella noche. Solo un sueño envolvió, tierno y estrecho, su cuerpo extenuado, y le llenó la mirada interior de imágenes y de sueño.

Y este fue el sueño que Benjamín soñó aquella noche de su última prueba. Una vez más caminaba, tanteaba y huía por las callejas estrechas, sordas y cada vez más oscuras de Pera, solo que ahora su oscuridad era aún más oscura que antes, y negro y encapotado el cielo sobre alturas y tejados. Y hasta en el sueño se sobresaltó una vez más, de modo que el corazón le golpeó duro contra el pecho, al oír pasos tras de sí, y de nuevo, como antes, lo invadió el miedo de que alguien pudiera seguirlo, y de nuevo huyó. Pero los pasos seguían ahí siempre, delante de él, detrás de él, y ahora también en torno suyo, en aquel campo pesado y vacío, en aquel campo negro. No podía ver quiénes eran los que caminaban a su derecha, a su izquierda, delante y detrás de él, pero debían de ser muchos, una gran multitud errante; distinguía los pasos pesados de los hombres y, con tintineo de broches, los más leves, el paso suspendido de las mujeres y de los niños. Debía de ser todo un pueblo el que avanzaba así por la noche metálica y sin luna, y un pueblo enlutado, un pueblo oprimido. Pues de sus filas invisibles brotaba sin cesar un sordo gemido, un murmullo, un clamor, y él sentía que sin duda caminaban ya así desde un tiempo inmemorial, cansados desde hacía mucho de la marcha forzada y de no saber hacia dónde. «¿Quién es este pueblo perdido?», se oyó a sí mismo preguntar. «¿Por qué se ha cerrado el cielo sobre él, precisamente sobre él? ¿Por qué no se le concede descanso, a él y solo a él?». Pero en su sueño no llegaba a intuir quiénes eran aquellos errantes, y sin embargo la compasión lo invadió fraternalmente; más terrible aún que un lamento sonoro lo oprimía aquel anhelo y aquel gemido en lo invis-

ble. Y sin darse cuenta murmuró: «No se puede caminar así eternamente, siempre en la oscuridad y sin conocer el camino. Ningún pueblo puede vivir así, sin patria y sin meta, errante y cercado por el peligro para siempre. Habría que encenderles una luz, mostrarles un camino, o si no desfallecerá y se marchitará este pueblo acosado y perdido. Alguien tendría que guiarlo y conducirlo de vuelta a casa, iluminarles a todos un camino. Habría que encontrar una luz, necesitan una luz».

Los ojos le ardían de dolor, tanta era la compasión que le inspiraba aquel pueblo perdido que avanzaba, quejándose quedamente y ya desalentado, por la noche que acechaba silenciosa. Pero cuando desesperado escudriñó la lejanía, le pareció que en el último confín de su mirada brillaba un leve resplandor, un tenue, tenuísimo rastro de luz, apenas una chispa o dos, titilando como un fuego fatuo en la oscuridad. «Hay que ir tras él», murmuró, «aunque sea un fuego fatuo. Quizá de lo pequeño se pueda encender lo grande. Hay que traerla hasta aquí, esa luz». Y en el sueño Benjamín olvidó que sus miembros eran viejos y quebradizos; como un muchacho, ágil y alado, con las plantas saltarinas, corrió a atrapar la luz. A través de la masa murmurante y sombría del pueblo se abrió paso con violencia, y esta se apartaba ante él, receloso y hosco. «Mirad, mirad la luz, allí, la luz», les gritaba para consolarlos. Pero ellos, cabizbajos y con el corazón gimiente, caminaban torpes y sordos, los oprimidos; no la veían, la luz lejana; quizá sus ojos ya estaban cegados por las lágrimas y sus corazones extenuados por la miseria hartó cotidiana. Él, en cambio, distinguía con claridad, y cada vez con más claridad, la luz: eran siete pequeñas chispas que flotaban juntas como hermanas, y ahora que corría y corría más cerca —ya le retumbaba el corazón—, reconoció que en algún lugar debía de haber un candelabro, de siete brazos, que alimentaba y sostenía aquellas pequeñas llamas. Pero también aquel candelabro —aún no lo veía— no permanecía quieto, también él erraba, como erraban aquellos en la oscuridad, misteriosamente acosado y empujado por un viento maligno, y por eso las llamas volanderas no brillaban quietas y rectas, por eso no alumbraban, sino que ondeaban inseguras y pequeñas. «Hay que asirlo, hay que llevarlo al reposo, a ese candelabro», pensaba el soñador mientras su propia figura de sueño corría y corría, «¡pues cómo resplandecería si tuviera reposo y asiento fijo! ¡Cómo florecería y prosperaría este pueblo, este pueblo probado, si tuviera patria y descanso!». Corrió tras él a ciegas, era como un vuelo, y cada vez más cerca llegaba del candelabro; ya veía el tronco dorado y los brazos que ascendían, y en los siete capi-

teles de oro las siete llamas, cada una abatida por el viento que empujaba con furia aquel candelabro, más y más lejos, sobre tierras y montañas y mares. «¡Quédate! ¡Detente!», gimió tras él. «¡El pueblo perece! Necesita el consuelo de la luz, y no puede errar así eternamente en la oscuridad». Pero el candelabro seguía alejándose flotando, más y más lejos, y sus llamas fugitivas parpadeaban astutas y malignas. Entonces se apoderó de él, el perseguidor, la ira; reunió un último esfuerzo, el corazón le golpeaba ahora como un martillo, y de un salto se lanzó tras el fugitivo, para asirlo con el puño. Ya sentía su fuerte mano el metal frío, ya lo asía, ya sostenía el pesado tronco —cuando un trueno lo derribó con violencia, y crujió dolorosamente el brazo que se astillaba. Y en su propio grito oyó mil veces repetido el clamor doliente del pueblo: «¡Perdido! ¡Perdido para siempre!».

Pero he aquí que la tormenta se apagó, y grande y recto el candelabro se elevó de pronto en el aire y se detuvo en su vuelo errante. Quedó suspendido en medio del espacio, tan quieto y recto como sobre un pedestal de bronce. Sus siete llamas, hasta entonces abatidas en la huida arrastrada por el viento, se desplegaron ahora doradas y comenzaron a brillar, a resplandecer. Brillaban cada vez con más fuerza, y poco a poco su fulgor dorado iluminó doradamente la hondura. Y cuando el caído alzó confuso la mirada hacia aquellos errantes que había dejado tras sí en la oscuridad, ya no había noche sobre la tierra sin caminos, ni tampoco un pueblo errante; fértil y apacible se extendía, ceñida al mar y sombreada por montañas, una tierra meridional; palmeras y cedros se mecían en una brisa tierna, florecía la vid y doraba el trigo, pacían las ovejas y con paso suave corría la gacela. En paz trabajaban los hombres en su tierra natal, sacaban el agua de los pozos y guiaban el arado, ordeñaban y rastrillaban y sembraban y orlaban sus casas de sarmientos y de matas de colores. Los niños iban y cantaban, de los rebaños llegaba la zampoña de los pastores, y de noche brillaban sobre las casas dormidas las estrellas de la paz. «¿Qué tierra es esta?», se preguntó asombrado el soñador desde su sueño. «¿Y es este pueblo aún el mismo que antes caminaba en la oscuridad? ¿Ha encontrado por fin la paz, está por fin en su hogar?». Pero entonces el candelabro se elevó de nuevo, más alto todavía: como un sol, su fulgor iluminaba ahora también los confines del cielo sobre la tierra en reposo. Las montañas descubrieron, resplandecientes, sus cimas, y sobre una de las colinas brillaba, blanca y de poderosas almenas, una ciudad erguida, y sobre las almenas se alzaba, ingente, una casa de piedra escuadrada. Al durmiente le palpitó el corazón. «Esto debe de ser Jerus-

cholájim, y el Templo», respiró con fuerza. Pero entonces el candelabro flotó aún más lejos, al encuentro de la ciudad y del Templo. Como agua que cede, las murallas lo dejaron pasar, y ahora que flotaba dentro, en lo sagrado, el recinto del Templo se encendió como una vasija de alabastro. «Ha regresado a su hogar», se estremeció el durmiente en su sueño. «Alguien ha hecho lo que yo siempre anhelé, alguien ha redimido al candelabro errante. He de verlo con mis propios ojos, yo, el testigo. Una vez, una vez más quiero contemplar la menorá en su reposo, en el lugar santo de Dios». Y he aquí que, como una nube, su deseo lo llevó hasta allí, se abrieron de golpe las puertas, y entró en el recinto santísimo para contemplar el candelabro. Pero la luz era de una fuerza indecible. Como fuego blanco ardían juntas las siete llamas del candelabro, y tan dolorosamente le quemó en los ojos aquel resplandor devorador que gritó en su sueño. Despertó.

Benjamín había despertado de su sueño. Pero aún le ardía dolorosamente en los ojos aquel fuego, y hubo de cerrar bruscamente los párpados contra el ardiente embate de la luz, y aun así seguía ondulando bajo ellos la sangre, purpúrea y centelleante. Solo cuando alzó la mano para hacerse sombra reconoció que era el sol lo que tan dolorosamente le abrasaba el rostro, y que había quedado dormido en el mismo lugar donde había creído morir, desde el fin de la noche hasta la madrugada; solo entonces, a través del ramaje del árbol, le había alcanzado y despertado la luz que ascendía. Confuso tanteó Benjamín, incorporándose trabajosamente por el tronco, con la mirada hacia la hondura: he aquí que allí estaba el mar, infinito en su ancho azur, tal como lo había visto por vez primera, siendo niño, y, reluciente en mármol y piedra, Bizancio. Con color y fulgor de una mañana meridional resplandecía el mundo sobre él — ¡no, Dios no había querido que muriese! Temeroso se inclinó el anciano y bajó la frente en oración.

Cuando Benjamín hubo terminado su oración a Aquel que da la vida y la mide según su voluntad y designio, sintió que algo lo tocaba suavemente por la espalda. Era Zacarías, que estaba de pie tras él y que, Benjamín lo presintió al instante, llevaba ya largo rato velando su sueño. Y antes de que el anciano venciera su asombro — pues, ¿cómo había sabido aquel su camino, y cómo había encontrado el lugar de su descanso? —, Zacarías susurró:

— Desde primera hora de la mañana te he buscado. Y cuando me dijeron en Pera que habías subido de noche por la colina, no descansé hasta encon-

trarte. Los demás se afligían mucho por ti. Yo, en cambio, no me afligía. Porque sé que Dios aún te quiere. Pero ven ahora conmigo, baja a mi casa. Tengo un mensaje para ti.

«¿Qué mensaje?», quiso preguntar Benjamín. Y «ya no quiero ningún mensaje», quiso decir con obstinación, «demasiadas veces me ha puesto Dios a prueba». Pero aún ondeaba en él el consuelo del sueño, y en la luz que en aquella tierra de paz resplandecía tan dichosa creyó ver un suave reflejo en la mirada sonriente del amigo. Así que no se resistió, y descendieron; cruzaron en barca y llegaron al recinto amurallado del palacio. Severos estaban los guardias en las puertas del recinto imperial, pero —Benjamín se asombró una vez más— dejaron pasar de buen grado a Zacarías. «Mi taller linda», explicó este, «con la cámara del tesoro, donde trabajo en secreto y a salvo de todo peligro para el emperador. Entra, y bendita sea tu llegada. No temas a los demás: estamos y seguiremos estando solos».

Los dos hombres avanzaron arrastrando los pies en silencio por el taller, que relucía en una penumbra incierta con objetos labrados con arte; en un lugar oculto el orfebre abrió una pequeña puerta que, tras unos pocos escalones, descendía a una estancia situada más atrás, donde tenía su morada y el lugar de su propio trabajo. Cerradas y enrejadas estaban las ventanas, las paredes se perdían en una oscuridad total, y solo sobre la mesa proyectaba la lámpara de trabajo, resguardada, un pequeño círculo dorado de luz contenida.

«Siéntate, querido amigo», dijo Zacarías a su huésped, «debes de estar hambriento y cansado». Retiró el trabajo de la mesa, trajo pan y vino, y algunas hermosas escudillas de plata labrada en las que puso frutas, dátiles, nueces y almendras. Luego alzó un poco la pantalla de la lámpara. El círculo de luz se ensanchó, se derramó por toda la mesa e iluminó las manos envejecidas y huesudas de Benjamín, que reposaban entrelazadas como exhaustas. «Come, querido», lo animó Zacarías; suave y familiar le pareció a Benjamín, el amargamente probado, aquella voz extraña, que le llegaba como un viento dulce desde una tierra lejana. Con gusto tomó las frutas, partió despacio el pan, bebió a pequeños y silenciosos sorbos el vino que resplandecía purpúreo bajo la luz. Le era grato poder esperar en silencio y recogerse. Le era grato que justo por encima del círculo iluminado comenzara la oscuridad. Le era grato aquel hombre extraño, y le resultaba familiar como desde la niñez. A veces intentaba mirar, tímido y receloso, a aquel que

sentía frente a sí en la oscuridad, con el suave ademán de una tierna inquietud.

Pero como si hubiese percibido este anhelo de cercanía confiada, Zacarías retiró entonces por completo la pantalla de la lámpara. La luz, hasta entonces contenida sobre la mesa, se esparció clara por toda la estancia. Por primera vez vio Benjamín de cerca al amigo que hasta entonces solo había entrevisto de pasada: el rostro delicado, enfermizo, fatigado, en el que innumerables arrugas parecían grabadas como con finos punzones; rostro de un sufrimiento callado y de una paciencia que obraba en silencio. Y cuando este alzó los párpados caídos y sus ojos, abiertos, lo miraron, comenzó en sus pupilas un cálido destello y resplandor: Zacarías le sonreía.

Esta sonrisa infundió valor al anciano:

—Cuán distinto eres tú conmigo de los demás. Todos se han vuelto contra mí porque no obré el milagro, y eso que yo mismo les había suplicado que no esperasen ningún milagro. Solo tú, que me abriste el camino hasta el soberano, solo tú no te enfadas conmigo. Y sin embargo, tienen razón cuando ahora se burlan de mí. ¿Por qué desperté esperanzas, por qué he venido? ¿Para qué sigo con vida, sino para ver cómo el candelabro vuelve a alejarse y nos rehúye?

Pero Zacarías seguía sonriéndole, y de aquella sonrisa suave y firme llegaba consuelo:

—No te rebeles. Quizá fuera aún demasiado pronto, y nuestro camino no el acertado. Pues ¿de qué nos serviría el candelabro mientras el Templo yace en ruinas y el pueblo anda errante por tierras extrañas? Quizá quiera Dios que el destino del candelabro siga siendo un secreto y no se revele todavía al pueblo.

Benjamín sintió el consuelo. Las palabras le caldeaban el corazón. Inclino la cabeza y habló como para sí:

—Perdona mi pusilanimidad. Pero mi vida se ha vuelto estrecha, y ya está demasiado cerca de la muerte. He soportado ochenta y ocho años; el corazón ya no quiere esperar más. Desde que, siendo niño, quise salvar el candelabro, no he vivido más que para una sola cosa: su retorno y su redención, y año tras año he aguardado fielmente, con paciencia. Ahora me he hecho anciano; ¿cómo podría seguir esperando, seguir aguardando?

—No tienes que esperar más. ¡Pronto se cumplirá todo!

Benjamín alzó la mirada, atónito. El corazón le latió con violenta esperanza.

Zacarías le sonrió con mayor intensidad:

—¿No sientes que he venido a traerte un mensaje?

—¿Qué mensaje?

—El mensaje que esperas.

Benjamín se estremeció hasta las manos. De pronto temblaron como hojas mecidas por el viento, aquellas manos que un instante antes reposaban fatigadas sobre la mesa.

—Quieres decir... ¿quieres decir que aún podría, una segunda vez, pedirselo al emperador...?

—No, eso no. Lo que él ha dicho una vez, jamás lo retira. No devolverá la menorá.

—¿Para qué entonces mi permanencia, mi vida? ¿Para qué he de quedarme aquí esperando y lamentándome, siendo una carga para todos los demás, mientras el signo sagrado se aleja y se pierde para siempre?

Pero Zacarías seguía sonriendo, y la sonrisa le iluminaba cada vez más los ojos y la boca:

—El candelabro todavía no se ha alejado de nosotros.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Cómo puedes decirlo?

—Lo sé. ¡Confía en mí!

—¿Lo has visto?

—Lo he visto. Hace apenas dos horas seguía guardado en la cámara del tesoro.

—¿Pero ahora? ¿Se lo han llevado ya?

—¡Todavía no! ¡Todavía no!

—¿Pues ahora? ¿Dónde está?

Zacarías no respondió enseguida. Dos veces le tembló ya el labio entreabierto, pero la palabra no llegó a brotar. Al fin se inclinó más cerca sobre la mesa y musitó, como se susurra un secreto: —¡Aquí! ¡Conmigo! ¡Con nosotros dos!

Benjamín se sobresaltó, como si alguien lo hubiese golpeado en el corazón:

—¿Contigo?

—Conmigo, aquí, en esta casa.

—¿Contigo, aquí, en esta casa?

—En esta casa. En esta estancia. Por eso te he buscado.

Benjamín temblaba. Había algo en la calma de aquel hombre que lo aturdí. Sin darse cuenta, sus manos se habían juntado, y apenas audible, susurró:

—¿Contigo? ¿Cómo puede ser eso?

—Por extraño que te parezca, no hay en ello ningún milagro. Desde hace treinta años trabajo como orfebre aquí, en el palacio, y no hay pieza que guarde el tesoro que no me hayan enviado antes a mi taller, para que la pese y la examine. También esta vez, lo sé, me será entregado todo cuanto Belisario ha arrebatado como botín a los vándalos, para que lo tase según su valor y su peso, y lo primero que pedí fue el candelabro. Ayer me lo trajeron los sirvientes del tesorero: se me ha concedido siete días para conservarlo.

—¿Y luego?

—Luego el barco lo llevará al otro lado.

Benjamín volvió a palidecer. ¿Para qué entonces llamarlo? ¿Para que fuese testigo, una vez más, de cómo el candelabro, el sagrado, había estado cerca y una y otra vez le era arrebatado?

Pero Zacarías le sonrió con gesto elocuente:

—Pero también se me ha concedido esto: que de todo lo precioso de la cámara imperial haga copias. A menudo, cuando en el tesoro solo hay una pieza de una obra, me piden que forje una segunda de la misma clase, porque confían en mi mano. Según la corona de Constantino forjé la de Justi-

niano, y para Teodora la diadema, igual a la que un día llevó Cleopatra. Así que he pedido permiso para reproducir una réplica del candelabro antes de que sea enviado a la nueva iglesia allende el mar, y hoy mismo comienzo la obra. Ya están calentados los crisoles, ya tengo el oro preparado; en siete días estará hecho un nuevo candelabro, tan enteramente igual al nuestro que nadie podrá distinguir el uno del otro, pues será igual a aquel en todo: en el peso, también en la forma y el ornato, e igual el grano del oro. Solo que uno será sagrado y el otro obra terrena. Pero cuál de los dos es el sagrado y cuál el otro, cuál guardamos nosotros mismos con piedad y cuál entregamos a aquellos para el camino hacia tierras extrañas, eso deberá ser, de ahora en adelante, secreto de solo dos hombres: el mío, el tuyo.

Benjamín ya no sentía el temblor en los labios. La oleada de sangre le recorrió de pronto, suave y cálida, todo el cuerpo, el pecho se le hinchó, los ojos se le iluminaron, y como un reflejo comenzó a asomar en su rostro viejo y arrugado la sonrisa del otro. Comprendió. Lo que él mismo había intentado en vano, lo llevaba ahora a cabo este otro. Le arrebatava el candelabro a los demás, restituyendo lo igual por lo igual en oro y en peso, y salvando solo lo sagrado. Pero no envidiaba a Zacarías la hazaña que hasta entonces había sido el sentido de su propia vida. Solo dijo, con humildad:

—Alabado sea Dios. Ahora muero de buen grado. Tú has encontrado el camino que yo busqué en vano. A mí, Dios solo me llamó. A ti, te ha bendecido.

Pero Zacarías lo rechazó:

—No. Si alguien lo hace, eres tú, y solo tú, quien devolverá el candelabro a la patria.

—Yo no. Soy un anciano. Puedo morir en el camino, y una vez más caerá en manos extrañas.

Pero Zacarías sonrió con firmeza y determinación:

—No morirás. Tú mismo lo sabes ya: tu vida no se extinguirá antes de que se cumpla su sentido.

Benjamín recordó: el día anterior había querido morir, y Dios le había negado ese deseo. Quizá le había sido dado, en verdad, un encargo aún por cumplir. Así que ya no se resistió más y dijo solamente:

—No tengo voluntad contraria a la suya. Si Dios en verdad me elige, ¿cómo habría de resistirme? Ve y comienza.

Siete días permaneció cerrado a todo acceso el taller de Zacarías, el orfebre. Siete días su pie no pisó la calleja, y a ningún llamado se abrió la casa. Ante él se alzaba, sobre un estrado elevado, el candelabro eterno, quieto y grande, tal como antaño se había alzado ante el altar del Señor; en el horno, entretanto, temblaba con lenguas silenciosas el fuego y fundía el oro deshecho de anillos, broches y monedas. Benjamín no pronunció palabra en aquellos siete días. Contemplaba cómo la masa hirviente ondeaba, ígnea, en el crisol, y cómo, vertida, fluía dócilmente hacia los moldes preparados y se enfriaba al endurecerse. Cuando Zacarías, con cautelosos golpes de espátula, quebró luego el molde, la forma del nuevo candelabro ya se dejaba reconocer aproximadamente. Fuerte y recto crecía desde el apoyo de la base el tronco, del cual brotaban, curvados en redondo, los siete brazos como tallos del tronco; se formaban en ellos, claramente, cálices destinados a sostener las luces, y en las superficies aún lisas la mano del orfebre, infatigable en su martillar y limar, dibujaba cada vez con más nitidez los mismos delicados ornamentos de flores y capullos con que se adornaba el candelabro sagrado. De un día a otro se iba pareciendo más el candelabro apenas naciente al milenario, la nueva forma al sagrado modelo original. Y en el último, en el séptimo día, los dos se hallaban frente a frente como hermanos gemelos, imposibles de distinguir el uno del otro por su perfecta igualdad en tamaño y color, medida y peso. Pero una y otra vez, sin descanso, comparaba Zacarías los dos con su mirada experta, una y otra vez seguía cincelandos y modelando con el buril más fino y la lima más aguda su obra más amada. Por fin bajó la mano, desistiendo. Ya no se podía descubrir diferencia alguna, y eran los dos tan fielmente semejantes el uno al otro que, para no engañarse a sí mismo, Zacarías tomó ahora por última vez el buril y grabó, diminuto, en el estampado sombreado del interior de una flor, una señal, para que aquel, el nuevo candelabro, fuera reconocible como obra suya propia y no como el del pueblo y del Templo.

Concluido esto, dio un paso atrás, se quitó el delantal de cuero y se lavó las manos. Tras siete días de trabajo, habló a Benjamín de nuevo por primera vez:

—Mi tarea está cumplida. Ahora empieza la tuya. Toma nuestro candelabro y haz con él según tu parecer.

Pero, para su asombro, Benjamín se opuso: —Siete días has trabajado tú, y siete días he pensado yo y he interrogado a mi corazón. Un temor se ha apoderado de mí, el de que nuestro proceder no sea un engaño. Pues tú has tomado uno, y a aquellos que confiaron de buen grado en ti les devuelves otro. No, no puede ser que enviemos a casa el falso y nos quedemos con el verdadero, que obtengamos por medios torcidos lo que no nos fue dado por derecho. Dios no ama la violencia, y cuando yo, siendo niño, quise asir con el puño lo sagrado, me quebró el brazo en el cuerpo. Pero sé que no menos desprecia Dios el engaño, y a quien engaña y a quien defrauda, le hiere el alma.

Zacarías reflexionó:

—Pero ¿y si el propio tesorero elige el falso de los dos?

Benjamín alzó la mirada:

—El tesorero sabe que uno es el antiguo y otro el nuevo, y si pregunta por el auténtico y el verdadero, hemos de darle el verdadero. Pero si Dios dispone que él ya no pregunte más y que uno le sea como el otro, por ser iguales en oro y en peso, entonces, pienso yo, no habríamos cometido injusticia. Si él mismo decide y elige el tuyo, se nos habrá dado una señal. Pero que la decisión no sea nuestra.

Así envió Zacarías al criado a la morada del tesorero, y el tesorero vino, un hombre rollizo y jovial, de pequeños ojos redondos que asomaban agudos y avezados tras las mejillas rojizas. Con ojo experto palpó de inmediato, ya en la antesala, dos escudillas de plata repujada recién terminadas, las golpeó con cuidado con el dedo y examinó el delicado dibujo. Curioso, fue levantando una tras otra las piedras talladas de la mesa de trabajo y las alzó hacia la luz; con tanto gusto y embeleso examinó pieza por pieza, tanto las obras acabadas como las que aún estaban naciendo del orfebre, que Zacarías tuvo que llamarle la atención para que por fin contemplara los candelabros, que se alzaban, quietos y dorados, uno junto al otro sobre la mesa de exposición, el milenario y el recién creado, el modelo original y su copia.

Con atención se plantó el tesorero ante el par de candelabros. Se veía que le excitaba su afición de conocedor descubrir, en algún defecto minúsculo o en una desigualdad oculta, cuál era el recién forjado y cuál el arrebatado como botín. Con cuidado los volvió y giró, uno tras otro, por todos los la-

dos, de modo que la luz cayera siempre desde superficies distintas. Sopesó su peso, rascó levemente el oro; retrocediendo y volviendo a acercarse, comparó y comparó, con creciente tensión, su intachable perfección. Por fin se inclinó, armado el ojo con un cristal tallado de los que aumentan, muy cerca sobre las finas incisiones y estrías. Pero no logró hallar diferencia alguna. Cansado, desistió de la comparación infructuosa y dio unas palmadas en el hombro a Zacarías:

—Un maestro eres, Zacarías, y tú mismo un tesoro para nuestra tesorería. Por toda la eternidad ya nadie podrá distinguir cuál es el más antiguo y cuál el nuevo, tan segura obra tu mano. ¡Excelente, querido amigo!

Y ya se volvía, indolente, para contemplar de nuevo las piedras talladas y elegir una para sí mismo. De modo que Zacarías tuvo que advertirle.

—Entonces, ¿cuál de los candelabros deseas? Indiferente y ya medio vuelto, respondió el tesorero:

—¡El que tú prefieras! A mí me da igual.

Entonces Benjamín salió de la sombra, donde, tímido y agitado, se había ocultado:

—Señor, te suplicamos: elige tú mismo uno de los dos como tuyo.

Asombrado, el tesorero miró al extraño anciano. ¿Qué quería aquel hombre singular, y por qué lo miraba tan suplicante, con miradas trémulas y ardientes? Pero, de natural bondadoso como era, y demasiado cortés para negarle un deseo a un anciano, se volvió una vez más. De buen humor y en son de broma, tomó una pequeña moneda y la lanzó al aire. Cayó y rodó girando por el suelo, giró tres veces sobre sí misma; luego quedó por fin quieta a su izquierda. Sonriente, el tesorero señaló el candelabro que se hallaba igualmente a la izquierda: —¡Este, pues! Después se marchó, y los criados llamados llevaron el elegido a la cámara del tesoro. Agradecido y cortés, el orfebre acompañó a su protector hasta el umbral de la sala.

Benjamín se había quedado atrás. Con mano temblorosa tocó el candelabro. Era el auténtico, el sagrado, y aquel había elegido el otro para el emperador.

Cuando Zacarías regresó, vio a Benjamín aún inmóvil ante el candelabro, mirándolo con tal ardor que parecía absorberlo por entero en sí con aquella

mirada. Cuando por fin el anciano se volvió hacia él, el reflejo dorado parecía brillar todavía en sus pupilas: aquella quietud serena había descendido sobre el probado, tal como siempre la regala al corazón una resolución clara. Solo pidió, en voz baja:

—Que Dios te lo pague, hermano mío. Y ahora procúrame una cosa más: un ataúd.

—¿Un ataúd?

—No te asombres. También esto lo he pensado y meditado en estos siete días y siete noches: cómo llevar el candelabro a la paz. Al principio pensé como tú: que si salvamos la menorá, debe pertenecer al pueblo, y este ha de guardarla como prenda santísima. Pero ¿dónde está nuestro pueblo, y dónde su morada? Perseguidos somos todavía en todas partes, y tan solo tolerados; en ningún lugar tenemos asegurado un sitio donde custodiar dignamente el candelabro. Donde tenemos una casa, nos expulsan; donde construimos un templo, nos lo destruyen; mientras la violencia siga imperando sobre los pueblos, lo sagrado no tendrá paz en ningún lugar de la tierra. Solo bajo la tierra hay paz. Allí descansan los muertos, con el pie horizontal ya en reposo, de su andar errante; allí no brilla el oro para ningún ladrón ni excita su codicia. Que descansen allí en paz, el que ha regresado a su hogar, tras mil años de andar errante.

—¿Para siempre —se asombró Zacarías— quieres enterrar el candelabro?

—¿A quién le fue dado alguna vez concebir siquiera la eternidad? ¿Cómo podría yo poner plazo a una cosa, si no conozco el mío propio? Al reposo quiero llevar el candelabro, pero cuánto dure ese reposo, ¿quién lo sabe, sino Dios? El acto puedo realizarlo yo, pero lo que de él brote, ¿cómo he de medirlo, cómo calcular el tiempo y la eternidad? Que Dios decida, solo él, y solo él, el destino del candelabro. Lo entierro, no sé de otro modo custodiarlo verdaderamente, mas ¿por cuánto tiempo? ¡Quién puede decirlo! Quizá Dios lo deje eternamente en la oscuridad, y sin consuelo habrá de andar errante nuestro pueblo, disperso y desperdigado sobre la faz de la tierra. Pero quizá —y mi corazón está lleno de esta confianza— quizá su voluntad quiera que nuestro pueblo regrese a la patria. Entonces él sabrá —¡confía tan solo!— elegir a alguien que por azar empuñe la pala y halle la tumba del enterrado, tal como Dios me encontró a mí, para que yo diera reposo al que

no lo tenía. No te preocupes por la decisión, déjasela a él y al tiempo. Que se tenga por perdido el candelabro, y nosotros, que somos el secreto de Dios, ¡no estamos perdidos! Pues no perece el oro en el seno de la tierra como el cuerpo terrenal, ni nuestro pueblo en la oscuridad del tiempo. Perdurará el uno, perdurará el otro, el pueblo y el candelabro. Creamos, pues, que resucitará el que enterramos, y que un día volverá a brillar para el pueblo, para el que haya regresado a su hogar. Pues solo si no cejamos de creer, resistimos al mundo.

Ambos apartaron la mirada el uno del otro, ambos hacia la lejanía.

Luego repitió Benjamín una vez más:

—Y ahora procúrame el ataúd.

El carpintero trajo el ataúd. Era un ataúd de tipo corriente, y así lo había pedido Benjamín, para que, al llevarlo consigo a la tierra de los padres, no despertara una curiosidad especial. Pues a menudo los piadosos llevaban ataúdes consigo en la peregrinación, para dar sepultura a padres y parientes en la tierra santa; sin peligro podía guardarse el candelabro en un ataúd así, de madera de abeto, pues de todas las cosas del mundo, solo lo que ha muerto escapa a la codicia de los hombres.

Con devoción, los dos depositaron la menorá en el féretro. Con sus paños y sus pesados brocados, como se envuelve la Torá, la propia hija de Dios, ciñeron con cuidado sus brazos dorados, y llenaron el vacío del espacio con estopa y lana blanda, para que al transportarlo el metal no golpeará tintineando contra la madera y delatara el secreto. Con mano suave y temblorosa depositaron así la menorá en el ataúd, la cuna de los muertos, y ambos sabían, y se estremecían al saberlo: quizá, si Dios no torcía con clemencia el destino del pueblo, serían ellos dos, por toda la eternidad, los últimos que con sus manos hubieran tocado y con ojos reverentes hubieran contemplado el candelabro de Moisés, el sagrado candelabro del Templo. Pero antes de cerrar el ataúd, trajeron todavía un pergamino resistente y escribieron en él, dando testimonio de que ellos dos, Benjamín Marnefes, llamado el amargamente probado, del linaje de Abtalión, y Zacarías, de la sangre de Hillel, en el octavo año del reinado de Justiniano, en Bizancio, habían depositado con sus propias manos la santa menorá en aquel ataúd, para que, si alguien desenterraba algún día en la Tierra Santa aquel candelabro, quedara atestiguado que era el verdadero, el del pueblo. Enrollaron el pergamino y lo en-

volvieron en un estuche de plomo, y ese estuche, a su vez, lo soldó Zacarías, el orfebre, con la mayor precisión, para que jamás la humedad ni el moho destruyeran el escrito; con una cadena de oro lo sujetó al tronco del candelabro, de modo que junto con la pieza se hallara también el testimonio. Hecho esto, cerraron el ataúd con clavos y broches. Pero ya no se pronunció ni una palabra más entre los dos, hasta que los criados llevaron el ataúd hasta Benjamín, hasta el barco que zarpaba hacia Jope. Solo allí —ya crepitaba al viento la vela izada— se despidió Zacarías y besó al amigo:

—Dios te bendiga y te guarde. Que Él guíe tu camino y bendiga tu obra. Los últimos, los únicos que hasta esta hora conocíamos el camino del candelabro fuimos nosotros dos. A partir de ahora, solo tú lo conoces.

Benjamín se inclinó piadosamente:

—A mi propio saber también le queda ya solo un breve plazo. Después, solo Dios sabrá dónde reposa su menorá.

Como siempre que un barco atracaba en Jope, se congregó en la playa una gran muchedumbre de curiosos para contemplar de cerca a los que desembarcaban y darles la bienvenida. Entre ellos había también algunos judíos, y apenas reconocieron que aquel anciano de barba blanca era uno de los suyos, y en cuanto vieron que tras él los marineros llevaban un ataúd, se juntaron todos y siguieron el ataúd en cortejo solemne, en silencioso acuerdo. Pues la fe judía tiene por obra piadosa y grata a Dios acompañar a todo muerto un trecho de su último camino, y ser también, en el entierro de un forastero y desconocido, ayudantes devotos. Ningún judío de Jope, en cuanto oía la noticia del ataúd que uno de los suyos había traído por el mar, se sustraía a ese deber sagrado. De todas las callejas y casas acudían en silencio, dejando faenas y trabajo, y con un séquito cada vez más numeroso fue llevado el ataúd hasta la posada donde Benjamín buscaba alojamiento para pasar la noche. Solo allí, después de que el ataúd fuera colocado junto a su lecho —pues así lo exigía, extrañamente, el anciano—, rompieron el silencio. Saludaron al compañero de su fe con el saludo de la bendición y le preguntaron de dónde venía y adónde lo llevaba su camino. Benjamín respondió con parquedad. Temía mucho que ya hubiese llegado hasta ellos alguna noticia de Bizancio y que alguien lo reconociera. Y no quería encender de nuevo una expectación impetuosa entre los hermanos. Pero también quería evitar la falsedad a la sombra del candelabro: así que les rogó que le permi-

tieran guardar silencio. Se le había encomendado el encargo de dar sepultura a aquel ataúd, y no le estaba permitido decir nada más. Esquivó con cuidado la curiosidad que seguía preguntando, inquiriendo él mismo dónde había allí lugares sagrados para depositar el ataúd en tierra. Entonces sonrieron los judíos de Jope con callado orgullo: sagrado era en aquella tierra cualquier lugar, y en todas partes la tierra misma era ya tierra consagrada. Pero luego le nombraron y señalaron todos los lugares donde, en sus cuevas o en campo llano, marcados solo por piedras amontonadas y sin labrar, reposaban en sus tumbas los antepasados primigenios y los patriarcas, las madres de la estirpe, los héroes y los reyes del pueblo, y ensalzaron la fuerza obradora de aquellos lugares sagrados. Ningún piadoso dejaba de visitarlos, para recibir de ellos consuelo. Serviciales —pues de aquel anciano venerable emanaba algo que imponía reverencia, y sus almas presentían un misterio—, se ofrecieron a conducirlo hasta allí y, si él lo permitía, a dar descanso junto con él, en oración, al muerto desconocido. Pero Benjamín, por causa del secreto, rechazó su buena disposición y los despidió con muchas gracias. Solo pidió al posadero que, a cambio de buena paga, le proporcionara por la mañana un criado que conociera los caminos y fuera lo bastante fuerte para cavar una tumba en el lugar señalado, así como una mula para transportar el ataúd. El posadero se lo prometió: al amanecer su propio criado estaría listo y lo acompañaría adonde deseara.

Aquella noche en la posada de Jope fue la última del doloroso interrogarse y de la sagrada angustia en la vida de Benjamín, el probado. Una vez más lo abandonó la certeza del alma, una vez más pesó sobre él, dolorosa y grave, la decisión. Una vez más se preguntaba y se preguntaba si de verdad tenía razón al callar al pueblo el regreso y la salvación del candelabro, y al ocultar a sus hermanos qué santuario enterraba en aquella tumba extraña. Pues si ya de los huesos muertos, de las tumbas de los antepasados primigenios y los patriarcas, emanaba tan poderoso consuelo para los afligidos, ¡cuánto más dichoso no habría de ser este pueblo perseguido, pisoteado y disperso a todos los vientos, si se le dejara siquiera el más leve presentimiento de que el candelabro eterno, ese signo visible por excelencia de su unidad, no estaba perdido, sino salvado y a buen recaudo, esperando en tierra patria el día del regreso definitivo! «¿Cómo puedo negarles la esperanza —gimió el desvelado—, cómo guardar yo solo el secreto, cómo llevarme a la tumba lo que a miles ha dado esperanza y alegría? Sé cuánto ansían el consuelo: ¡terrible destino el de un pueblo que solo puede esperar siempre

el algún día y el quizá, que solo puede confiar en silencio en la Escritura y jamás asir una señal! Y sin embargo, solo si callo quedará el candelabro preservado para el pueblo. ¡Señor, socorre mi angustia! ¿Obro bien, obro mal con ellos, con mis hermanos? ¿Debo hacer volver del sepulcro al criado que aquel me prometió, con la noticia consoladora de que aquí reposa una prenda sagrada? ¿O debo permanecer callado, de modo que nadie conozca el lugar de la tumba sino tú? ¡Señor, decide tú por mí! ¡Ya una vez me diste una señal! Dame ahora una segunda: Señor, quítame a mí la decisión!».

Pero la noche permaneció muda, y hostil el sueño rehuyó al probado. Con los ojos ardientes yació despierto hasta que despuntó el día, preguntando y preguntando, y con cada pregunta más enredado en la red asfixiante de la angustia y la congoja. Y ya se aclaraba el oriente, y aún no se había aclarado el alma del anciano; entonces entró en la alcoba, con mirada apesadumbrada, el posadero:

—Perdona, pero no puedo enviar contigo al criado conocedor de los caminos, como te prometí ayer. De pronto ha caído enfermo esta noche. Le brotó espuma temblorosa de la boca, y ahora yace con fiebre delirante. Solo puedo darte al otro de los criados. Cierto es que la tierra le es extraña, y además es mudo; desde su nacimiento Dios le cerró la boca. Pero si quieres conformarte con él, te envío de buen grado al mudo.

Benjamín no miró al posadero. Solo miró, agradecido, hacia lo alto. Había recibido respuesta. Un mudo le era enviado como señal del silencio. Uno que no conocía la tierra, para que el lugar permaneciera eternamente secreto. Ya no vacilaba más su alma, y respondió agradecido:

—Envía al mudo. Y no te preocupes. Yo mismo conozco mi camino.

De la mañana a la noche caminó Benjamín con su mudo compañero por la tierra desierta. Tras ellos trotaba, con el ataúd atado de través sobre el lomo, callada y paciente, la mula. A veces pasaban junto a chozas pobres y polvorientas junto al camino, pero Benjamín no se detuvo a descansar en ninguna. Y cuando se cruzaban con caminantes, los saludaba solo con el saludo de la paz y evitaba toda conversación: le urgía ya llevar a término la obra encomendada y dar sepultura al candelabro. Aún no sabía el lugar ni el sitio, y un recelo, oscuro y misterioso, le prohibía elegir por sí mismo. «Dos veces me ha sido dada —pensó piadosamente— una señal. Aguardaré la tercera». Así caminaron juntos por la tierra que poco a poco oscurecía, y so-

bre las colinas se alzó la noche con alas negras. El cielo quedó cubierto de nubes pesadas, que iban y venían inquietas y ocultaban la luna, la cual —se percibía por un tenue resplandor sobre las cumbres— estaba ya hacía tiempo en lo más alto de su cénit. Podía faltar una hora aún, o dos, hasta el próximo lugar que ofreciera alojamiento nocturno. Pero Benjamín avanzaba con buen vigor, y junto a él, como sombra silenciosa, el mudo, con la pala al hombro, y tras ambos, con trote parejo y paciente, la mula.

De pronto se detuvo y se paró en seco. El criado agarró la mula por las riendas para tirar de ella y hacerla seguir. Pero, terca, plantando las patas delanteras contra el suelo, la bestia lo rechazó de un empujón y mordió con saña. No quería seguir adelante. Iracundo, el mudo se arrancó la pala del hombro para golpear con el mango de madera el flanco del animal terco, cuando Benjamín le sujetó el brazo. Que esperara, le ordenó, y dejara al animal en paz. Quizá aquel detenerse fuera un aviso y la señal.

Benjamín miró en torno suyo. La tierra oscura se extendía, ondulada y desierta; no había cerca ni casa ni choza. Debían de haberse desviado del camino hacia Jeruscholájim, y Benjamín reflexionó: sí, este era un lugar propicio; aquí podía hacerse la obra sin que nadie escuchara. Probó la tierra con el bastón: era grasa y firme, y sin piedras. Rápido sería cavar aquí una tumba, y las colinas de alrededor ofrecían protección contra la arena errante, que de otro modo borraba fácilmente las huellas. Ahora solo faltaba encontrar el sitio señalado. Incierto, miró largo rato a la derecha y a la izquierda, en la elección última. Pero entonces advirtió, a la derecha, a unos tres o cuatro tiros de piedra del camino, en el terreno vacío, un árbol que daba sombra, extrañamente parecido en porte y forma a aquel otro de la colina de Pera, bajo el cual había descansado y donde le había llegado el mensaje para poner a salvo el candelabro. Se acordó de su sueño, y el corazón se le hizo seguro. Al instante ordenó al mudo que desatara el ataúd del lomo de la bestia de carga, y he aquí que apenas hecho esto, la mula soltó ya sus miembros agarrotados, se apretó contra él, y sintió el cálido aliento de sus narices en la mano. Era el sitio correcto; cada vez lo sabía con mayor certeza, y se lo indicó al criado, que se puso a la obra con diligencia. La pala sonaba argentina; obediente y con brío, el mudo cavaba la tierra muda. Pronto se alcanzó la profundidad debida. Ahora quedaba solo lo último: descender el candelabro en ella. Lentamente levantó con sus brazos anchos el criado, ignorante de todo, la carga; con cuidado se deslizó el ataúd hacia abajo y que-

dó al fin tendido para el sueño eterno, guardando el precioso núcleo de oro en su vaina de madera, al que pronto habría de cubrir la envoltura de la tierra, viva, respirante, verde y germinante para siempre. Lleno de reverencia se inclinó Benjamín: «Yo soy el testigo, el último», pensó, y se estremeció de nuevo bajo el peso abrumador del pensamiento, «nadie sobre la tierra sino yo conoce ya el secreto de nuestro candelabro. Nadie sino yo sabe de su tumba y presiente el lugar oculto». Pero en ese instante se descubrió de pronto la luna velada. Las nubes que desde el atardecer habían contenido su luz se apartaron un poco a un lado; la claridad se precipitó como un rayo poderoso, y fue como si desde el centro del cielo, entre párpados oscuros, mirase hacia abajo un enorme ojo blanco. No era como un ojo terrenal, sombreado y con pestañas, blando y perecedero, sino un ojo redondo y duro como de hielo, eterno e indestructible. Hasta el fondo de la tumba abierta miró fijo y resplandeció, y se hicieron visibles las cuatro aristas cortadas de la cavidad, y la lisa madera de abeto del ataúd brilló en la luz blanca y torrencial como metal bruñido. Fue solo un único instante, una única mirada desde una distancia inconmensurable; luego las nubes volvieron a envolver a la luna errante. Pero Benjamín supo: un ojo distinto del suyo había contemplado el lugar del candelabro.

A su señal, el criado echó ahora los terrones de tierra sobre la tumba, y en cuanto el trabajo hubo terminado y la tierra volvió a quedar llana sobre el sepulcro cerrado, Benjamín ordenó al criado que regresara a casa y se llevara consigo a la mula, ya libre de carga. El mudo hizo con las manos gestos desesperados. Quería dar a entender que el anciano no debía quedarse solo allí, en lo extraño y en la oscuridad; que amenazaba el peligro de los ladrones y de las fieras. Al menos hasta la próxima posada quería acompañar al bondadoso señor. Pero resuelto e impaciente, el anciano ordenó al mudo que cumpliera exactamente su mandato, y, reprendiéndolo, hizo marcharse de allí al que vacilaba. No podía esperar a que hombre y bestia desaparecieran por fin tras el recodo del camino y él quedara solo bajo el cielo, desmesuradamente vacío, y en medio de lo inasible de la noche inmensa. Una vez más se acercó a la tumba y, con la cabeza inclinada, pronunció la oración de los muertos: «Grande es el nombre y santo es el nombre del Eterno en este mundo y en los otros mundos, y también en los días de la resurrección». Bien es verdad que deseaba mucho, según piadosa costumbre, poner una piedra o alguna otra señal sobre la tierra removida. Pero se contuvo por causa del secreto, y sin volverse otra vez, siguió caminando hacia el vacío; no

se preguntó adónde. No tenía meta, desde que había dado descanso al candelabro. Todo temor se había desprendido de él, y su alma ya no sentía angustia. Había hecho lo que le estaba ordenado hacer. Ahora quedaba en manos de Dios que el candelabro permaneciera oculto hasta el fin de los días y el pueblo siguiera disperso sobre la tierra, o que Él quisiera al fin llevar de vuelta a su patria al pueblo y hacer resucitar al candelabro de su tumba desconocida.

El anciano caminaba a través de la noche, que jugaba oscura con las nubes y ya volvía a resplandecer a medias en estrellas; feliz, y cada vez más feliz, se le hacía el paso con cada paso. Mágicamente se le caía de encima la carga y el peso de los muchos años vividos, y desde dentro se alzaba en sus miembros una ligereza como jamás había conocido. Como aflojadas por un aceite suave y tibio, le obedecían de pronto las viejas, las ancianas articulaciones; caminaba como sobre el agua, alado y libre. Caminar se le volvió flotar; hacia arriba se alzaba la cabeza, hacia arriba se alzaba, como impulsada por un viento imperceptible, una de sus manos, y ya le pareció —¿o era esto solo un sueño en la vigilia?— que por primera vez podía volver a alzar y mover la mano quebrantada. Sentía la sangre dentro de sí cada vez más clara, y como savia en fermentación en el tronco, así ascendía ahora, sonora; ya latía clara en las sienes, y de pronto oyó un gran canto. Ya no sabía si eran los muertos bajo la tierra, que cantaban allí en coro fraterno para saludarlo a él, al que había vuelto a casa, o si aquel cálido murmullo bajaba de las estrellas, que brillaban cada vez con más fuerza. No lo sabía. Solo seguía caminando y caminando, como llevado por alas, adentrándose más y más en la noche susurrante.

A la mañana siguiente, unos mercaderes que se dirigían al mercado de Ramla encontraron, en un campo no lejos del camino, a un anciano. Estaba muerto. Con la cabeza descubierta, yacía el desconocido de espaldas. Tenía los brazos extendidos lejos de sí, como si quisiera abrazar algo infinito, abiertos, y con los dedos separados se tendían las palmas de las manos como las de quien va a recibir un gran regalo. Claros y abiertos permanecían los ojos en el rostro apaciblemente transfigurado del que reposaba beato. Y cuando uno de los mercaderes se inclinó para cerrárselos piadosamente al muerto, vio que estaban llenos de luz y que en sus pupilas redondas y sosegadas se reflejaba el cielo entero.

Pero severo permanecía, bajo la barba, cerrado el labio del forastero: era como si retuviera, incluso más allá de su propia muerte, un secreto entre los dientes.

También el candelabro falso fue llevado, pocas semanas después, a la Tierra Santa y, conforme al mandato de Justiniano, colocado bajo el altar en la iglesia de Jeruscholájim. Pero no fue larga su permanencia allí. Pues los persas irrumpieron y lo rompieron y lo despedazaron, para forjar con él broches para sus mujeres y una cadena para su rey: como siempre parece la obra humana bajo el tiempo que todo lo consume y el ánimo destructor del hombre, así se desvaneció también aquel signo que el orfebre había forjado a imitación, y su rastro se perdió para siempre.

Pero, a salvo gracias al secreto, aguarda y vela todavía el candelabro eterno, ignorado e incólume, en su tumba patria. Sobre él pasaron rugiendo, indómitos, los tiempos; pueblo tras pueblo se disputó durante cientos de años su tierra, estirpes extrañas, unas y otra vez otras, guerrearon sobre su sueño: pero a él ningún saqueo pudo arrebatarlo, ninguna codicia pudo destruirlo. A veces pasa hoy un pie apresurado sobre los terrones que lo protegen, a veces descansan al borde del camino, en el ardor del mediodía, unos que dormitan, cerca de su sueño, pero ningún presentimiento sabe de su cercanía, y ninguna curiosidad ha hurgado todavía en su profundidad. Como todo secreto de Dios, reposa en la oscuridad de las mareas del tiempo, y nadie sabe: si habrá de reposar así eternamente, oculto y perdido para su pueblo, que aún hoy vaga sin paz de tierra extraña en tierra extraña, o si alguien lo encontrará al fin el día en que su pueblo vuelva a encontrarse a sí mismo, y él vuelva a alumbrar, una vez más, al pueblo pacificado, en el Templo de la Paz.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB